

HQN™



EL  
**AMOR**  
NO SE PUEDE PINTAR



MIRANDA BOUZO

El  
AMOR  
NO SE PUEDE PINTAR

MIRANDA BOUZO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2020 Silvia Fernández Barranco  
© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
El amor no se puede pintar, n.º 264 - marzo 2020

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1348-333-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

## Créditos

### Primera parte

Manuela

Manuela

Soren

Manuela

Soren

Manuela

Soren

Manuela

Soren

Manuela

### Segunda parte

Soren

Manuela

Soren

Manuela

Manuela

Manuela

### Tercera parte

Soren

Manuela

Manuela

Manuela

Soren

Nela

Soren

Nela

Soren

Manuela

Soren

Manuela

Soren

Manuela

Manuela

Soren

Manuela

Soren

Manuela

[Nela](#)

[Soren](#)

[Manuela](#)

[Soren](#)

[Manuela](#)

[Manuela](#)

[Manuela](#)

[Manuela](#)

[Soren](#)

[Manuela](#)

[Cuarta parte](#)

[Manuela](#)

[Manuela](#)

[Soren](#)

[Manuela](#)

[Manuela y Soren](#)

[Soren](#)

[Nela Müller](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Todo el mundo discute mi arte y pretende comprender,  
como si fuera necesario, cuando simplemente es amor.*

CLAUDE MONET

Toda historia verdadera empieza  
con una simple elección.

## **Primera parte**

## Manuela

Allí estaba, frente al espejo, observando mi reflejo con mirada crítica. La imagen que me devolvía no era demasiado glamurosa ni sofisticada, al menos, no tanto como había esperado. Giré la cadera y los hombros a un lado y al otro para verme. El verde del vestido resultaba demasiado oscuro y esperanzador para un cóctel en el cual no me sentiría a gusto pidiendo dinero, subvenciones y nuevos objetos de arte para el museo. Nadie me avisó, mientras hundía la cabeza en libros y más libros, de que ser historiadora implicaba suplicar financiación a diestro y siniestro, piezas a otras entidades y seguir estudiando. Estaba atrapada por la rutina de cada día, donde las acciones que repetía una y otra vez empezaban a tomar el control sobre mi vida. Añoraba restaurar, volver al trabajo de laboratorio, mancharme los dedos con acetato y descubrir los colores que ocultaba cada lienzo, oler la pintura y los aceites. Vivir en los cuadros durante semanas, Florencia, París, ver la campiña inglesa o sumergirme en los palacios de Venecia. Pero si quería algo más, este era el único camino: olvidar el trabajo de campo y concentrarme en ascender. La vocecilla que últimamente resonaba en mi cabeza volvió con la misma fastidiosa pregunta una y otra vez: «¿De verdad es lo que quieres, Manuela?».

Al aceptar el puesto de coordinadora de exposiciones, estaba un escalón más cerca de ser directora del Departamento de Historia. No pensé en las consecuencias que llevaba implícita la coletilla «la más joven en ocupar ese puesto», una trampa para mi ego y para el resto de mis decisiones, cada una de ellas revisada por catedráticos mayores y con más experiencia, menos abiertos a las opiniones de Manuela Sanz.

—¡Nela, sal ya! ¡Deja que te vea!

El agudo grito de Alice me sacó de mis pensamientos. Nada había cambiado en el reflejo que me devolvía el espejo, y me saqué a mí misma la lengua. Suspiré, crítica. Tendría que valer.

—¡Entra de una vez, pesada! —grité, a sabiendas de que lo haría sin ser invitada, como siempre.

Alice se colocó detrás, con una mirada no muy sorprendida, como si todos los días yo anduviera por la casa con un vestido largo de fiesta y tacones. Al vernos juntas, ahogué un suspiro. Alice, mi amiga y compañera de piso, era alta, de figura estilizada, pelo rubio e interminables piernas y, por si fuera poco, con ese acento inglés que volvía locos a los chicos.

—¡Vaya! Has comprado el vestido en internet, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Me giré sorprendida, con el ceño fruncido, que ya comenzaba a dejarme un surco en la frente. Una leve marca que con los años se haría profunda a fuerza de hacer el mismo gesto.

—Te queda dos tallas más grande. ¡Ay, Nela!

No es que a estas alturas pudiera fastidiarme su forma de acortar mi nombre, lo hacía desde que nos conocimos en la universidad y, al final, todo el mundo acabó por llamarme así. Se trataba de

que, a veces, la voz de Alice parecía tener la misma entonación que la de una madre. Ahora no necesitaba a nadie que dijera «es que eres de caderas anchas, no es que estés gorda», ¡y sí, había comprado el vestido más grande porque los hacían minúsculos y no te podías fiar de las tallas!

—Los demás parecían faldones. Además, no tengo tiempo de ir a comprar y probarme cien vestidos... ¡Por si no te has dado cuenta, vivo en un estrés continuo!

—El color acentúa tu pelo castaño —pronunció Alice, fijando sus ojos azules en los míos, ignorando mis palabras. Tiró con fuerza de atrás hasta ceñirme la tela del vestido al pecho.

—¡No tires, Alice, que lo rompes!

—¡Ya está, ponte uno de los míos!

Suspiré fastidiada, no me entraría ni una pierna. Alice me dejó allí sin opción a réplica y corrió a su habitación de cuento rosa, antítesis de la mía, llena de libros en las paredes, el suelo, la cama. A ella, los muebles se los había pagado su padre, igual que el piso que compartíamos y por el cual yo pagaba un minúsculo alquiler, más simbólico que otra cosa. Apareció con una caja rosa chicle en las manos, del tamaño justo para contener una de sus adquisiciones de firma.

—No me valdrá y voy a enfadarme aún más —le advertí cabreada. Seguro que era precioso, me pondría los dientes largos y no habría manera de arreglarlo—. ¿Vas a infligirme esta tortura para nada? Eres cruel, Alice.

Su sonrisa de niña buena no me engañó, tramaba algo con sus ojos inocentes puestos en la caja. Con una inclinación de la cabeza y un movimiento de las manos, suplicó que la abriera. Sus pies comenzaron a golpear el suelo con pequeños saltitos y la imité con toda la ironía de la que era capaz. Alice a veces era un poco empalagosa, pero adorable.

El papel de seda blanco se deslizó al cogerlo, y bajo capas y capas descubrí un vestido azul marino, tornasolado, que brillaba bajo la lámpara del techo. Sin poder contenerme, lo cogí con cuidado, como haría con un pincel de Gouché, y la tela se desplegó hasta mis pies. Alice, con un movimiento brusco, tiró la caja al suelo y suspiró con ansiedad.

—¡Te gusta, ¿a que sí?!

No pronuncié palabra, me deshice de mi compra por internet en tres movimientos y, con la precisión de un cirujano, lo cogí con cuidado. Sentí el tacto de la tela acariciar la piel en su descenso, suave y cara, lujosa y prohibitiva. Alice corrió a mi espalda y deslizó la cremallera hasta arriba.

—Perfecto.

No cabía en mí por la sorpresa, el vestido me quedaba muy bien. Su reflejo en el espejo me dejó boquiabierto.

—¡Lo has comprado para mí! —Alice sonrió con tal cariño que quise abrazarla. Una seria advertencia se dibujó en sus ojos. Estropearía el vestido—. No deberías haberlo hecho —dije con la boca pequeña. Me quedaba de fábula, más pecho, menos caderas, un aire estiloso, lejos de mi forma de vestir habitual. No parecía yo y eso, en lugar de inquietarme, me gustó.

—Nela, no puedes suplicar fondos con algo menos elegante, créeme, sé cómo funciona esto. Por una vez, aprovéchate del dinero de mi padre como hago yo.

Nos miramos de nuevo a través del espejo y sonreímos. Desde el día que conocí a Alice éramos inseparables, tal vez porque no nos parecíamos lo más mínimo y nos complementábamos la una a la otra. A ella, su padre, dueño de un banco inglés, la obligó a compartir habitación en el colegio mayor con la esperanza de que se centrara en los estudios. «Soy consciente de que antes investigó hasta la marca de mi dentífrico»; y yo, una chica becada por su fundación y sin familia, encajé con ella a la perfección desde el primer momento. Alice comenzó a sacar mejores

calificaciones y yo seguí sin despegar la nariz de los libros mientras la ayudaba a estudiar. La vi entrar y salir con el chico del momento y suspiré por cada uno de ellos, cada cual más guapo que el anterior. Al acabar la carrera, Alice consiguió el cargo de relaciones públicas e institucionales en el museo y yo pasé a ser la becaria de Historia Medieval. Hubo más chicos para ella, más maduros y guapos que los anteriores, y para mí la oportunidad de ir escalando puesto a puesto hasta hace seis meses. Entonces me convertí en la coordinadora de exposiciones temporales.

Me coloqué el escote del vestido con orgullo, sacando pecho, y Alice puso los ojos en blanco.

—Nela, ven, que te maquillo y te hago un peinado decente —murmuró tras darse un vistazo al pecho plano con el logo de los Rolling—. Vamos a dejar a tus benefactores con la lengua fuera.

## Manuela

El museo estaba en uno de los barrios más exclusivos de Madrid, un edificio sobrio del siglo XVIII que, bajo la luz de los focos azulados, era impresionante. Cada día a las nueve atravesaba las puertas de personal y, en ocasiones, no salía hasta bien entrada la noche. Por comodidad, nuestro piso estaba a veinte minutos andando, durante los cuales me deshacía de la tensión del día y que muchas veces me servían para aclarar la mente. Por fortuna, Alice había solicitado todos los permisos para organizar un servicio de aparcacoches para esa noche. Los invitados descendían por la misma escalinata de acceso a una alfombra roja que conducía a la entrada principal, cerrada habitualmente, pero que ese día, con ocasión de la gala, permanecía abierta y flanqueada por dos guardas.

Mientras avanzaba sujetando con cuidado la falda del vestido, repasaba en mi cabeza una y otra vez la lista con los posibles benefactores de mis próximas exposiciones. Una sola mujer, dueña de un imperio artístico, pero con su propio museo, y tres hombres: un empresario madrileño, artista ocasional; un jeque árabe de escasa moral; y el primero de la lista, un alemán, mi opción más fuerte. Soren von Müller, un apellido que parecía decirlo todo, origen germánico hasta la médula. Según mis fuentes, poseía una colección completa de objetos medievales expuestos en un palacio de nombre impronunciable en Alemania. Él podía ser mi llave para conseguir financiación, las subvenciones del ministerio eran escasas y, si el museo no atraía visitantes, serían menos el siguiente año. Lo más curioso era que, mientras que el resto de los nombres de mi lista los encontré sin problemas, de este último apenas localicé algunas reseñas en artículos destacados de *Cristhie's* o de la casa Wildenstein. Omití indagar en algún que otro artículo sobre cierto oscuro episodio nazi de varios familiares, asuntos turbios. Sin embargo, por las fotos que encontré, era un anciano de cara bonachona y mejillas sonrosadas, dueño de un palacete. Un amante del arte clásico en todas sus facetas, pero especialmente en pintura.

Los invitados deambulaban por la enorme sala central del museo mientras contemplaban los altos techos de la bóveda principal. Se habían colgado esferas luminosas que creaban la ilusión de un cielo nocturno cuajado de estrellas, un cielo abierto sobre nuestras cabezas. Alice había desplegado todas sus dotes en decorar aquel espacio, hasta el atril en el que debíamos hablar los miembros de la junta era una especie de piedra ceremonial con detalles precolombinos que ocultaba el micrófono. Unas mesas con bandejas colocadas en un extremo de la sala, junto a las vitrinas que albergaban la maqueta del edificio, flanqueaban el acceso a la rampa que llevaba al corazón de las muestras renacentistas y a la escalinata que subía al primer piso, la primera decisión errónea, esa que provocó que la junta se enfrentara a mí en pleno. Había cambiado por completo el orden de las exposiciones: Renacimiento, abajo; Prehistoria y Arte Medieval, arriba, con sus armaduras, hachas, espadas y salas de tortura que llevaban al público más joven hacia salas que nunca recorrían o de las que pasaban de largo. Envié a restaurar gran número de obras, y

fue entonces cuando solo pudo salvarme el dinero del principal benefactor del museo, el padre de Alice. Meses más tarde, mi visión del nuevo museo funcionaba algo mejor, más niños recorrían las salas con sus padres, inmersos en un juego que diseñó mi ayudante Juan, padre de tres preciosas criaturas, que además atrajo visitas escolares y triunfaba entre los pequeños. La recaudación crecía, con lo cual debía generar más expectativas y visitantes. La ambición se adueñaba de mis decisiones según mis colegas, pero, en realidad, era esa vocecilla infantil que habitaba en mi interior y repetía muy alto que no era lo suficientemente lista o fuerte para cumplir mis sueños.

Respirar hondo, levantar la barbilla y coger aliento; un paso detrás de otro, como si llevara subida a mis tacones una eternidad y no vinieran con el regalo de Alice. Una sonrisa se me escapó al ver a Juan con un traje azul oscuro tan impropio como el pañuelo rojo que adornaba su bolsillo.

—¡Está preciosa, jefa!

Sonrió con sinceridad y me permití relajarme un poco.

—Tú también, Juan. ¿Y tu mujer?

—No ha podido venir, no es fácil dejar a nadie con tres diablillos, y el sueldo no da para niñeras.

Lo miré con franca admiración, Juan trabajaba casi tanto como yo e intentaba subsistir con el poco sueldo que recibía del museo, además de algunas clases de dibujo que impartía en el colegio de sus hijos. Nunca se quejaba; optimista convencido, decía que algún día volvería a pintar y vendería sus cuadros por sumas millonarias. Llevaría a sus pequeños a Disney y a su mujer a París como segunda luna de miel.

—Lo siento, tendrás que conformarte con Alice y conmigo como acompañantes —le dije con una breve palmada en el hombro mientras buscaba alrededor a nuestra amiga—. ¿Y Alice?

—Creí que vendrías juntas, no la he visto aún —contestó Juan—. Puede que esté con los del catering en la cafetería ultimando algún detalle.

La gente comenzó a desfilar ante nuestros ojos. Soy malísima en este juego de unir rostros y nombres hasta que Alice, una vez tuvo todo bajo control, se puso al lado y, con todo su encanto, nos fue indicando quién era quién. Supongo estaba destinada a ser relaciones públicas desde siempre, como yo a estar en segundo plano. Evité a propósito a los miembros de la junta e intenté centrar todos mis esfuerzos en encontrar a los integrantes de la lista. Una suave melodía, interpretada por un cuarteto de música, proporcionaba una atmósfera relajante que invitaba a la conversación, mientras que los camareros comenzaron a servir las bebidas en bandejas doradas. Llevaba un rato intentando tropezar casualmente con la única mujer de mi lista cuando el jeque — número tres en mi lista— se acercó del brazo de Alice. Les seguía un hombre armario que no podía ser más que su guardaespaldas.

## Soren

El coche se detuvo ante el antiguo edificio del museo. El jardín iluminado por luces de color azul le daba un aspecto nuevo a la piedra gris. Mirko abrió la puerta en un gesto silencioso y salió desganado. Estiré el traje oscuro antes de dirigirme hacia la entrada. Eso era lo que más apreciaba de mi sombra; nunca hablaba por hablar, el silencio no resultaba incómodo y no se desvivía por adularme, por eso llevaba conmigo más tiempo que nadie. ¿Tres años, quizá cuatro? Nadie aguantaba mis exigencias durante mucho tiempo; cuando pasaban la frontera del primer año, se relajaban, empezaban a cometer fallos y los despedía sin asomo de remordimiento. Mirko no, siempre respondía.

A pesar de la decoración elegante, lo regio del edificio y la suave melodía que flotaba en el aire, no había duda de que estaba en un museo español. Las voces distendidas y los gestos con las manos me chocaban, su expresividad y sus rostros morenos, en contraste con el lugar de donde venía, me trajeron el recuerdo de unas vacaciones en Madrid siendo un crío. Fueron quizá las mejores de mi vida porque mi padre, con quien tuve el dudoso honor de compartir nombre hasta el día de su muerte, se quedó en casa.

—Puedes irte, pero no te alejes demasiado. No creo que esto me lleve más de una hora —le dije a Mirko una vez nos encontramos en una sala abarrotada de gente.

—Si me necesita antes, estaré fuera —afirmó, y deshizo sus últimos pasos hacia el jardín.

En cuanto estuve solo, el director del museo acudió junto a mí, me estaba esperando. Roberto era un viejo amigo de mi padre.

—Soren Müller, ¿o debo llamarte Zählen von Müller? —dijo el hombre con una sonrisa, en alusión a cómo se dirigían a mí los empleados de mi casa.

—Con Soren bastará —contesté—. No hay condes desde tiempos del emperador Guillermo, como bien sabes.

Sonreí a mi pesar. Aquel hombre me caía bien porque tenía el honor de ser uno de los mejores amigos de la familia, y esa era una tarea bastante difícil. En ocasiones, Roberto Márquez nos había visitado en la casa de Ibiza, donde pasábamos los veranos, para tratar con mi padre algunos asuntos de sus negocios. Ahora, yo había heredado todos los tratos y contactos de mi progenitor porque, aunque ya no hubiera Zählen ni reyes, mi familia era una dinastía que debía conservar el poder y la riqueza de los Müller. Mis hermanos debían, de igual modo que yo, perpetuar los valores de nuestros antepasados con el nivel de vida que se nos exigía y la fortuna que necesitábamos para conseguirlo.

—¿Has venido solo, Soren? Es difícil verte en una fiesta sin la compañía de una mujer hermosa.

—Vengo por trabajo, Roberto, nada de mujeres —afirmé, metiendo las manos en los bolsillos.

Al momento, un camarero se acercó con una bandeja y saqué la mano con desidia para aferrar

una copa de champán. Prefería algo más fuerte, pero tenía la boca seca por la anticipación. Madrid me ponía nervioso, me gustaba la vida en el campo, tranquila, o las calles de Berlín o München, Múnich, como lo llamaban aquí, ciudades conocidas donde la gente camina sin mirarse y la tenue luz de su sol no quema. Roberto sonrió al ver cómo aferraba la copa con una servilleta, evitando el contacto con el cristal. Si decía una maldita palabra sobre ello, lo mataría.

—La chica no querrá ir. Tendrás que tentarla con algo prometedor o no te acompañará a ningún sitio. Es la directora de coordinación y es nueva, no querrá dejar su puesto por un tiempo, la conozco demasiado bien.

—Pero es la mejor, ¿no es cierto? ¿O es que la junta y tú queréis deshaceros de ella? Roberto, no me cuelgues a una niña consentida sin idea de arte o te lo haré pagar.

—No es eso. Si yo tuviera que recurrir a alguien discreto en la actualidad, me aseguraría de que fuera ella quien hiciera el trabajo. Confía en mí.

—Roberto, no confío en nadie —aseguré mientras me llevaba la copa a los labios y sentía el líquido seco deslizarse por la garganta—. ¿La conoces bien?

Roberto sonrió ante tantas preguntas.

—Fue alumna mía en prácticas desde que empezó el segundo curso de la carrera y, cuando acabó sus estudios, la traje conmigo. Te lo aseguro, Soren, es magnífica en su trabajo.

—¿Dónde está?

Seguí con la mirada la dirección que Roberto señalaba con la copa en alto, hacia la masa de vestidos elegantes y trajes sobrios, lo que me indicó que en algún lugar de esa sala estaba mi objetivo. Observé un grupo mientras Roberto seguía hablando. Una rubia de pelo casi platino llamó mi atención con su vestido rojo, una mujer muy hermosa. A juzgar por sus gestos coquetos y su seguridad al moverse, del tipo que me gustaban para pasar el rato.

Vi cómo la rubia dejaba su copa al paso de un camarero y se despedía de sus acompañantes: un hombre de tez tostada y una mujer joven. En vez de seguirla con la mirada, observé con curiosidad a la chica que se quedaba en el pequeño grupo. Llevaba el pelo castaño recogido mientras sus ojos azules, los más azules que había visto nunca, miraban al hombre que estaba frente a ella con timidez. Su cuerpo estaba tenso bajo el vestido del mismo color que sus ojos y, poco a poco, vi cómo deslizaba sus brazos uno sobre otro, hasta cruzarlos en actitud defensiva. No le gustaba el hombre que se inclinaba sobre la piel de su cuello y le susurraba algo cerca del oído. Tras ellos, otro hombre, con toda probabilidad un escolta por su altura y envergadura, consultó el micrófono adherido a su oreja. Ninguno de los dos se dio cuenta de que la chica se sentía acorralada entre ambos, y fue entonces cuando ella levantó la vista en busca de ayuda. Por un instante, nuestras miradas se cruzaron con intensidad y, al no conocerme, apartó la vista, avergonzada por su atrevimiento.

Sentí lo mismo que un cazador ante una presa acorralada. Tenía dos opciones: dejar que la abatieran o ayudarla a escapar. Normalmente, me daría la vuelta, no era problema mío, pero su rostro y su mirada limpia me impidieron hacerlo. Todo en ella hablaba de una suavidad e inocencia que ya no creí que existiera. A mi lado, Roberto hablaba sin parar a alguien que me acababa de presentar y no se percató de dónde estaba puesta mi atención, que aumentó cuando el hombre de tez oscura posó su mano en la espalda de ella y la recorrió con una sonrisa estúpida en la cara. Escoltada por ambos, la chica salió de la sala con paso reticente, no muy decidido.

«No es problema mío», me repetía, pero no podía olvidar que sus ojos no tardarían en perder su mirada limpia y ensuciarse entre la mierda que atraía el dinero.

Un camarero trajo un vaso, Roberto había tenido la deferencia de conseguirme un whisky

escocés, y lo paladeé: Glenfiddich, el preferido de mi padre. Roberto lo sabía, y sonreí ante su iniciativa.

—Soren, vayamos en busca de tu chica —soltó Roberto como si fuera un chiste. Tenía ventaja, él conocía a la joven y yo no, tan solo había leído unos informes aburridos de una estudiante de Historia con un talento natural para la restauración—. Te presentaré antes al resto de la junta del museo, quieren conocer a nuestro próximo gran benefactor.

Tras un rato escuchando las absurdas adulaciones que le hacían a mi dinero, provoqué un accidente con una copa para alejarme un rato hacia los baños. Estaba cansado y aburrido de estas fiestas, solo había cedido por la amistad que unía a Márquez con la familia, pero si la chica no aparecía, lo haría a mi manera y no a la de Roberto. La mía consistía en que Mirko la secuestrara y la metiera en el avión rumbo a casa. Nada de negociaciones, nada de contratos de confidencialidad, el mundo se mueve por el dinero, el miedo y la extorsión, al menos el mío.

Un momento antes de perderme en el pasillo, lejos del bullicio, recordé a la mujer de los ojos azules y, tras dudar un segundo, seguí mi camino. No era problema mío, parecía lo suficientemente mayor como para apañárselas sola.

Al girar en dirección a la flecha que indicaba los aseos, fue cuando choqué con alguien: una mujer. La cogí de los brazos desnudos en un intento de que no cayera hacia atrás. Aunque mantuvo la cabeza agachada, reconocí su pelo castaño recogido y sus manos desnudas sin joyas, la única que no las llevaba en toda la fiesta. Aferrada a mi chaqueta, trastabilló por culpa de los tacones. Un leve aroma a perfume de rosas inundó mis sentidos, leve y tentador como ella.

—¡Eh!

Recuperó el equilibrio y me miró con esos enormes ojos azules antes de asegurarse de que no la seguían. Creía que no me daba cuenta de que estaba calibrando y decidiendo si confiaba en mí o no, pero ¿para qué?

—Lo siento, iba corriendo y no le vi —dijo mientras se separaba con delicadeza y esbozaba una débil sonrisa avergonzada—. ¿Puede ayudarme, por favor? —preguntó al fin, cuando sonó una voz profunda en el altavoz de la sala anunciando que Roberto Márquez iba a hablar.

## Manuela

¡No lo podía creer! ¿En serio el jeque me había ofrecido dinero a cambio de sexo? ¿Cómo había podido caer en su trampa? Hablar a solas, había dicho. Sentirme tan amenazada con su guardaespaldas detrás y él avanzando hacia mí, sin importar que estuviéramos rodeados de gente, hizo que tuviera unas ganas tremendas de llorar. No podía permitir un escándalo con toda la junta en la misma sala, pero ya había sido el colmo que intentara propasarse. En ese momento le arrojé la copa encima sin reparos. ¡Que montara un escándalo si quería! A veces era idiota. Había ido sola con él en lugar de buscar a Alice o a Juan y que me acompañaran; en el pasillo, el muy idiota intentó besarme y bajarme la cremallera del vestido. Me resistí, pero unos pasos rápidos acercándose hicieron que me dejara en paz. Eso, y un pisotón con los tacones. Su guardaespaldas lo sacó de allí entre insultos.

—¡Eh!

Recuperé el equilibrio ante el choque con el enorme cuerpo de un hombre que me sacaba al menos dos cabezas, que me miraba con una ceja levantada a modo de interrogación. Lo primero que vi fue un hermoso rostro, un cabello rubio que contrastaba con una piel bronceada y unos ojos casi grises que me miraban como si pudieran atravesar mi piel y mis huesos. No sabría decir si era su traje sobrio o el curioso color de sus iris, pero había algo en él que parecía emanar confianza y poder.

—Lo siento, iba corriendo. No le vi —me excusé. No tenía opción, aunque me muriera de la vergüenza. Era el hombre de antes, el que me observaba fijamente en la sala central—. ¿Puede ayudarme, por favor? —le dije, al fin, cuando escuché la voz profunda en el altavoz de la sala anunciando que Roberto Márquez, mi jefe, iba a hablar. Me iba a presentar en menos de un minuto, así que me giré para dar la espalda a ese hombre y mostrar la cremallera bajada ante su mirada curiosa—. ¿Por favor?

Entonces él pareció comprender porque, sin decir una palabra, apoyó sus dedos fríos sobre mi espalda y con mano experta me subió la cremallera sin problemas, más despacio de lo que se consideraría apropiado.

—Se lo agradezco.

—No es nada. ¿Se encuentra bien?

Acento alemán y facciones nórdicas. Su tono de voz grave y sensual hizo que el corazón se me acelerase.

—Sí, muchas gracias —afirmé más tranquila ante su mirada, que no decía nada de él—. Manuela —me presenté, tendiendo la mano.

Lo miré un segundo y, sin hacer ni un leve gesto de estrechármela, persiguió mis ojos mientras un amago de sonrisa superior se abrió paso en su rostro. En ese momento daba más miedo que mi anterior acompañante, porque no leía nada en sus facciones, como si se esforzara en vaciarlas de

emociones.

—Soren —contestó mientras se llevaba las manos a los bolsillos, dejándome con la mano en alto en ofrecimiento cordial, un gesto de agradecimiento y saludo en cualquier cultura. Afortunadamente, oí que me llamaban por los altavoces y bajé la mano, avergonzada.

—Pues gracias, Soren —logré decir mientras lo rodeaba, y él se apartó ligeramente para dejarme pasar.

Mientras avanzaba hasta la tarima donde Roberto Márquez me había dado paso para explicar el proyecto del museo, no pude evitar girarme. «Soren», curioso nombre. Sus ojos estaban puestos en mí, no apartaba la mirada, la sentía en la espalda y después sobre el rostro mientras hablaba ante aquellas personas. Me sonrojé y bajé la voz, pero volví a subirla al ver que los nervios iban a traicionarme e intenté no tocarme el pelo. Todo ese rato solo lo vi a él, como si el resto del público no estuviera allí. Su rostro, de mandíbula marcada y ángulos hermosos, emanaba seguridad y me atraía sin remedio. Sonrió con una mueca burlona cuando el silencio inundó la sala.

Al acabar, recibí un tímido aplauso. ¿Con la copa en la mano no se podía aplaudir o es que había resultado demasiado cargante? Mejor que nadie me preguntara qué había dicho, porque hablé por inercia, me sabía el texto de memoria; era la única manera de hablar en público. No veía al jeque entre los asistentes, esperaba haberle hecho un agujero bien grande en el pie.

Ya entre la gente, advertí que mi jefe estaba con Soren. Parecían discutir algo con total confianza y entonces, como una idiota, caí en la cuenta. ¡Soren... Soren von Müller! ¡Mi lista! ¡Ay, Manuela, tanto dinero tirado en los estudios para luego acabar siendo tan lenta! Debía de ser el hijo de ese hombre de las fotos de internet.

—¡Manuela, ven, por favor! —«Roberto, que ya sé quién es», intenté decirle con los ojos. Por favor, que el alemán no dijera nada del vestido. ¿Qué habría pensado? ¿Que venía de darme un revolcón con alguien?

Me aproximé a ellos, me detuve junto a Roberto y miré de frente a Soren con una sonrisa de disculpa.

## Soren

Manuela ya sabía quién era, lo noté en sus manos nerviosas delante del estómago, apretándose los dedos. Su aire distraído me gustaba, no era muy guapa, pero así era mejor. Parecía muy vulnerable. Era la versión de chica estudiosa sin recursos que sale adelante sola. Por su forma de peinarse y sus ojos, daba la impresión de ser romántica e inocente, tímida e insegura. En los informes no había nada destacable sobre su vida personal: sin novios, vivía con una amiga, nada de escándalos en la universidad, sin motivaciones políticas ni aficiones. ¡Joder!, debí pedir fotos, pero entonces su cara no importaba. Había algo en sus gestos, en su forma tímida de mirar, como si ya conociera cuál sería su siguiente movimiento.

—Nos hemos conocido ya, Roberto —afirmé para ver la reacción nerviosa de Manuela.

Ella entornó los ojos con un gesto de súplica, no quería que le contara a su jefe que le había subido la cremallera del vestido antes de ser presentados.

Roberto nos observó alternativamente confundido y, sin saber por qué, decidí darle un margen a aquella chica; empezar con buen pie, creo que decían en su país. Contener mi carácter en lugar de arrastrarla del pelo fuera de allí, de una maldita vez.

—No formalmente, claro. Soren Müller.

Un brillo destelló en sus ojos al ver que no le ofrecía la mano ni la mejilla para un saludo. Lo asimiló y sonrió como si fuera normal.

—Manuela Sanz.

Quedamos suspendidos en un reconocimiento mutuo más lento después del primer encuentro. No parecía que mi cara la impresionase demasiado, curioso.

—¡Nela! —La rubia platino del vestido rojo se acercó a ella con cariño, ¿sería ella su compañera de piso?—. ¡Has estado genial, Nela! —La felicitó con sinceridad, se notaba por sus gestos que ambas confiaban la una en la otra y se apreciaban. Traía una copa en la mano para Manuela y ambas las chocaron con un ligero tintineo mientras la rubia me miraba con curiosidad.

—¿Tú crees? —le preguntó Manuela en voz baja. Se dio cuenta de que las estaba mirando interesado y suspiró, creía que la rubia era mi tipo. Pero nadie se percató de su decepción antes de presentármela ni de sus manos temblorosas—. Esta es Alice Barday, la directora de relaciones institucionales del museo.

La hija del banquero inglés, su compañera de piso. Manuela me retó con la mirada cuando Alice se inclinó para recibir un beso en la mejilla en forma de saludo, al que no respondí. Tan solo solté un breve «encantado» formal y seco y me giré hacia Roberto. Manuela me miró con la ceja arqueada, ¿le divertían mis manías? Era intuitiva, había calado enseguida mi forma de evitar el contacto y parecía contenta porque no observaba embobado a su amiga. Y yo me preguntaba: «¿me importa?». En ese momento, lo único que perseguía era poder hablar con ella cinco minutos sin que nadie nos interrumpiera, pero entonces se acercó la turba de la junta en pleno y desistí.

Todo eso me agotaba. Con un gesto a Roberto, me dirigí hacia la puerta de entrada para marcharme. Al día siguiente la abordaría en su despacho, haría caso a Roberto y sería razonable con la chica.

—¡Señor Müller!

Su voz dulce hizo que me detuviera en la escalinata, desierta a excepción de los dos guardas de la entrada, donde esperé a Manuela con las manos en los bolsillos. Venía hacia mí a la carrera, un poco torpe por culpa de los tacones. Al ver mi impaciencia, se quitó los zapatos con un solo movimiento y, con ellos en la mano, me alcanzó. No sabía por qué, pero la escena entre los dos me recordaba a una película italiana.

—¿Se marcha ya?

Sus ojos azules me miraron con una leve esperanza. Si yo era la opción más decente para financiar su museo, los demás debían de ser penosos. Arqué una ceja interrogante para dejar que hablara ella.

—Me gustaría poder hablar con usted con más tranquilidad y darle las gracias por lo de antes. El problema con mi vestido, ya sabe...

—De nada —contesté de forma esquiva. Quería que fuera ella quien propusiera vernos. Saqué el móvil para localizar a Mirko.

—No le reconocí, las fotos que encontré de usted...

¿Me había buscado en la red? Entonces lo comprendí: no era que no hubiese hecho los deberes, sino que mi padre aparecía en todas, aunque llevara muerto un año. Mismo nombre, diferente mierda.

—Mañana en su despacho a las nueve. —Incliné mi reloj para colocarlo en su sitio en la muñeca. Al final fui yo quien casi la obligó a vernos al día siguiente. Sin que se diera cuenta, miré sus manos desnudas de anillos, de dedos largos con el índice curvado a causa de sujetar los pinceles—. Mirko, recógeme en la entrada.

La dejé allí sin opción a réplica. Al momento apareció Mirko con el coche, abrió la puerta y entré sin darme la vuelta. ¿Cómo la había llamado su amiga? Nela. «Hasta mañana, Nela».

## Manuela

Llegaba tarde. Me gustaba adelantarme media hora a los demás y ese día era puntual. Una de mis muchas idas de cabeza, según Alice. ¡Ay, Alice! Se suponía que anoche íbamos a celebrar el éxito de la gala, pero, tras la fiesta, se había escapado con su nuevo acompañante dejándome con una tonelada de cosas que contarle. Me hubiera gustado conocer su opinión sobre el alemán. Soren. Me gustaba el nombre; hay personas a las que no les acompaña, pero a él sí. Sus anchos hombros, su altura y su rostro de facciones nórdicas y ojos gris acero cuadraban a la perfección con él. Increíble que recordara tantos detalles, pero, en vez de dormir, había repasado una y otra vez la noche anterior, intentando averiguar el momento en el que me topé con el imbécil descarado del jeque y lo rápido que confié en Soren. Ni siquiera había conseguido nuestro objetivo, aún no tenía un benefactor para el museo y tal vez había centrado de manera equivocada mis atenciones sobre Soren Müller. «Mala elección, Nela».

Accedí por la entrada posterior. Gámez, el guardia jurado, me sonrió benevolente. Sabía que no me gustaba demasiado hablar a primera hora y nos saludamos como siempre, con un gesto de la cabeza y un breve «buenos días». Al mediodía le bajaba unas galletitas de la máquina en compensación por mi falta de ánimo por las mañanas y es que todo el mundo sabía que Gámez hablaba demasiado como para darle pie a esas horas. Bajé las escaleras a la entreplanta, donde estaban las oficinas del personal, sin reparar en que el café que llevaba en las manos goteaba sobre mis pantalones hasta que llegué a la carrera a la puerta de mi despacho.

—¡Aaainss!

Comencé a frotar la tela, pero ya era tarde. Entré con el bolso colgando, el vaso de cartón en peligro y otra vez con el ceño fruncido. La coleta se me deshizo y el pelo rozó la espuma del café ante mi mueca de asco.

Me quedé paralizada al levantar la cabeza. Junto a la ventana, de espaldas, estaba Soren Müller. A su lado, Roberto me miró con un gesto de advertencia ante mi entrada impulsiva.

—Llega tarde —dijo el alemán.

—No sabía que tenía visita.

—Se lo advertí ayer, quedamos a las nueve. Me gusta que mi gente sea puntual.

¿Su gente? ¿Yo era su gente? «¿Su?»». No iba a avasallarme en mi propio despacho. Pasé por su lado mientras se giraba y se apartaba al ver mi café tan cerca de su carísimo traje.

—Bueno, lo habitual es que las visitas esperen en la entrada y que Gámez no las deje pasar.

—No es una visita habitual —contestó Roberto mientras le invitaba a sentarse frente a mí.

Él declinó la sugerencia y se apoyó en el radiador que había bajo los altos ventanales. Se metió las manos en los bolsillos y recordé la forma en la que la noche anterior había evitado todo contacto al presentarnos.

—Ya veo —me limité a decir mientras soltaba el bolso, el café y arrasaba con los papeles y

libros desperdigados por mi mesa para no dejar nada a la vista de ese extraño. Tuve que girar la silla para poder verlos a los dos.

—He hablado con Soren acerca de la situación actual del museo. —Roberto dudó al verme fruncir el ceño—. Su padre y yo éramos viejos amigos y, dado que buscas algo con lo que podamos impulsar los fondos y que atraiga visitantes, creo que es el hombre adecuado para conseguirlo. —Iba a replicar cuando el jefe me pidió silencio con un breve gesto de la mano—. Todos sabemos que él estaba en tu famosa lista, yo solo medié un poco para que estuviera anoche en la gala.

No me gustaba la forma en la que Roberto hablaba. Se notaba que respetaba a Soren Müller, pero había algo más en sus ojos, parecía pedir disculpas con ellos cada vez que miraba.

—Ofreeceré al museo uno de mis cuadros para su exposición temporal —dijo el alemán entonces.

Sorprendida, me erguí en la silla. La voz de Soren hizo que ambos lo mirásemos con interés.

—¿Qué obra sería? Pintura, objetos medievales, escultura...

El corazón comenzó a golpearme con fuerza el pecho, solo tenía que disimular un poco. La descripción de los objetos de la colección Müller que había hecho Cristhie's era inmensa y estaba llena de tesoros de incalculable valor. Se creía que eran marchantes desde hacía siglos y se oían rumores acerca de sus oscuros contactos en el mercado negro del arte, capaces de obtener obras inalcanzables.

Soren me observó como si yo fuera un pez al que acababan de pescar e iba colgado del anzuelo boqueando. Curvó sus labios en una sonrisa cínica mientras sus ojos se entornaban.

—Lo que usted quiera, podrá examinar toda la colección si así lo desea.

—¿A cambio de...?

Le vi sacar las manos de los bolsillos mientras cruzaba la mirada con Roberto.

—Tendrá que venir a Alemania conmigo y restaurar un lienzo.

Me quedé helada. Restaurar un cuadro, ese pensamiento me perseguía a todas horas en los últimos días, como si con ello pudiera arreglar mi pasado roto. Sentí un escalofrío. En Alemania. Dejar mi vida, mi trabajo, mi casa. La restauración era un trabajo delicado que podía llevar semanas o incluso meses. Roberto se inclinó en la silla y rozó mi brazo para que apartara la mirada, que estaba fija en Soren.

—Manuela, no tomes una decisión ahora mismo. Piénsalo, el museo lo necesita y tu carrera, también.

Las palabras de Roberto me sonaron vacías: «el museo lo necesita y tu carrera, también». ¿Era todo una artimaña de la junta para deshacerse de mí?

—¿Qué significa esto, Roberto? ¿Queréis deshaceros de mí? —repetí en voz alta—. La junta quiere que deje mi puesto, es eso, ¿verdad? —dije mientras veía cómo el alemán se giraba, ocultando su rostro, para mirar hacia el exterior de mi despacho. El personal del museo comenzaba a pasar, rumbo a la entrada, con andar rápido, las sombras se reflejaban en las paredes del despacho creando formas alargadas.

—No iré a ningún sitio si no me dice exactamente qué tengo que restaurar. Además, ¿por qué no trae el cuadro aquí? Tenemos un equipo excelente que puede hacer el trabajo sin problemas.

Soren me miró de manera directa y su boca se curvó en una sonrisa irónica, supuse que nadie le hablaba así. Se pasó una mano por el pelo con gesto impaciente, mientras su reloj arrojaba un destello sobre las paredes.

—No —contestó al fin.

—Pues aquí acaba esta conversación. Salga de mi despacho.

Roberto se levantó de forma brusca.

—Estás cometiendo un error, Nela.

—Sal, Roberto —ordenó Soren sin levantar la voz.

—Escucha, Soren, aquí no hacemos así las cosas.

Ambos hombres se miraban como si ocultaran un secreto, me pregunté qué significaban esas palabras. ¿El alemán iba a amenazarme?

—Sal ahora, Roberto.

Que ordenara a mi jefe, el director del museo, que saliera de mi despacho de esa forma, me dejó muda. ¿Tanto poder tenía ese hombre? ¿Con quién se mezclaba Roberto? Estaba tentada de pedirle a Juan, que seguramente estaba pegado a la puerta escuchando, que avisara a la policía.

—Tu tesis —dijo Soren con ese acento sensual a medio camino entre el castellano y el alemán.

¿Mi tesis? Abrí los ojos sorprendida. ¿Se habría leído esas cuatrocientas páginas espesas y aburridas? Se acercó hacia mí sin dudar con un gesto de fastidio, como si hiciera conmigo algún tipo de concesión.

—¿La has leído? —volví a preguntar. Esa vez en voz alta.

—Dime tu precio.

Sus ojos se clavaron en los míos. ¿Cómo no había visto la noche anterior el aura negra que rodeaba el gris de sus iris? Su sola presencia intimidaba, inclinado sobre mí, con la anchura de sus hombros y el corte a medida de su traje. No necesitaba un guardaespaldas con él, inspiraba temor por sí mismo. Sonrió de nuevo de manera arrogante, sabía que lo observaba sorprendida, con la boca abierta. La noche anterior ni siquiera me había dado cuenta de lo verdaderamente guapo que era y de sus increíbles rasgos, pero él sí reconoció la admiración en mi rostro. Debía de estar acostumbrado a que las mujeres lo miraran así. Tenía tal aire de suficiencia que daban ganas de bajarle los humos.

—No lo tengo, no dejaré mi vida durante meses por un rico caprichoso.

Extrañado, arqueó una ceja; no esperaba aquella contestación.

—Todo el mundo tiene su precio, Nela.

Salió con el andar rápido de un felino y, a su paso, dejó la puerta abierta. Cuando abandonó la habitación, respiré aliviada; me asustaba y atraía a partes iguales. Roberto asomó la cabeza y me miró como si fuera imbécil al ver cómo Soren salía, y Juan, desde la puerta, pedía explicaciones con los brazos abiertos y una mueca de extrañeza.

¿Se habría rendido Soren Müller? Lo dudaba, esa clase de poder no se obtenía de negativas.

—¿Qué relación tienes con ese hombre, Roberto? No me gusta.

Roberto se acercó y puso las manos sobre el escritorio para susurrar y que Juan no lo escuchara.

—Ve con él, Nela, por las buenas, solo serán unas semanas, a lo sumo dos meses. —Salió del despacho sin despedirse siquiera—. Haz caso por una vez en tu vida.

Aquella situación empezaba a asustarme. Roberto no dejaba de insinuar que aquel hombre era peligroso y, por otro lado, sentía curiosidad por Soren. ¿Qué quería que restaurara? ¿Por qué tenía que ir a su casa? ¿Por qué no? Hacía días que me sentía perdida, ansiaba volver a trabajar con un cuadro, aunque tal vez solo era el estrés por el que estaba pasando. ¿Sería posible que el alemán tuviera un cuadro importante? ¿Por qué yo? Había cientos, miles de restauradores en el mundo, ¿y tenía que ser yo? Mi tesis. Soren la había leído, ¿tendría que ver con ella? Tardé dos años en acabarla, y fue más difícil que cualquier asignatura de la carrera. Trabajé en un cuadro del artista

Renoir gracias a Roberto, que fue mi padrino en la sala de restauraciones; aún no era el director del museo y le caí en gracia. Hacía trabajos menores porque, por supuesto, nadie se atrevió a dejarme un pincel y que tocara la obra. Renoir me maravilló, mi tesis abordaba la relación entre sus lienzos y los de Monet. Los dos artistas y amigos pintaban a menudo cuadros gemelos para investigar sobre la técnica y aprender el uno del otro, supongo que en el siglo XIX no había demasiadas posibilidades de acudir a la escuela para pintores magistrales ni hacer videoconferencias para discutir acerca de la técnica y el trazado.

«Todo el mundo tiene su precio, Nela».

Cogí el teléfono mientras Juan entraba en el despacho y marqué la extensión de Alice. Necesitaba un favor. Si él me había investigado, yo haría lo mismo. Si existía la más mínima posibilidad de que aquel hombre tuviera un lienzo de uno de los dos pintores, tenía que saberlo.

## Soren

Mirko me miraba como si estuviera loco. Sus ojos puestos en el espejo retrovisor me observaban mientras tecleaba en el portátil. No entendía nada y él tampoco. ¿Qué hacía esperando a aquella chiquilla a la salida del museo? Llevábamos más de una hora en el jodido coche, las calles se habían quedado prácticamente desiertas y eran más de las diez, la hora en la que Roberto había confirmado que ella solía dejar el museo. Me daba igual lo que pensara Mirko, quería a mi restaurador sin importarme quién fuera o lo que tuviera entre las piernas, odiaba andarme con tonterías, necesitaba su colaboración y su discreción.

Era viernes y la cara de aquel barrio empezaba a cambiar, un grupo de borrachos avanzaba por la acera entre risas y tumbos. Los taxis blancos avanzaban a toda velocidad por las calles, sin el tráfico del día, y entonces empezó a llover.

Mirko se revolvió en el asiento y nos miramos, él señaló la puerta del museo con la cabeza. Manuela atravesaba los jardines hacia la puerta lateral. Esa mujer no tenía sentido de la supervivencia, cualquiera podía agazaparse entre los matorrales y asaltarla por sorpresa, o cogerla por la fuerza y meterla en un avión rumbo a Alemania. Una discoteca cercana atraía a todo tipo de gente y recordé cómo la habían acorralado en la fiesta entre el guardaespaldas y aquel tipo, noté la furia con la que mis puños se cerraban. Si ella trabajara para mí, no hubiera pasado, yo protegía con celo a los míos. Manuela miró a un lado y a otro, salió deprisa y cerró la pequeña puerta enrejada tras ella, levantó la mano a modo de despedida y entonces vi a los guardas de seguridad responder; al menos, estaban pendientes de que salía a salvo.

Caminó por la calle con la cabeza gacha para protegerse de la lluvia sin ver cómo el grupo de borrachos avanzaba hacia ella.

—Mirko, quédate al volante y síguenos con el coche.

—Soren, no creo...

Una mirada bastó para que obedeciera. Salí del coche y crucé la calle en el momento en el que Manuela se encontró en el centro del grupo, formado por cuatro o cinco hombres demasiado borrachos para darse cuenta de que la asustaban con sus risas.

Ella intentó seguir su camino, pero uno de ellos, probablemente el más alto, la detuvo con los brazos abiertos. Cuando Manuela levantó la cabeza, el chico emitió un silbido. Eran esos malditos ojos azules, a él le había pasado lo mismo al verla por primera vez. Cuanto más intentaba Nela pasar desapercibida, más intenso se volvía el color de su mirada. Apreté el paso con una extraña sensación en el estómago.

—Cariño, has tardado un siglo —dije lo bastante alto para que todos se giraran.

Manuela sonrió aliviada al verme. Pese al enfrentamiento de esa misma mañana en su despacho, confiaba en mí; de hecho, por alguna extraña razón, ya lo hizo antes en la fiesta, cuando me pidió que le subiera la cremallera del vestido. En aquel momento me sucedió algo que aún no había

querido pararme a analizar. Con los dedos rocé la piel dorada de su espalda a propósito, mientras la cremallera se deslizaba hacia arriba. Disfruté del contacto de su piel suave y noté el calor de su cuerpo tibio e inocente.

—¡Soren! —exclamó agradecida, y avanzó en medio del grupo hasta donde yo estaba. Aquellos imbéciles que nos rodeaban no me preocupaban en absoluto, si las cosas se ponían feas, llevaba el arma bajo la chaqueta.

Ante la confusión de Manuela, la envolví entre mis brazos como si fuera alguien querido para mí.

—¡Eh, tío! Lárgate, se viene con nosotros.

Aquel idiota quería pelea.

—Vámonos, están borrachos —quiso convencerme ella.

Nela intentó coger mi brazo y me puse delante de ella para protegerla con mi cuerpo. Esperé a que aquel imbécil viniera a por mí. No dejé que se acercara, con un puñetazo a la mandíbula cayó directo al suelo, el hilo de sangre asomando por su labio partido me aceleró el pulso y disparó la adrenalina en mis venas. Uno de ellos intentó aproximarse y mi mirada lo detuvo. Ayudaron a levantarse a su amigo y se lo llevaron casi en volandas entre murmullos bravucones.

—¿Estás bien, Soren?

Parecía realmente preocupada por mí. Estaba hecha un desastre, con el pelo suelto empapado y los pantalones de tela pegados a las piernas. Su rostro mostraba preocupación y cierto brillo de admiración.

—Es peligroso que salgas a estas horas del museo. ¿Vas sola a todas partes? ¿Por qué no coges un puto taxi?

La expresión de su rostro cambió, ya no parecía la niña asustada de hacía un momento, sino la combativa coordinadora de su despacho. Sus ojos brillaban con furiosa determinación.

—¿A ti qué te importa? —Retrocedió un poco hasta casi chocar con la verja del museo. Parecía enfadada—. ¿Qué haces aquí? ¿Me vigilabas?

—Ven aquí, Manuela, está lloviendo. Te llevo a casa.

—No hace falta, vivo aquí cerca. —Resopló como una niña.

## Manuela

Un coche negro paró junto a la acera, un Mercedes negro enorme con las lunas tintadas. Al volante iba un hombre que salió enseguida con un paraguas que puso sobre nuestras cabezas sin decir una sola palabra. Ni siquiera me miró, sus ojos negros recibieron la confirmación de Soren y abrió la puerta trasera. Recordé la advertencia de Roberto y dudé un momento, Soren me miró con la ceja arqueada esperando pacientemente.

—Solo voy a llevarte a casa, es de noche, está lloviendo. Monta.

¿Es que no pedía nada por favor? Era una orden.

Su chófer mantenía la postura como si fuera una estatua, sin mirarme y con el paraguas en alto. Aún no sé por qué me metí en el coche, pero lo hice. Intenté esquivar el portátil abandonado en el asiento y me deslicé al lado contrario tentada de salir por la otra puerta. Soren me siguió y se sentó pegado a su ventanilla mientras se desabrochaba la chaqueta del traje. Lo observé aflojarse la corbata gris, del mismo color que sus ojos, y pasarse la mano por el pelo empapado. El mechón largo que siempre le caía sobre los ojos quedó hacia atrás. Parecía muy alemán, salido de alguna película antigua en blanco y negro. El conductor cerró la puerta tras él y se sentó en el asiento delantero.

—Mirko, busca algún restaurante cerca.

—No. Ibas a llevarme a casa —repliqué enseguida.

—¿Solo sabes decir no? Después de cenar, te llevaré a casa.

No tenía escapatoria en su coche y con su guardaespaldas conductor, así que crucé los brazos enfurruñada y arrojé el bolso a mi lado. Estaba empapada y despeinada, ¿dónde quería que fuera con esas pintas?

El reflejo de las farolas arrojaba sombras sobre su perfil mientras miraba por la ventanilla. Echó un vistazo a su reloj sin prestarme atención y, en un gesto que le había visto hacer en mi despacho, lo deslizó hacia la muñeca. Sus nudillos estaban rojos por el puñetazo con el que había tumbado al borracho. Había aparecido como todo un caballero, posiblemente, aquellos hombres solo pretendían ponerse un poco pesados y seguir a lo suyo, pero Soren había acudido de nuevo al rescate, como la noche anterior en la fiesta.

—También sé decir sí.

Giró la cabeza y sonrió.

—Es viernes, todos los restaurantes estarán llenos y necesito cambiarme. ¿Podemos ir a mi casa? Yo haré la cena, si no te importa. —Pareció dudar, al menos había conseguido que se lo pensase—. Así me contarás por qué me sigues.

Con una orden seca, le dijo algo al conductor, a quien llamó Mirko, que reaccionó al momento dando la vuelta en mitad de la calle infringiendo al menos cinco normas de circulación sin importarle.

—No me extraña que sepas dónde vivo, me has investigado —afirmé con una valentía que no tenía en esos momentos.

Se me escapaba el alcance de los poderosamente ricos y su manera de lograr información. Yo, sin embargo, no sabía nada de Soren. Thomas Barday, el padre de Alice, no había encontrado nada sobre él: ni fotos ni noticias, nada de informes policiales ni asuntos pendientes. Soren von Müller hijo no existía en las redes sociales, no había rastro de él en internet. Solo una advertencia que Barday me trasladó a través de Alice y que ya había escuchado de labios de mi jefe, Roberto: «Ten cuidado con él». Como consecuencia, Alice me advirtió de que no volviera a verlo, y menos que me quedara a solas con él; justo lo que estaba haciendo en ese momento, montar en su coche y llevar a nuestro piso a un completo desconocido. ¡Qué inocente era a veces!

—Mirko se encargará de todo.

¿Chófer, guardaespaldas y cocinero? Como si se lo hubiera ordenado en vez de decirlo en voz alta, Mirko sacó un móvil de la guantera y, tras unas breves frases en alemán, colgó. Le dijo algo a Soren, que asintió al espejo retrovisor.

Comprendí que no nos dirigíamos a mi casa cuando, pasados unos minutos, nos detuvimos frente a un conocido hotel en el centro de la ciudad. Enseguida uno de los aparcacoches corrió a abrir la puerta.

—Creí que íbamos a mi casa, te he dicho que necesito cambiarme.

—Mirko te traerá todo lo que necesites. No pienso permitir que vuelvan a interrumpirnos.

El chico que abrió la puerta esperaba a que saliera del coche, pero el tal Mirko lo apartó y ocupó su lugar. Me ofreció la mano y desistí en rebeldía, como si él tuviera la culpa de que su jefe me ninguneara todo el rato e impusiera su voluntad. Soren ya estaba a mi lado y, con la cabeza, señaló la entrada sin ceremonia alguna.

Toda mi vida en Madrid y jamás había entrado en ese hotel. La alfombra roja llevaba hasta una recepción donde tres señoritas lucían perfectas con el uniforme rojo y negro. A esas horas, un leve murmullo indicaba que el salón estaba lleno. Dos mujeres con trajes elegantes se cruzaron con nosotros y miraron con descaro a Soren de la cabeza a los pies entre cuchicheos. Sentí cómo le molestaba llamar la atención de esa manera, al erguirse y apartar la mirada de ellas.

Sobre nuestras cabezas, dos enormes lámparas de cristal arrojaban destellos sobre el mobiliario sobrio de caoba y los sillones de cuero marrón, vacíos a esas horas. Un hombre con traje negro y el distintivo del hotel salió de recepción y, con toda rapidez, se situó a nuestro lado mientras alcanzábamos los ascensores dobles.

—Señor Müller, todo está ya dispuesto en su habitación. Permítame, por favor. —El buen hombre apretó el botón, nervioso, para llamar al ascensor. Ignorándolo, Soren se giró hacia su inseparable Mirko, que caminaba detrás de nosotros y, con un gesto, lo hizo desaparecer.

Me sentía una rana en el palacio del príncipe. Nos cruzábamos con mujeres elegantes y hombres de sobrios trajes oscuros parecidos al de Soren y yo iba con unos pantalones y un abrigo de unos grandes almacenes. Él me agarró del brazo para llamar mi atención e hizo que entrara rápidamente al abrirse las puertas del ascensor. «Me ha tocado solo para que fuera rápida en pasar y librarse del conserje».

—Suban la cena enseguida —ordenó al hombre, que quedó tras las puertas con expresión de asombro. Soren pulsó el botón del ático. «Qué menos que una *suite* para von Müller», pensé con ironía.

—No eres muy amable, ¿verdad? —se me escapó al ver su cabeza ladeada hacia abajo, el pelo ya se le había secado y el mechón rubio que llevaba más largo caía otra vez sobre su cara.

Levantó la mirada atravesándome. Al parecer, no le gustaba demasiado que lo criticaran.

—No soporto que me adulen —dijo mientras miraba el contador de plantas.

—Pues parece que todo el mundo quiere hacerlo —afirmé, sabiendo que el tiempo en el ascensor, tan cerca de mí, se le estaba haciendo eterno.

Estuve tentada de arrojarme sobre él solo para fastidiarle y toquetearle a ver cuál era su reacción, porque la noche anterior descubrí su punto débil. No le gustaba acercarse a las personas, que lo tocaran y lo agasajaran. Le gustaban el silencio y mantener las distancias con los demás, por eso confiaba en que no me ocurriría nada, siempre que el tal Mirko no anduviera cerca. Además, lo veía en sus ojos. Aunque no estaba segura, se le notaba que no sentía la menor atracción física por mí. Solo quería que trabajara para él, nada más. Tenía un grave problema: a mí sí me gustaba, y mucho más de lo que quería confesar a mi activa mente.

Las puertas del ascensor se abrieron a un recibidor con una mesa en el centro, que daba paso a una gran sala con varios sofás, una mesa para comer y una gran televisión de alta gama. Al fondo, una cristalera enorme con vistas a los tejados de Madrid y a su gran parque. Soren me indicó con la cabeza que pasara. A la derecha vi la puerta que daba acceso a su habitación, presidida por una cama tamaño extragrande con la colcha roja y negra, los colores del hotel. Soren avanzó hasta un mueble parecido a un aparador y lo abrió, sacó dos vasos y una botella.

—No bebo —le dije, intimidada por estar a solas por primera vez con él. No sabía qué hacer: ¿quitarme el abrigo?, ¿sentarme?, ¿preguntarle de una vez qué quería de mí?

—Lo sé, sé casi todo de ti —aseveró mientras se apoyaba en la repisa del mueble, con el vaso en la mano, taladrándome los ojos con su mirada.

Me quité el abrigo de paño, aún mojado, y lo puse en el respaldo de la silla. El ascensor volvió a sonar y Mirko apareció con una bolsa de una tienda de firma, se quedó parado en la entrada como si no pudiera atravesar una línea invisible y me la ofreció. Cuando quise darme cuenta, estaba esperando a que Soren me diera su permiso para coger la bolsa. Me hirvió la sangre, llevaba con él menos de dos horas y ya actuaba como su hombre para todo, pidiendo su confirmación hasta para parpadear.

—Gracias, Mirko —agradecí estrechando la bolsa contra mi pecho.

Mirko se giró cuando un camarero del hotel salió del ascensor con un carro repleto de bandejas y entró en la habitación.

—Déjelo ahí.

Al oír el fuerte acento de Mirko, supuse que era ruso, era la primera vez que oía su voz. Cuando el camarero acabó, le puso un billete en la mano y ambos salieron, dejándonos a Soren y a mí de nuevo solos.

—¿Mirko no cena con nosotros?

—No.

—¿Dónde está el baño?

Aún estaba cabreada por sus órdenes y por tener que depender de él en ese momento. ¿Por qué me montaría en su coche? Ahora estaría en casa con Alice, viendo alguna película mientras ella se arreglaba para salir y no con una bolsa en la mano, en la habitación de un alemán neurótico que se comportaba como un rey.

—En la habitación, a la derecha.

—Siempre están a la derecha —farfullé sacándome las botas en mitad del salón, que dejé tiradas junto a la mesa.

## Soren

En cuanto vi a Manuela ir hacia el baño, me acerqué, recogí sus botas y las dejé en el recibidor con un golpe seco mientras oía cómo el agua de la ducha comenzaba a correr. Apreté con fuerza el vaso. No debía pensar en ella de esa manera, era la persona que iba a restaurar mi cuadro y punto, pero no pude evitar imaginarla desnuda, en mi baño, con el agua corriendo sobre su espalda de interminable piel morena.

Bebí un largo trago y me senté a esperar en uno de los sillones frente a la puerta de la habitación. La chaqueta me molestaba y me la quité, al igual que la corbata. Las dejé dobladas con cuidado sobre el brazo del sillón por si tenía que volver a salir de la habitación para llevar a Manuela a casa como un buen capullo de quince años con su primera novia. Más cómodo, con la camisa remangada, por fin pude paladear la bebida con tranquilidad.

Esperé observando cómo las luces de la ciudad no morían. Madrid estaba siempre despierto, era tan diferente a Alemania. Jürgen no tardaría en preguntarse dónde estaba. Siempre nos decíamos el lugar al que pensábamos ir, era indispensable por si algo nos ocurría a alguno de los dos y para tener una referencia por si desaparecíamos. Pero esa vez no se lo había dicho. Si algo salía mal, no quería que supiera nada de la vida de Manuela, él no tendría tanto tacto con la chica ni tanta paciencia. Jürgen era el único vínculo que tenía porque mi otra hermana estaba desaparecida, en algún lugar de Rusia, desde hacía meses. Quizás él la había encontrado ya a través de nuestros contactos. Manuela me recordaba a ella por la forma airada con la que hablaba.

—No he tardado demasiado, ¿cómo sabía tu esclavo qué talla tengo?

La miré sorprendido. Estaba sexy, tanto como la noche de la fiesta. Mirko le había conseguido unos vaqueros estrechos y una blusa de seda color blanco que se le pegaba al pecho. Llevaba los primeros botones desabrochados y enseñaba su piel dorada hasta llegar al primer cierre. En ese momento noté cómo mi cuerpo reaccionaba ante sus curvas y el contraste de la tela con su tono de piel. ¿Nela se escondía a propósito bajo la ropa ancha y aburrida de niña aplicada?

—No lo sé, Mirko siempre sabe esas cosas.

Ella frunció el ceño, presintiendo que las cualidades de mi guardaespaldas me resultaban muy adecuadas con las mujeres.

Llevaba su ropa arrugada en la mano y la dejó sobre la silla junto al abrigo, sin doblar. Me dieron ganas de levantarme y colocarla, pero preferí ver cómo se acercaba a la bandeja y levantaba la cubierta de acero. El olor de la comida se esparció por la habitación y vi cómo picoteaba algo con la mano y se lo llevaba a la boca. Esa mujer era frustrante, hacía todo lo que yo no permitía a nadie en mi presencia. La vi masticar mientras se fijaba en que ya no llevaba la chaqueta ni la corbata puestas. Sonreí cuando se detuvo en mis brazos y un brillo de apreciación en sus ojos me llenó de orgullo masculino. Manuela no era tan inmune a mí como quería aparentar.

—¿Por qué te tomas tantas molestias conmigo? —preguntó de forma directa. Sus ojos azul

eléctrico se entornaron con desconfianza.

—Te lo dije esta mañana, quiero que vengas conmigo, te pagaré bien y haré una donación a tu museo.

—¿Temporal o definitiva? La donación, quiero decir.

—Temporal. —No pensaba darle una obra que valía una fortuna.

Manuela estaba dispuesta a negociar, era un comienzo.

—¿Qué obra tendría que restaurar y para qué?

—Un cuadro, no te diré más hasta que aceptes y estés en mi casa.

—Esta mañana dijiste algo de mi tesis, ¿es un Monet? ¿Un Renoir?

«Nena, no sabes con quién estás hablando. Podría cargarte como un fardo y llevarte a la fuerza, matarte si quiero y nadie levantaría un puto dedo».

—La leí, me llamó la atención. Fue Roberto Márquez, tu jefe, quien me la dio. Me aseguró que eras de confianza y que eras la mejor restauradora que había conocido.

Su expresión fue de decepción, como si intuyera que Roberto la había entregado a los leones. Se sentía derrotada, como si ya supiera que su maestro y jefe la había traicionado y alejado del museo.

—Ambos.

Esperé a que entendiera la afirmación y penetrara en su mente analítica, los ojos se le abrieron y titubeó antes de sentarse.

—Joder —susurró, lo que me hizo sonreír. Solo unos minutos a mi lado y ya hablaba como yo. Me miró como una niña pequeña en una tienda de golosinas.

—Imposible —afirmó con soberbia. Desconfiaba de mí.

—Puedes creerlo o no, de ti depende. —Cruce las piernas, ahora era mía—. Si aceptas el trabajo, esta noche no volverás a tu casa. Mirko guardará tu móvil y volaremos a Alemania. Cuando acabes, te devolveré sana y salva a tu vida mientras mantengas en secreto todo esto.

—Y si hablo o se lo cuento a alguien...

Una carcajada se escapó de mis labios, Manuela era terriblemente inocente.

—No hablarás.

—¿Sin móvil? Alice debe saber dónde estoy.

—Te dejaré llamarla de vez en cuando, con un teléfono seguro.

—¿Y mi trabajo? No puedo desaparecer del museo de un día para otro. Mi ayudante hará preguntas, la exposición de noviembre está a punto de inaugurarse... —Se dio cuenta de que apenas la escuchaba. Miraba su ceño fruncido mientras hablaba con miedo. Me tenía miedo.

—Tengo plantas que regar, ¿sabes? Tal vez en una semana... Eso es, dame tiempo para prepararme, las maletas, el proyecto de renovación...

## Manuela

Ese hombre estaba loco, ¿pensaba que abandonaría mi vida así, en unas horas? ¿Y si era un criminal, un tratante de blancas que pretendía venderme en algún país remoto? Soren se levantó de un movimiento y se acercó con paso decidido, con los ojos grises en llamas. Si hubiera llevado bragas, me habría meado en ellas. El tal Mirko no había pensado en ese detallito.

—Manuela —pronunció mi nombre despacio, ladeando la cabeza con gesto cansado—. Un mes como mucho, depende de ti y de lo rápido que trabajes —afirmó con una sonrisa. Al estar tan cerca, me fijé en sus labios y en sus dientes perfectos, en las pequeñas líneas alrededor de su boca al hablar—. Atiéndeme —ordenó, metiéndose en mis pensamientos—. Todo seguirá aquí cuando vuelvas.

Otra vez dándome órdenes.

—¿Qué pierdes? Llevas la vida que los demás quieren para ti. Perdiste a tus padres antes de ser adulta y tu amiga ocupó su lugar, quieres ser importante porque no tienes nada excepto tu trabajo en el museo. En realidad, lo que de verdad te importa, con aquello que eres feliz, es pintando y restaurando obras. Sientes que le debes algo a Alice Barday y a su padre por apoyarte todo este tiempo y pagar tus estudios, pero no quieres vivir así.

Sus palabras envenenadas me hirieron en lo más profundo de mi corazón porque sabía que cada una de ellas era verdad, llevaba meses ahogada por las interminables horas en el museo y sentía que la vida se me escapaba en cada decisión y enfrentamiento con la junta. Tenía que parar o llegaría a los treinta y tantos amargada y sin camino en el cual seguir, debía encontrarme conmigo misma o con lo que fuera que sentía haber perdido.

Soren respiró profundo, como si intuyera que me había llevado al límite de mi resistencia. ¿Pensaba que echaría a correr? Él tenía razón. Estaba ahogada y cansada. Los cuadros... Jamás tendría una oportunidad igual, restaurar una obra magistral.

—Llama a tu chico y dile que necesitare ropa.

Él se apartó, me había cogido las muñecas con fuerza y las soltó de golpe al darse cuenta de que accedía.

«¡Ey, Manuela! ¡Estás como una cabra, quizá peor que él!». ¿Por qué no? Iban a echarme de mi puesto en breve y, si volvía con un cuadro importante, podía pedir una plaza fija en el museo de Madrid que yo eligiera como restauradora o lo que me diera la gana.

Soren sacó el móvil y llamó a Mirko, recogió su chaqueta y se la puso con un leve movimiento. Dobló la corbata gris y se la metió en el bolsillo.

¿Ya?, ¿así? Debió intuir que estaba desconcertada, sin poder procesar que iba a desaparecer de mi propia vida durante al menos un mes.

—Roberto se encargará de todo en el museo y de avisar a tu ayudante.

En menos de dos minutos, Mirko apareció en la habitación; se le escapó una tenue sonrisa de

superioridad al ver que la ropa me valía. Apenas media hora después, Soren y yo salimos de la habitación, creí que tendría que ir a Alemania descalza cuando vi mis botas en un rincón del recibidor. Me las puse en dos movimientos ante la desesperación de Soren y abandonamos el hotel.

## **Segunda parte**

## Soren

La tenía sentada enfrente, agarrada a los reposabrazos con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Ni siquiera se había quitado ese abrigo mojado y evitaba mirarme desde que habíamos abandonado el hotel. En el coche de camino al aeropuerto privado, había llamado a su amiga. Las escuché discutir hasta que Manuela colgó enfadada.

Si Alice Barday hubiera convencido a Manuela de que aquello era una locura, me hubiera obligado a tomar medidas drásticas con ella.

El avión comenzó a rodar por la pista y Manuela estaba cada vez más nerviosa. Cuando las ruedas despegaron del suelo, contuvo un suspiro ahogado. No sabía si le daba miedo volar o era el miedo a ir conmigo a un país desconocido. La dejé un rato que se tranquilizara y me concentré en mi portátil. Duró muy poco porque se quitó el cinturón de seguridad y la chaqueta. Por encima de la pantalla, vi cómo la blusa de seda se pegaba a su cuerpo hasta moldear su figura mientras se movía a un lado y otro.

—¿Cuánto dura el vuelo? —preguntó Manuela más tranquila al ver que nos elevábamos.

—Unas cuatro horas.

Ella afirmó con la cabeza, se levantó y, con un movimiento, se quitó las botas. Otra vez descalza, solo con los calcetines. Por lo menos, había dejado las botas a un lado de su asiento, junto al bolso.

—¿Dónde vamos exactamente? ¿Berlín, Múnich, Frankfurt...?

Volví a levantar la vista del portátil.

—Baviera.

—¿Baviera? ¿Qué hay en Baviera? —preguntó de forma inocente mientras se acercaba hasta mi asiento, situado frente al suyo.

Se inclinó desde un lado y cerré la tapa del ordenador con un movimiento brusco, sin poder creer que estuviera fisgando en mis cosas. Mirko, que iba sentado en paralelo a nosotros leyendo un periódico, se rio con ganas.

—Podrías aprovechar para dormir un poco. Es un viaje largo y es de madrugada. Llegaremos al amanecer.

En casa la encerraría en la torre para que no saliera hasta acabar su trabajo, era un incordio de mujer. Manuela no era como mis sofisticadas amigas, que se apartaban en silencio. Era curiosa y muy, muy nerviosa como para permanecer cuatro horas quieta en un avión. Ella volvió a su asiento y se dedicó a mirar por la ventanilla, pero no tardaría en empezar con sus preguntas, comenzaba a conocerla. Empezó a mover el pie arriba y abajo de manera repetitiva.

Miré a Mirko al verla distraída y él se levantó, desapareció tras las cortinas y una azafata apareció con una bandeja de bebidas.

—Bebe algo, Nela, apenas has comido nada en el hotel.

Manuela se giró, contenta por tener algo que hacer. Mientras me ponían un vaso de whisky solo, ella eligió una botella de agua con gas. Miró un poco raro a la azafata al ver que estaba abierta, pero la cogió dándole las gracias. ¿De qué urbanización con puertas rosas había salido esta chica para ser tan confiada?

—Baviera. ¿No es donde se visten con un sombrero con una pluma y pantalones cortos?

En quince minutos estaba profundamente dormida y Mirko y yo pudimos relajarnos. ¡Joder, qué descanso tenerla callada y quieta! Mirko se levantó y las botas de Manuela desaparecieron, las guardó en algún sitio y colocó el bolso y sus escasas pertenencias en perfecto orden.

—Es rara, Soren —dijo Mirko una vez tuvo todo bajo control.

—Es jodidamente rara —contesté con una sonrisa sincera mientras la miraba.

—Causará problemas, tiene carácter y es muy guapa.

—Puede ser —afirmé con poco interés, y abrí de nuevo el ordenador. Mirko parecía querer decirme algo, pero se contuvo, se sentó casi de espaldas a nosotros en un asiento individual y volvió a su periódico. Levanté los ojos por encima de la pantalla y vi a Manuela en una extraña posición, con la boca abierta y los párpados entreabiertos. Se revolvía en el pequeño espacio del asiento. Sonreí, ni siquiera podía estarse quieta mientras dormía. La cogí en brazos con cuidado, rozando su trasero al pasar la mano por debajo, y la blusa se ahuecó dejándome ver el encaje de un sujetador color gris. No solo era bonita, sino que su cuerpo era apetecible, con curvas donde debía haberlas y un pecho perfecto. El pelo castaño le cayó en cascada hacia atrás y la sostuve inmóvil un momento. Era la primera vez que podía mirarla a placer sin que aquellos ojos azul eléctrico me taladrasen. A medida que la miraba, me resultaba más atractiva.

Necesitaba volver a casa y desahogarme porque esa chica me estaba poniendo a mil, así en mis brazos, totalmente entregada al sueño. La llevé hasta el sofá de la parte de atrás y la dejé con cuidado, apoyando su cabeza sobre los cojines. Tenía las mejillas coloradas por el efecto de las drogas que le habíamos puesto en el agua y rocé su piel con los dedos. Aparté un mechón de su cuello, olía a jabón. El avión dio una sacudida y ella se movió un poco. Dejó los labios entreabiertos. Dormida como estaba, me aventuré a posar la yema de mi pulgar sobre la tierna piel sensible, sentí su aliento cálido sobre mi mano y pensé en besarla. Seguro que a Manuela le gustaban los besos rosa.

Sonreí y volví a mi asiento. Mirko se giró, había estado mirando lo que hacía con ella todo el rato.

Llegamos a casa cuando las primeras luces asomaban tras las montañas. El aire gélido de las primeras horas se coló en todo el avión mientras la tripulación abría las puertas, anunciando que pronto nevaría. Manuela seguía dormida en el sofá y Mirko se acercó a cogerla.

—Déjala, lo haré yo.

Si le extrañó mi decisión, no dijo nada. Me acerqué y le eché una manta por encima antes de cogerla en brazos y sacarla del avión. El coche ya esperaba en la pista. Era mi pista particular, la única en cien kilómetros a la redonda, lo que me daba libertad para utilizar mi avión privado cuando quisiera sin tener que depender de ningún aeropuerto. Sin controles incómodos ni permisos especiales.

## Manuela

Me desperté entumecida y con la boca seca. No recordaba haberme dormido, solo haber bebido una botella de agua con gas en el avión y después nada. Abrí los ojos indignada, la cabeza iba a estallarme, estaba en la parte de atrás de un coche enorme. ¡Me habían drogado! Levanté los ojos y lo primero que vi fue un móvil sobre mi cabeza, estaba apoyada en las piernas de Soren mientras él se dedicaba a mirar algo en la pantalla. Le di un manotazo a su teléfono, que cayó de sus manos al suelo del coche.

—¿Qué haces? —farfulló indignado, al tiempo que me apartaba con brusquedad en busca de su móvil.

—¡Me has drogado! ¡No puedo creerlo! —grité sin control mientras me incorporaba dolorida.

Soren sonrió ante mi estallido, le hacía gracia ver mi monumental cabreo. Por un momento, me quedé mirándolo absorta; no era un sueño, él estaba allí e íbamos en un coche. Mirko conducía y miró por el retrovisor con sus ojos oscuros.

—Era mejor así —dijo Soren aún riendo.

—No vuelvas a hacerlo o me vuelvo a Madrid. Me da igual si eres el rey de Alemania, no tienes ningún derecho a drogarme.

—Así estás más tranquila. Creí que te ponía nerviosa volar.

—¡Pues no, soy así! Nerviosa.

—Ya —dijo ignorándome.

Me dieron ganas de patearle hasta que reaccionara ante algo, era asquerosamente controlador y frío. En lugar de eso, me acerqué a él deprisa y cogí su mano entre las mías. Reaccionó como si le hubieran puesto un hierro candente entre los dedos, una expresión de furia se dibujó en su rostro y las pupilas se le dilataron tanto que el gris casi desapareció por completo.

—Manuela, suéltame si no quieres que te haga daño.

Aparté las manos despacio, cuando miraba así, daba miedo.

—Ahora sabes qué se siente al someterse a la voluntad de otro y que te obliguen a algo sin tu permiso.

Abrió la boca, atónito. No parecía que mucha gente se atreviera a llevarle la contraria en su pequeño mundo de riqueza y poder. Si algo podía definir su expresión, era la incredulidad y la furia. Aun así, no me hizo daño, esperé un grito o algún tipo de represalia, pero Soren permaneció en silencio, mirándome con esos ojos de lobo.

—Entendido. No más drogas.

Nunca sabré si lo hizo por mantenerme contenta o porque de verdad lo había entendido. Su rostro recuperó poco a poco el color y volvió a ser el mismo. ¿Quién era yo para juzgar lo raro que Soren era?

—Lo siento, no debí hacerlo —me excusé de la forma más concisa posible. Había ganado una

batalla, pero no la guerra.

El rostro de Soren se relajó a duras penas y señaló hacia mi ventanilla. Ahogué una exclamación al ver la altura a la que estábamos. Pegué el rostro al cristal para admirar las copas de los árboles a nuestros pies, kilómetros de verde en descenso hacia un valle, y un lago en el fondo que aparecía y desaparecía en cada curva, gris como el cielo plomizo y los ojos de Soren. Si el clima era así en noviembre, cuando aún no habían llegado las nieves, imaginé que no vería mucho el sol en las próximas semanas.

Los oídos se me taponaron por la altura hasta que la carretera comenzó a descender sobre aquel mar verde, apenas se veía el suelo escarchado por la densidad de las ramas.

—Cielo santo, Soren, ¿estamos en Alemania?

—Baviera —concretó con voz áspera sin dejar de teclear algo en su móvil.

Soren era... Intenté describirlo, pero el paisaje merecía más mi atención que su estoico comportamiento.

—¿Al sur de Múnich?

Soren pareció no comprenderme, a veces olvidaba que él necesitaba procesar mi castellano antes de contestar.

—Al sur del país, en la frontera con Austria.

Tenía una remota idea de la ubicación, estábamos en la cordillera sur, se parecía a la de la película *Sonrisas y lágrimas*. La cancioncilla que recordaba de mi infancia resonó en mi mente y sonreí absorta hasta que me di cuenta de que no veíamos ninguna casa en los alrededores. El gran lago fue acercándose a medida que bajábamos y entonces lo divisé, abriéndose paso al dejar atrás la extensión verde.

Mi excitación llamó la atención de Soren, que volvió a apartar la mirada de su móvil para sonreírme distraído. Me quedé anclada en su mirada divertida y relajada, ¿era porque estábamos cerca de su hogar? Su sonrisa provocó unos surcos en sus mejillas y me sonrojé.

—Neuschwanstein —pronunció en su lengua materna.

—El castillo del Rey Loco —asentí.

Ni siquiera entendía su pronunciación, pero la construcción era el emblema oficial de Alemania, cualquier folleto de viajes tenía la imagen del castillo. Disney había tomado su perfil para ser el castillo de entrada a su imperio infantil y aparecía como uno de los más hermosos del mundo. El sueño de un rey con apenas tres siglos de vida que los alemanes, en su increíble capacidad de adaptación, habían convertido en su atracción turística a nivel mundial. Además, había sido el escenario de innumerables secretos durante la Segunda Guerra Mundial. Una leyenda popular decía que allí permanecieron escondidos multitud de cuadros que los nazis confiscaron a los judíos.

Sus tejados negros a dos aguas y sus torres en forma de pico desafiaban el cielo y el valle que lo rodeaban. Construido en un risco sobre otro castillo más antiguo, resaltaba con sus paredes blancas sobre el verde bosque. Un poco más abajo, un pueblecito de casas de tejado rojo reposaba a sus pies.

—Es hermoso. —Fue lo único que salió de mi boca ante esa visión de cuento de hadas.

—Sí, supongo que es impresionante —dijo más animado, como si temiera que volviera a toquetearlo si se mantenía en silencio.

La carretera bordeaba el lago y dejamos atrás el castillo, giramos hacia la izquierda y unas enormes verjas negras se abrieron mientras un hombre saludaba a Mirko desde una pequeña garita. El camino se retorció entre los altos abetos y apareció una mansión de ladrillo blanco y

piedra, similar a un palacete, flanqueada por dos torres cuadradas a ambos lados y una gran puerta central. La división de cada piso se separaba con estandartes en piedra y altos ventanales en forma de arco. Recordaba un poco a las viejas mansiones del siglo XVII, con la salvedad de que las torres a cada uno de los lados estaban casi en su totalidad acristaladas en uno de los pisos. Debía de ser una mejora añadida a lo largo de los años con el fin de observar los paisajes de alrededor.

Mirko abrió la puerta y Soren me alcanzó al salir del coche, cogió mi brazo y prácticamente me empujó hasta una pequeña escalinata. ¡Esa era su casa!

## Soren

Para Manuela, todo aquello era nuevo, no podía dejar de arquear la ceja y abrir la boca. Estaba seguro de que, si no se supiera observada, saldría corriendo a tocarlo todo. Yo, sin embargo, nací como todos mis antepasados en esa casa y cada rincón guardaba una parte de mi pasado. Oxford, esa fue la única maldita vez en que consiguieron alejarme de Waldhaus durante años y odié aquella escuela llena de normas hasta el día en el que salí de allí y me llevé a Jürgen conmigo, a él y un códice del siglo XVII que valía millones. Esa fue la primera vez de muchas que le planté cara al viejo y nunca más conseguí dominarme. Podía darme una paliza tras otra, apartar de mí todo lo que quería, pero nunca más me alejaría de ese lugar.

—Soren, la casa es preciosa.

—Bienvenida a Waldhaus.

Helga ya nos esperaba en la puerta, mientras los chicos nos saludaban con respeto. Pude ver que Mirko los había avisado, siguiendo mis instrucciones, y ninguno llevaba armas a la vista. Si Manuela veía los rifles, daría problemas con preguntas que no podía contestar.

Manuela se giró con los ojos entornados. Empezaba a sospechar que de verdad era el propietario de un Monet y un Renoir, dos cuadros que, sin verlos, ella solita podía deducir que valían millones. Si el avión privado, mis trajes y Mirko no la habían abrumado, Waldhaus la dejó atónita. Aún la sostenía por el codo mientras ella no apartaba la vista de los ventanales, del negro tejado a dos aguas y de los grabados de piedra. El abuelo, al ver cómo los tiempos cambiaban, blanqueó la fachada llena del típico colorido bávaro e inició las reformas, que hicieron aún más sobrio el hogar de los Müller, oscuro como nuestras almas.

Helga miró con extrañeza la mano con que guiaba a Manuela por la escalinata hasta la entrada, pero se guardó mucho de decir nada.

—Zählen, bienvenido a casa —dijo en alemán con alegría.

—Helga, esta es Manuela Sanz, nuestra invitada. ¿Has preparado sus habitaciones?

—Sí, señor —respondió en español—. Bienvenida a Waldhaus, señorita.

Era el ama de llaves de la casa, una mujer eficaz y discreta que, como todo el servicio, vivía allí todo el año. Entre sus innumerables cualidades, Helga hablaba tres idiomas.

—Encantada —respondió Manuela sin tenderle la mano. Me hizo gracia, ¿qué pensaba, que mi gente tampoco saludaba, como yo?

—Todo lo que necesites, Helga te lo proporcionará, tanto a nivel personal como profesional. Conoce tu idioma y puede conseguir todo lo que pidas.

Manuela frunció el ceño, pensativa.

—Me gustaría cambiarme y descansar, si es usted tan amable, Helga. No sé por qué aún sigo un poco aturdida por el viaje —dijo recriminándome con la mirada que la hubiéramos drogado.

—¡Claro, qué tonta! Debí ofrecérselo. Venga conmigo, la llevaré a sus habitaciones. *Ja, ¿bitte?*

—le pidió Helga con delicadeza.

Manuela siguió los pasos de Helga y se internaron en el vestíbulo, abrió la boca hasta límites insospechados, con el bolso en el regazo y la cara absorta. El Caravaggio la recibió sobre la pared de la entrada con toda su magnificencia y ella negó con la cabeza, como si se regañara a sí misma por ser tan ilusa. Manuela me exasperaba con su absoluta certeza acerca de todo, ¿pensaba que era falso? Se dio la vuelta al llegar a la escalinata de mármol y se detuvo para mirarme con sus grandes ojos azules. Asentí como haría con un niño pequeño y ella me copió el gesto para seguir subiendo tras Helga, rumbo a la que sería su habitación.

## Manuela

—¿Esta es mi habitación? —pregunté cohibida a Helga.

La mujer sonrió, era un encanto. Su traje de chaqueta azul oscuro y su moño rubio le daban un aire alemán de postal. La piel blanca resaltaba sus ojos azules y los coloretes que se formaron en sus mejillas al subir los dos tramos de escaleras sin descansar eran adorables, como los de una madre rolliza que hacía galletas caseras sin parar.

Me situé en el centro de la habitación y, orientada por el ventanal, deduje que estaba en la parte de atrás de la casa. Waldhaus, la había llamado Soren. Helga describió las cortinas y vi los amplios bosques ante mi cristal. La habitación era de techos bajos de madera, acogedora y enorme, decorada con dos grandes armarios de finos tallados, una amplia mesa a modo de escritorio y dos sillas ante una chimenea de piedra beis. La cama era grande y alta, ¿todos eran igual de altos? Helga me sacaba al menos una cabeza y los guardas de la entrada eran también enormes, como Soren.

—En el baño encontrará todo lo que pueda necesitar, me he tomado la libertad de comprarle artículos de aseo y maquillaje. Si necesita algo en concreto, no dude en avisarme. Si no quiere bajar, junto a la cama hay un pequeño interfono, si pulsa el cero hablará conmigo directamente. Me temo que gran parte del servicio no sabe español, así que puede decirse que soy su..., ¿cómo decirlo?, ¿asistente?

—Se lo agradezco mucho. No quisiera darle más que hacer, este sitio parece enorme.

Se rio con energía y sus mejillas volvieron a colorearse de un rosa intenso, mientras su pecho se contraía y expandía.

—¿Puedo pedirle un solo favor? —Procuré ser comedida, aquella mujer me caía bien y si tenía que pasar un tiempo allí, prefería que fuera mi amiga, dentro de lo posible—. No he traído equipaje, fue algo repentino, Soren...

—Zählen...

La miré extrañada. Al verme confundida, sonrió paciente.

—El conde, aquí lo llamamos así. No hay títulos desde hace siglos, pero es una costumbre que los criados no queremos abandonar, les debemos mucho a los Müller.

—Bueno, el caso es que no tuve mucho tiempo para...

A ver cómo le explicaba a esa buena mujer que parecía un poco pudorosa que no llevaba ni bragas, y menos aún un pijama. Pareció notar mi vergüenza y, a pequeños saltitos, se acercó a los armarios y, con una sonrisa, los abrió. Un ¡joder! se me escapó al fin, como si hubiera rebotado con aquella palabrota toda la curiosidad, todo el asombro, toda la fascinación que rodeaban a Soren y a su forma de vida.

Afortunadamente, nadie había enseñado a Helga lo que significaba, así que siguió sonriendo. Tenía que recordar decir «carámbanos» cuando algo volviera a sorprenderme, aunque ella no lo

entendiera, yo me sentiría más cómoda. Sacudí las ropas poseída por un extraño afán consumista poco común en mí: gruesos abrigos, jerséis de lana, pantalones vaqueros y más formales, blusas de seda, vestidos, camisetas... Y abajo, zapatos y botas de invierno. Un suspiro se escapó de mi boca al descubrir cajones y más cajones con ropa interior fina y sofisticada, tan delicada como nunca soñé tener, de colores discretos y no tanto.

—La dejo sola para que pueda explorar, señorita Sanz.

—Manuela o Nela, por favor.

—Manuela —afirmó con una sonrisa—. Zählen Müller la espera para comer a la una. Avíseme cuando esté lista, si no, se perderá. Marque el cero, por favor.

Aún me sentía un poco mareada y me tumbé sobre la colcha. Acostada en la cama, rodeada de aquel lujo, pensé en si estaba cometiendo una enorme y ridícula estupidez, una aventura en la cual estaba en la mansión de un hombre tal vez peligroso, que se dedicaba a drogarme y llevarme de un lado a otro como un títere. Escapar de Madrid quizá no había sido la mejor decisión, pero si Soren tenía la llave de mi futuro en forma de un lienzo, debía probar. Debí quedarme dormida un rato, porque la claridad ya inundaba toda la habitación.

Minutos después de seleccionar unos vaqueros y una blusa azul oscura que dejé preparada sobre la colcha, entré en la ducha. Descalza, comprobé que la calefacción era fuerte, proveniente de unos enormes radiadores repartidos por toda la habitación. El suelo radiante no había llegado a la antigua casona. Disfruté del agua caliente y me sequé el pelo con esmero. Unos golpes en la puerta de la habitación sonaron con energía y miré mi reloj, era casi la una; puse los ojos en blanco, Helga no permitiría que llegara tarde a la comida con su adorado Zählen.

Helga me dejó sola ante las puertas abiertas de una sala en la primera planta, parecía una biblioteca con altas estanterías hasta el techo de escayola. Miles de volúmenes forraban las paredes sin un solo hueco vacío. Soren estaba de pie con los brazos cruzados, dominando toda la estancia con cara de pocos amigos. Hablaba en alemán con alguien sentado de espaldas en uno de los sillones, casi a gritos, en lo que parecía una fuerte discusión. Soren me vio y calló de repente. El hombre sentado se levantó de golpe para mirarme y estuve a punto de retroceder. Era increíblemente parecido a Soren, con el pelo un poco más oscuro y los ojos de un tono verdoso, su expresión de sorpresa se mezcló con una mirada curiosa. Una rubia se rio al salir empujada desde el regazo del hombre desconocido hacia delante y él la sujetó por la cintura con firmeza mientras ella trastabillaba a propósito para simular que caía. O eran imaginaciones mías, o los dos estaban borrachos.

—Soren, ¿no vas a presentarme a tu amiga?

Por fin entendí algo, el desconocido habló en mi idioma. Soren se metió las manos en los bolsillos del pantalón del traje.

—Esta es Manuela Sanz, va a trabajar en Waldhaus —cedió al fin. Su voz resultó forzada al intentar ocultar su enfado.

—Jürgen Müller, el hermano de Soren. Bienvenida a nuestra casa —dijo abandonando a la rubia. Se adelantó y me cogió la mano con toda caballerosidad para besar el dorso. Este hermano parecía no tener problemas en saludar, coger la mano o besar. Observó mi rostro con una sonrisa pícaro y estuvo a punto de decir algo a Soren, pero en el último momento calló.

—Gracias —contesté mientras la rubia se colgaba de su hombro y me miraba de arriba abajo con una sonrisa falsa.

Hubo otro intercambio de palabras en alemán entre los hermanos, que me excluyeron de la conversación, y la rubia se quejó con los aspavientos de una cría.

—Parece que podremos conocernos más despacio, ya que pasarás un tiempo aquí. Nos vemos —comentó con desenfado mientras arrastraba a la rubia del brazo.

No tenía intención de presentármela, así que pensé que no debía conocerme. ¿Sería un ligue? Jürgen se detuvo un momento y me dedicó un guiño acompañado de una preciosa sonrisa. Era guapo y a la vez encantador, no pude evitar sonrojarme un poco.

—Tu hermano es simpático —observé una vez que cerraron la puerta tras ellos.

—Es un imbécil presuntuoso, pero es mi hermano —afirmó con tono cansado—. Manuela, aléjate de Jürgen todo lo que puedas.

Alcé una ceja. «¿Y ya está? ¿No va a contarme nada de su hermano ni de la rubia?».

—¿Todo bien con Helga? ¿Tienes todo lo que necesitas?

No sé por qué Soren me miró las botas con interés.

—Sí, es muy amable —contesté de corazón. La mujer se portaba conmigo como una matrona.

—Comeremos aquí, en el estudio. Jürgen no sabía que volvía hoy y tiene una pequeña reunión montada en el salón.

—No hay problema, suelo comer en la mesa de mi despacho y este sitio me encanta.

Anduve hasta las estanterías y, con la yema de los dedos, acaricié algunos lomos de los libros que quedaban a mi altura. En aquella sala habría volúmenes para llenar tres despachos como el mío en el museo.

—En tu tiempo libre puedes entrar cuando quieras y coger un libro, sé que te gustan.

¡Claro! Soren sabía todo sobre mí: mi trabajo, mis gustos, mis aficiones, mi marca de pastillas favorita para drogarme en los aviones...

—¿Y el cuadro? ¿Cuándo vas a enseñármelo?

Por primera vez sonrió desde que, en el coche, esa misma mañana, me había mostrado el castillo del Rey Loco. Se oyeron música alta y risas en algún lugar de la planta baja y Soren se tensó, apretando la mandíbula.

—Después de comer —dijo mientras Helga aparecía seguida de unas mujeres que en un momento compusieron la pequeña mesa frente a la chimenea con un mantel, una vajilla de porcelana exquisita y copas.

Trajeron queso cortado, lonchas de salmón, unas salchichas del tamaño de un chorizo, una bandeja de algo parecido a un puré de patatas y pan de diversas formas en un cuenco. Soren se sentía incómodo al ver la especie de picnic e intuí que Jürgen, su hermano, estaba en el comedor con más de una rubia corriéndose una juerga tremenda. Soren no dijo una palabra, me invitó a sentarme y se sentó frente a mí. Me hicieron gracia una especie de patatas rellenas de carne y fui a coger una. La mano de Soren agarró mi muñeca con fuerza, impidiéndome hacerme con la patata. Lo miré nerviosa. ¡¿A qué venía eso?! Sus ojos grises quedaron a la altura de los míos, poco a poco y sin decir palabra, fue soltando mi mano, dejando atrás el impulso que le había llevado a detenerme. Con la otra mano, me tendió un tenedor de plata. Lo miré con el ceño fruncido y después comprendí. En el hotel, el día anterior, tras mi picoteo en los platos, él no había cenado y ahora me impedía coger la comida con los dedos. Era educada, pero me parecía un poco absurdo tener que coger una bola de patata con un cubierto en ese entorno informal.

Cuando aferré el tenedor, dejó de mirarme y comenzó a comer. Lo observé servirse con pulcritud. Soren era un maldito maniaco, a saber qué más cosas horribles me había hecho sin darme cuenta. Decidí que era importante que ambos buscáramos un término medio, yo intentaría seguir el ritmo de sus manías y él tendría que lidiar con las mías, que también eran unas cuantas. Si iba a pasar más de un mes allí, prefería contar con su buena disposición para que me diera mi

lienzo.

Levanté la cabeza al tiempo que Soren apartaba la mirada. Analizaba cada uno de mis movimientos, pero no me resultaba molesto, disfrutaba con sus silencios y su media sonrisa. Creo que nunca me había sentido tan cómoda a solas con un hombre.

—¿Agua? —preguntó con una sonrisa.

La botella era de la misma marca que la del avión y fruncí el ceño. Entonces se rio, haciendo que unas líneas se marcaran en la comisura de sus labios. A medida que pasaba tiempo junto a Soren, parecía más relajado.

—Sí, por favor. —Sonreí al momento. No era una persona rencorosa—. Háblame de tu casa, Soren, es magnífica. ¿Ha pertenecido siempre a tu familia?

Soren adoraba aquella casa, me contó que su abuelo la había reformado entera. Waldhaus significaba «casa del bosque» en alemán y era el orgullo de los Müller. Sus antepasados no habían llevado muy bien la construcción, al otro lado del lago del castillo de Neuschwanstein. Para hacerlo, el emperador destruyó las antiguas ruinas de un castillo del siglo XII donde se creía que se coronaba a los antiguos príncipes alemanes.

Supe enseguida que Soren intentaba manejarme, atraparme con su historia familiar, y le dejé hacer, confiada en que necesitaba su colaboración antes de que él me mostrara sus tesoros.

Olvidé los nervios por ver el cuadro que me había encargado restaurar y la música que provenía de algún lugar de la casa, pues consiguió que acabara absorta siguiendo cada palabra suya y cada pausa de su respiración. Al hablar y esbozar esa leve sonrisa, sus ojos brillaban. Soren captó toda mi atención mientras la historia de una Alemania antigua se iba dibujando en mi mente, alejada de la imagen que tenía de su país y de sus conflictos pasados. Sentí con él la desesperación de un pueblo sobrio ante el enorme derroche de la monarquía en un castillo de fábula. Reí con ganas cuando contó cómo su antepasado intentó sabotear la construcción del Rey Loco repartiendo cerveza entre los obreros. Eso ocurrió un mes de octubre, y lo acabaron celebrando cada año en las mismas fechas hasta convertirse en un evento turístico. Los ojos grises de Soren se iluminaban mientras yo cada vez me inclinaba más y más hacia él, apoyada en el ancho brazo del sofá, tan cerca como podía sin invadir su espacio sagrado. El silencio nos sorprendió un momento con nuestras miradas puestas en el otro, como si hiciera años que nos conociéramos.

Cuando dos mujeres con uniforme pasaron a retirar los platos, Soren se percató de lo cerca que estábamos el uno del otro. Se levantó con prisa y miró su reloj, impaciente, mientras lo ajustaba en su muñeca por debajo de la manga del traje. Había llegado el momento, ahora sabría si había pasado esa especie de prueba, si confiaba en mí lo suficiente para entregarme sus secretos.

—Acompáñame —ordenó sin más. Echaba de menos un «por favor» o un gesto amable, pero en él no lo encontraría.

Lo seguí en silencio. Los silencios de Soren eran largos, pero cómodos. No sentía la necesidad de llenarlos con fórmulas de cortesía ni conversaciones acerca del tiempo porque presentía que lo aborrecía. Prestaba atención cuando el otro decía algo interesante o lo retaba, mientras era frío e insondable.

Subimos por la escalinata que ya conocía a la primera planta, donde estaba mi dormitorio con vistas a la parte trasera de la casa, y seguimos por todo el corredor. La luz que entraba por las ventanas ojivales iluminó nuestro paso hasta llegar a una puerta de madera más pequeña que las de las habitaciones. Soren la empujó, me invitó a pasar y ascendimos un breve tramo de escalones de piedra más confortables por la moqueta central, que impedía resbalar. Parecía que en el pasado

las paredes habían estado recubiertas de fría piedra gris, aunque ahora lucían encaladas y cálidas. Una sala con mucha luz natural me dio la bienvenida, toda la pared de cristal se correspondía con la estructura de una de las torres que había visto esa misma mañana a mi llegada. Supuse que en el otro extremo del corredor había una habitación gemela a aquella. Todo el miedo o las reservas que tenía desaparecieron al instante: dos mesas enormes sobre borriquetas mostraban cajas de pinceles, bastidores, tinturas y botes de fórmulas comerciales de acetato. Diversos volúmenes de arte y libros de consulta adornaban la pared opuesta, sobre una estantería. Dos taburetes altos alineados junto a la mesa ocupaban el centro de aquella sala. Captando toda la luz, dos caballetes pequeños con dos lienzos de similares proporciones, tapados y bajo unos focos apagados, permanecían protegidos con una manta especial que utilizaban los museos para preservar la temperatura y eliminar la humedad.

Comencé a temblar y Soren se echó a un lado, dejó que reconociera la sala en silencio. Pasé junto a las mesas. Allí alguien había trabajado hasta hacía poco y algunos materiales se habían perdido en botes abiertos, por eso olía tan fuerte, por la mezcla de amoníaco y acetatos.

—¿Y el restaurador? —pregunté con miedo, sin girarme, con los dedos acariciando la superficie de madera—. No me habías dicho que sería la ayudante de nadie ni que tendría que responder ante alguien. —Mi orgullo se vino abajo. Ante su proposición, había deducido que sería yo y solo yo quien se ocuparía de restaurar el cuadro.

—Ya no está —contestó fríamente. Se adelantó pasando junto a la otra mesa y, sin la menor ceremonia, tiró de las mantas que tapaban los lienzos.

—¡Por Dios! —¿Lo había gritado? Puede ser que sí o simplemente caí de rodillas y luego me levanté, o cayera en un agujero negro porque mi cabeza no podía asimilar lo que mis ojos veían—. No pueden ser un Renoir y un Monet, no es posible. Estos cuadros simplemente no existen. —Anduve a su encuentro, miré a Soren y a los dos lienzos en sus bastidores—. Tienen que ser falsos —afirmé, y volví a abrir la boca.

—Compruébalo si quieres, Manuela.

Busqué una lente de aumento y la acerqué al que parecía un Renoir. Los colores, el trazo, la escena de una bahía llena de veleros, la playa de arena dorada y un pequeño embarcadero, el paisaje me envolvió. Los azules certeros y la técnica. Lo habían restaurado con una maestría indudable, pero ¿sería una falsificación? Busqué el ángulo inferior derecho y la lente se cayó, partiéndose el cristal.

—Lo siento.

Soren me tendió otra lente con una sonrisa llena de soberbia y me deslicé hacia el otro lienzo. Lo primero que pude apreciar fue que estaba enmarcado con un fino zócalo dorado, como si hubiera estado expuesto mucho tiempo para ser olvidado después. Restos de animales, probablemente de ratones o golondrinas, dañaban la pintura. ¿Quién podía haber dejado aquella maravilla marchitarse en una buhardilla o un sótano? ¿El lienzo de Renoir estaría en iguales condiciones antes de restaurarlo? En el ángulo derecho inferior podía leerse *Claude Monet* con el palo de la «d» hacia la izquierda y la «M» con un rizo en la misma dirección. Eso no quería decir nada, pero lo reconocía. Si era una falsificación, era brillante. Dos cuadros gemelos, con los sutiles contornos difuminados de Monet y los certeros de Renoir.

—Es una broma cruel, no pueden ser auténticos. Cualquier cuadro de estos dos maestros está registrado, catalogado y analizado por Sotheby's, Christie's, el instituto Wildestein y decenas de entidades privadas y casas de subastas.

—Ni siquiera has mirado el paisaje ni analizado si puedes salvar ese lienzo. Solo has medido

su valor, creí que amabas el arte. Fue lo que me gustó de tu proyecto de fin de carrera, que sentías la pintura.

Me sorprendió esa afirmación viniendo del frío alemán.

—Si no amas algo, no puedes repararlo —afirmó con tono severo.

—Amo el arte, más de lo que imaginas, pero no puedo aceptar el trabajo si pienso que al restaurar ese cuadro estoy infringiendo la ley. ¿Y si intentas hacer pasar por verdadera una falsificación?

Sus ojos se clavaron en los míos, realmente enfadado. No debía de ser muy habitual que le llevaran la contraria. Con una repentina ira, barrió con la mano varias cajas de pinceles y bastoncillos largos. Sus pupilas se dilataron alcanzando un negro profundo. Retrocedí aterrorizada. ¿Dónde demonios me había metido? ¿Y si eran auténticos? ¿Y si el hombre que tenía delante los había robado o, algo peor, matado para conseguirlos? Todo aquello era una aventura divertida que podía acabar con mi cuerpo sin vida en una cuneta. El padre de Alice me advirtió, Roberto lo tenía. No di crédito a nadie, deseosa de escapar por un tiempo de mi estresante y monótona vida.

Soren se acercó peligrosamente e intenté retroceder, ya sin espacio entre la mesa y yo. Pisó los cristales rotos, desperdigados por el suelo, y solo entonces se dio cuenta del destrozo que había causado. Se detuvo con las venas del cuello a punto de reventar por culpa de la ajustada corbata.

—Solo has medido su valor, te niegas a confiar en mi palabra. ¿Y si no fuera más que una imitación y hubiera decidido salvarlo? ¿También te parecería censurable?

Se marchó y me dejó sola en la habitación. Volví la vista hacia la mesa para alejar los ácidos de las dos pinturas de forma mecánica.

Creo que fueron más de seis horas las que pasé a solas con los dos lienzos sin que nadie me molestara. Podía haberlos dañado o quemado, pero, al estirar los brazos sobre mi cabeza, vi las cámaras que me observaban. La luz natural del invierno pronto se extinguió y la sustituí por las de las lámparas y los focos. El bosque más allá de las cristaleras comenzó a hundirse en la oscuridad y el viento se levantó sobre las copas de los árboles. Ahora entendía por qué la llamaban Waldhaus, la casa del bosque. El perímetro alrededor del edificio se iluminó con potentes luces y continué mi trabajo. Las palabras de Soren me quemaron, habían dejado un sabor ácido en mí. Tenía razón, ni siquiera sopesé la obra, la belleza de las formas o la delicadeza de las pinceladas, solo vi su valor económico. ¿En qué me había convertido? Hubo un tiempo en que solo veía algo hermoso, ahora, tasaba el arte como un aguilucho en busca de dinero.

Recordé las enseñanzas de Roberto con las interminables obras que restauré a su lado y comencé. Analicé las coincidencias con lo que sabía de Renoir y Monet con otras obras suyas. La firma y otros aspectos técnicos, como la luz, la perspectiva, la evolución del impresionismo, el lugar en el que pudo realizarse y la época. A falta de ordenador o móvil, recurrí a los libros de las estanterías. Desmonté con sumo cuidado el bastidor y cogí por primera vez el cuadro de Monet entre mis manos, temblorosas por la emoción. En mi profesión podías vivir una vida entera entre lienzos y no tocar jamás una obra inédita. Observé la parte de atrás, figuraba una fecha y el lugar de producción, los talleres de un maestro francés conocido por la calidad de sus telas entre los artistas de la época. Si fuera un informe de cualquier afamada casa de subastas, habría dicho noventa y cinco por ciento de coincidencias.

Caí de rodillas, con el lienzo sujeto entre mis manos, cerca del pecho, mientras el amoniaco goteaba encima de mis vaqueros. Sentí que me quemaba la piel, pero no podía moverme. No eran imitaciones, eran reales. Soren no había mentido.

## Manuela

Recorrí la galería despacio, la música había desaparecido y todo estaba en silencio. Si iba a mi habitación y marcaba el cero, Helga no tardaría en subirme algo de comer. El final del pasillo daba a la otra torre gemela y me pregunté si sería la habitación de Soren o su despacho.

Siempre fui como la polilla a la luz, desde niña, derecha a quemarme sin conocimiento. No sabía si quería disculparme con él por dudar de sus palabras o devolverle el miedo que pasé cuando tiró el material al suelo. ¿Qué haría él si llamaba a su puerta? ¿Me echaría? Llamé con fuerza. Golpeé la madera con los nudillos. «¡Venga, vamos a quemarnos!», me dije con los ojos en blanco.

Nadie contestó. Abrí y subí los escalones sin oír nada. «Nela, si al final va a acabar matándote igual por tocar con la mano su comida, por hablar sin parar, por tocarlo sin permiso, por insultarlo...». Podía fingir ante mí misma que no había visto el arma bajo su chaqueta, negármelo una y mil veces, pero era demasiado tarde para volver a casa.

La habitación era igual a mi taller, acristalada con vistas al bosque. Una de las paredes estaba cubierta con estanterías caobas llenas de libros. Una enorme cama moderna, una especie de sala con dos sofás y una mesa frente a las vistas componían el mobiliario. Parecía un apartamento lujoso en lugar de una vieja torre. Soren estaba de pie, apoyado en el cristal con las manos en los bolsillos. No se sobresaltó al verme, pero se enderezó al elevar los hombros. Una mesa de escritorio antigua nos separaba y sobre ella, el arma. La débil luz de las lámparas dejaba su rostro envuelto entre las sombras y no supe si era bien recibida o no.

—Soren.

—¿Cuál es tu veredicto, Nela?

Había utilizado mi diminutivo y en sus labios, con su suave acento alemán, me gustó. Abandonó su lugar y se acercó, no podía ver sus ojos con claridad. Se acercó poniendo su atención en mi blusa manchada y en mi pelo recogido en un moño, se detuvo un momento al ver que iba descalza con solo los calcetines puestos.

—Por el momento, me quedo.

Sonrió con malicia mientras seguía aproximándose. Cuando estaba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, su actitud cambió, posó las manos en mi cuello. Mi pelo quedó atrapado por la fuerza con la que me atrajo hacia él. Se inclinó hasta que nuestros ojos quedaron parejos e intentó sumergirse en mi alma. No pude evitar suspirar por su olor, por su piel, por la fuerza con la que me sujetaba. Sentí que mi respiración se agitaba, un palpitar desbocado en mi pecho y un hormigueo por todo el cuerpo. Soren chocó sus labios con los míos, sin suavidad ni medias caricias, abrió la boca y el contacto con su lengua fue más terrible que sus ojos grises. Arrasó conmigo. Movié sus labios y la cabeza para profundizar el beso, creí escuchar un gemido entre nuestras bocas y perdí la conciencia al responder a su caricia. Dejé que mi mente volara y se

perdiera en lo erótico del momento, explorándolo como él hacía conmigo.

Intenté abrazarlo buscando su cuerpo, pero él inmovilizó mis muñecas, sujetándolas en mi espalda. Por sentirlo tan prohibido, mi cuerpo se arqueó hacia su calor y me soltó igual que me había aferrado, con brusquedad y sin aliento.

—No vuelvas a decir que miento.

Soren Müller era un torbellino de emociones y yo estaba en su centro. No había recibido ni una sola señal de atracción por su parte. Ni un solo reconocimiento de que le atrajera, y sin embargo, ese beso había sido caliente y lleno de deseo. La expresión «desbordada» se quedaba corta.

Intenté recuperar el ritmo del corazón y ser objetiva sobre la atracción que yo sí sentía por él desde la fiesta. ¿Por qué notaba mi cuerpo como si un camión me hubiera arrollado?

—Mañana me voy. Waldhaus es tu casa, Helga cuidará de ti. Si necesitas algo, acude a ella. Ahora vete a dormir, Nela, por favor.

## Manuela

El viento en los cristales me despertó varias veces durante la noche. Eso, y la certeza de que estaba perdiendo el control de mis actos. Dejé que Soren me besara y luego me echara como si nada de su habitación. Volví cabreada y sin cenar, con cierta vergüenza por cómo había caído rendida a él.

Un tímido sol despuntaba a lo lejos, el cielo plumizo se había marchado dejando algunas nubes blancas. En vez de marcar el cero y llamar a Helga, bajé a desayunar. El entrechocar de platos me llevó hasta un salón que el día anterior no había visto: el lugar de las puertas cerradas donde la música sonaba atronadora y Jürgen, el hermano encantador, celebraba su fiesta.

—¡Buenos días!

Sobresaltada, vi a Jürgen sentado a la mesa. Un inmenso despliegue de comida llenaba el mantel. La luz entraba a raudales en el gran comedor y dudé sobre dónde podía sentarme.

—Buenos días —contesté sin confianza alguna.

Su ropa de deporte estaba aún húmeda y el pelo, más oscuro que el de Soren, le caía revuelto sobre los ojos verdes.

—Desayuna conmigo, Nela, así podremos conocernos. —Se levantó y me ofreció una silla a su lado—. ¿Qué quieres? ¿Salchichas, huevo, beicon...?

—Café, por favor —dije mientras miraba la mesa llena de delicias contundentes que mi estómago no podía aceptar tan temprano. Cogí la jarra metalizada bajo su mirada.

—Soren no está —afirmó con una sonrisa.

—Lo sé, me dijo ayer que se iba.

—¿Sí?

Pareció dudar de mis palabras, pero volvió a coger un vaso de zumo y se lo bebió de un trago.

—¿Qué hay entre vosotros?

Vino a sentarse a mi lado y pasó el brazo por detrás de mi silla en actitud cómplice.

—Nada. Es mi jefe. —Jürgen ya no me gustaba tanto—. ¿Y tu amiga?

—Se ha ido.

—Bien —respondí con fingido interés—. Me voy a trabajar.

Antes de que me levantara, me cogió del brazo para detenerme.

—Nela, esto es muy aburrido y demasiado tranquilo. Si quieres, cuando acabes hoy, puedo enseñarte el pueblo o el castillo. Todo el mundo quiere ver Neuschwanstein.

Jürgen se acercó un poco más, como si fuera a deslumbrarme con su encanto, acercó su rostro al mío esperando una respuesta ante sus insinuaciones, me eché a reír sin querer, tapándome la boca. Después de la sorpresa inicial, su expresión cambió y se puso serio con el entrecejo fruncido.

—El invierno es largo en Waldhaus. Si quieres compañía, dímelo; aunque no lo creas, puedo ser bastante divertido.

Al ver en su rostro la decepción, por un momento sentí haberme reído, hasta que el brillo de sus ojos lo delató.

—Gracias, Jürgen. Nos vemos luego.

—Hasta ahora, Nela. —Acarició con su despedida mi nombre, lo que provocó que sonriera de nuevo.

—Por cierto, ¿cuándo volverá Soren?

—Ni idea, encanto.

Volví a la semana. Supe que algo ocurría porque los guardas que rodeaban la finca estaban atentos. Intentaban ocultar ante mí sus pistolas, pero ahora que había dado algún paseo con Jürgen por los alrededores, me daba cuenta de la cantidad de hombres destinados a proteger la casa. Durante todo el día, encerrada en el estudio, trabajé sin parar. No estaba a disgusto allí, pero echaba de menos a Alice, a Juan y creo que hasta a Roberto. Sentada frente a mi Monet el mundo desaparecía, pero a medida que una esquina del cuadro se abría paso llena de color, descubierta por el trazo preciso de mi bastoncillo, y la suciedad se alejaba de la superficie, me preguntaba si realmente quería volver a mi vida. El paisaje idílico ante mis ojos, manchado y oscuro, me hizo preguntarme si al devolverle el color sería aún más magnífico, como su dueño cuando sonreía. El Renoir a su lado brillaba como un insulto con todo su esplendor, así que me acerqué y lo tapé. En cuanto volviera Soren le pediría un teléfono para llamar a Alice, estaba volviéndome loca. Supuse al caer la tarde que estaba equivocada, Soren no regresaría ese día.

Los últimos rayos de sol cayeron sobre los árboles y, en vez de encender las luces, me acerqué al cristal. Era mi momento favorito del día, cuando parecía que solo yo estaba en aquel lugar. Abajo, los guardias llamaron mi atención. Con movimientos rápidos, se cerraron en torno a un coche negro que aparcaba en la parte de atrás. Cuando Jürgen salía o entraba lo hacía siempre por la puerta delantera, solo algún proveedor como la furgoneta de la panadería lo hacía por allí. Amparada por la oscuridad, pegué la frente al cristal de seguridad para ver mejor.

La respiración me traicionó al ver la alta figura de Soren bajar del coche. Hasta ese momento no supe lo mucho que deseaba volver a verlo porque, aunque para él probablemente no hubiera sido más que un beso, había dejado huella en mí. A veces recordaba su rostro, el gesto de ajustarse el reloj en la muñeca y su sonrisa irónica, y yo sola me sonrojaba; por no decir cómo se alteraba mi cuerpo. Cuando le tiré a Soren el móvil en el coche, creo que en ese momento cambié mi manera de verlo y empecé a fijarme en él de otra forma. La fragilidad que noté en su mirada en el mismo instante en el que cogí sus manos entre las mías me llegó al corazón.

Soren alzó la cabeza, estaba seguro de que miraba si estaba en el estudio. No me moví, entre la oscuridad y el templado de los cristales, era imposible verme desde abajo. Su pelo se agitó por el aire y se peinó el mechón rebelde con los dedos. Jürgen salió a recibirlo y le dio una palmada en la espalda. Los guardias se movieron y se situaron alrededor de ellos. Soren se inclinó sobre el asiento de atrás y cogió en brazos un bulto. Una mujer. La cabellera rubia cayó hasta las rodillas de Soren mientras su hermano se inclinaba, tapándome la visión.

Así que Soren traía a otra mujer dormida. Debía de ser habitual por la naturalidad con la que se desenvolvía, sin llamar la atención de los guardas. Quizá en aquel lugar remoto él traía a sus amantes, o tal vez era su esposa... Ni siquiera le había preguntado si estaba casado. No lucía anillos en las manos, por lo que suponía que no. En cualquier caso, lo furtivo de la llegada y las horas a las que lo hacían indicaban que no deseaba que nadie los viera.

Estuve tentada de bajar a curiosear por saber qué se traían entre manos aquellos dos, pero al igual que recordaba el beso de Soren, también me vino a la memoria la forma en la que se

enfadaba, así que cerré el estudio y me fui a mi habitación deprisa, con toda la intención de dejar que pensarán que no sabía nada de la nueva habitante de Waldhaus.

## **Tercera parte**

## Soren

Me desperté tarde, con dolores por todo el cuerpo. Fue difícil sacar a Meike de aquel maldito tugurio de Moscú. En primer lugar, no quería venir y, después, el cabrón con el que estaba nos apuntó a Mirko y a mí con una pistola. Lo hubiera matado si ella me hubiera dejado, tuve que conformarme con partirlas la cara a él y a sus amigos.

La puerta del salón estaba abierta y la risa de Nela me detuvo, si ella llegara a saber el poder que tenía con ese sonido... Estaba confuso, la había echado de menos. No debería haberla besado antes de marcharme, su sabor se había quedado en mis labios y su olor..., todo me olía a ella. Nela era un fastidio, metida en mi casa y en mi cabeza.

—*Du bist der sexieste der welt!* —pronunció en algo parecido al alemán.

—Casi lo has dicho bien, encanto, tenemos que seguir practicando.

La voz de Jürgen sonaba seria, pero lo conocía, estaba reprimiendo las carcajadas.

—¿Qué significa? —le preguntó Nela.

¡Mierda, qué inocente era! Debí haberlo esperado de mi hermano, no desaprovechaba la ocasión de intentar ligar con Manuela.

—Le has dicho que es el hombre más sexy del mundo.

Me encantó ver la cara de Nela al verme: primero, sorpresa y, después, un atisbo de ilusión en sus ojos azules. Estaba seguro de que me había echado de menos.

—¡Soren! —susurró al momento, olvidando a Jürgen. Se fijó en mi rostro y frunció el ceño al ver los golpes en la mandíbula—. ¿Qué te ha pasado? ¿Estás herido?

Se acercó con paso tímido y me miró bajo la luz que entraba por los ventanales del salón. Hacía tiempo que nadie se preocupaba por mí como ella.

—No es nada. —Retrocedí y aparté la cara ante su avance. Jürgen sonrió con maldad—. ¿Qué tal va el lienzo? Debes enseñármelo, ¿has avanzado mucho?

Nela reaccionó, un poco turbada, y volvió a sentarse en su sitio, yo lo hice entre ambos. Caí en la silla sin demasiada ceremonia con el dolor en las costillas torturándome.

—¿Cuándo has llegado? ¿Cómo te has hecho eso en la cara?

Sonreí, aun a riesgo de volver a cortarme el labio; sí, la había echado de menos.

—No es nada, ya te lo he dicho. Los negocios a veces se ponen difíciles.

Nela se dio por vencida al fin, suspiró y bebió su zumo con expresión pensativa.

—No me deja entrar en el estudio —dijo Jürgen. Todavía me miraba con una sonrisa que daban ganas de borrarle de la cara—. Prueba tú, quizá a ti sí te deje entrar, hermanito —sugirió a la ligera—. Se pasa ahí dentro todo el día, hay veces que no sale ni para comer. Helga es la única que puede revolotear por allí con sus magdalenas y su *strudel* de manzana. Si no me crees, mírale el culo.

Nela se giró con una sonrisa irónica y le sacó la lengua.

—¿Qué le pasa a mi culo? Además, no es nada contra ti —le contestó Nela enfadada—. Me distraes y no puedo trabajar. No creas que voy a olvidar tus lecciones de alemán. Después, te enseñaré yo algunas cosas en madrileño cañí. ¿Vamos?

Asentí. Antes de salir, Jürgen y yo nos miramos. Tenía unas ganas enormes de mear alrededor de Nela como si fuera un animal, solo para marcar mi territorio. Ella salió con prisa y dejó la puerta entornada.

—Antes compartíamos todos los juguetes, Soren —dijo Jürgen leyéndome.

—No es un juguete, es mi empleada.

—Toda tuya. Aunque sea difícil de creer, es inmune a mis encantos.

Jürgen se rio y, con indiferencia, cogió un bollo de la bandeja. Al seguir a Nela escaleras arriba, me fijé en su trasero y sonreí. Los vaqueros le quedaban de vicio, mi hermano tenía razón.

—Mira los colores, va cobrando vida, pero su estado es lamentable. No sé si podré recuperarlo, depende de lo que quieras hacer con él.

Miraba con expresión concentrada la esquina inferior, donde había empezado a restaurar el lienzo, mientras mordía distraída la madera de uno de los pinceles. Aquel simple gesto me provocó una oleada de calor. El otro cuadro, el Renoir, mi favorito, permanecía tapado a modo de protección. Me vio arquear la ceja, interrogante.

—Quiero centrarme en este, cada dos por tres me ponía a compararlos y me retrasaba. A veces, imagino a esos dos grandes maestros impresionistas ante el mismo paisaje y cómo lo captaba cada uno de ellos. De manera tan diferente, quiero decir... —Calló un momento, incómoda, y sentí que me observaba—. ¿Vas a decirme quién te ha dejado la cara marcada? ¿Crees que no he visto a los guardias armados? No me dejan salir de la casa ni con Jürgen, ya ni siquiera a pasear. Es obvio que tus negocios son un tanto oscuros.

—Están aquí para protegerte, nadie sale de Waldhaus sin mi permiso.

—Dámelo, solo tienes que decir: «Nela es libre de ir donde quiera». Así no me sentiría en una prisión. —Me retó con la barbilla en alto y los brazos cruzados.

—Hoy es lunes, ¿quieres venir conmigo a Neuschwanstein? Hoy está cerrado al público.

—No voy a preguntarte por qué tú puedes entrar en un castillo cerrado al público, ya que supongo que tampoco vas a contestarme, así que mi respuesta es sí. Llevo aquí encerrada más de una semana y empiezo a desarrollar un síndrome raro por estar secuestrada entre estos muros. Hasta Helga empieza a pensar que estoy loca, hablo sola y paseo por la galería para estirar las piernas.

Tuve que reírme ante su mueca de espanto, imaginarla en el estudio teniendo conversaciones consigo misma me hizo temblar. Si ya hablaba demasiado, cómo sería cuando nadie la interrumpía.

—¡Eh! No te rías —exclamó mientras se recogía el pelo a un lado de los hombros. Dejó su cuello al descubierto y la vena azulada sobre la piel dorada me puso a cien al recordar la suavidad de su tacto.

Su mano se apoyó en mi antebrazo de una manera casual e hice lo mismo, tocarla. Solo que, en vez de apoyarme en su brazo, las manos se me fueron a su cuello. La agarré de la nuca y no parpadeó, como si en mi mirada estuviera viendo lo que pretendía: besarla hasta dejarla sin aliento.

Esperó a que acudiera a sus labios sin forzar el contacto. Aprendía rápido. Solté un suspiro caliente cuando me rocé con su piel, en el lugar exacto en el que la vena palpitaba cada vez más deprisa, y lamí su recorrido. Sentí su escalofrío al momento, la excitaba terriblemente sentir el

roce de mis dientes en su piel sensible.

—Nela, ¿me has echado de menos? —susurré cerca de su oído para que perdiera toda su voluntad.

—Ummmh —contestó, pendiente del siguiente movimiento.

La agarré del pelo, aún sobre el hombro, y le eché la cabeza hacia atrás con un suave tirón. Sus labios se abrieron con un quejido y me la comí en un beso profundo. Todos esos días había rememorado el sabor de su boca, la calidez de su lengua y los movimientos de su cabeza al intentar atraerme hacia ella.

Le sujeté los brazos a la espalda y esa vez no se resistió. De pie contra mi erección, la acerqué lentamente hasta que la sentí pegada a mi cuerpo. Me sobraba cada centímetro de tela, deseaba sentir su piel contra la mía y deslicé los dedos bajo la camiseta blanca. No se apartó, pero noté el sobresalto en su lengua. Durante un segundo, percibí la duda en cada poro de su cuerpo y me la jugué. Acaparé con la mano su pecho, deslicé el sujetador y su excitación me recibió. Caminé hacia atrás y la empujé contra los cristales de la pared con más brusquedad de la que pretendía, pero estaba a mil. No quería besos rosas ni andarme con tonterías, la deseaba desde la noche en que la besé. Nela y su olor inocente, su piel sedosa, quería que fuera toda mía. Le solté los brazos solo para quitarle la camiseta y el sujetador, y, rápidamente, la atrapé de nuevo antes de que me tocara.

Nela me miraba con hambre, humedeció sus labios y bajó la vista hacia sus pechos, que rozaban mi camiseta. El morbo que sintió le hizo acercar las caderas hacia las mías y abrió los ojos de par en par. «Sí, nena, ¿te sorprende?». Intentó soltarse.

—Soren, no creo... —suplicó cada vez más caliente, pero no cedí. Para asegurarme de su excitación, llevé la mano a su cintura y bajé despacio hasta sentir la humedad a través del pantalón.

—¡Joder, Nela, estás empapada!

Se puso roja de vergüenza y sonreí con los labios pegados a los suyos. Era el momento más íntimo que vivía con una mujer desde hacía años. El sexo era necesario, pero no esta complicidad que sentía con ella. La solté.

—No me toques, Nela, aún no —susurré mientras desabrochaba el botón de sus vaqueros y se los bajaba.

Debía de sentir el frío del cristal en el trasero porque, sin querer, se adelantó y puso las manos en mi pecho. Sentí la duda en sus movimientos y, aun así, la aparté, no podía tocarme, ni ahora ni nunca. Volví a concentrarme en ella y metí la mano en sus bragas hasta rozar su sexo húmedo.

—Soren —rogó desmadejada contra mí al sentir los dedos contra su piel sensible.

Rocé su placer una y otra vez. Cada vez más extasiado por su entrega, la penetré con los dedos mientras comenzaba a moverse al ritmo que le marcaba. Había empezado como un jodido juego para comprobar si se sentía tan atraída por mí como yo por ella y ahora no podía parar.

Con su respiración sobre mi cuello, abatida sobre mí, sonreí. Joder con Nela, debajo de su apariencia de niña buena latía una mujer con pasión y buena mano con el arte. Entonces Nela se apartó, con los ojos brillantes a causa de la excitación, la respiración convertida en un jadeo susurrado y me di cuenta de que había llegado demasiado lejos.

—No, Soren —susurró con poca determinación.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos y Nela dio un salto hacia atrás, perdido el momento y la excitación de nuestros cuerpos.

## Manuela

Para mi sorpresa, al oír que alguien llamaba a la puerta, Soren dejó que me deslizara hasta el suelo despacio, rozando nuestros cuerpos calientes. Bajé la mirada, avergonzada. Yo no era así, nunca había tenido un «aquí y ahora». Solo había tenido un novio en la universidad y era más bien suave el muchacho. Mientras me vestía evitando su presencia y su mirada inquisidora él hizo lo mismo con su camisa, colocándola bajo sus pantalones. Ni siquiera lo había desnudado, cosa que me moría por hacer para ver debajo de su ropa aquel conjunto de músculos que prometía tener.

—¿Estás lista? —preguntó Soren.

Si ahora veía la indiferencia en sus ojos, podía morirme de la vergüenza. Puede que él se comportara como un adulto tras lo que acababa de ocurrir, pero yo no; volvía a tener dieciocho años y tantas inseguridades como entonces. Nunca había cometido una locura igual y estaba llena de temores, el rechazo me producía tanto miedo que estaba paralizada.

—Sí, creo que sí.

Me levantó el rostro con la mano y se acercó aún más.

—Nela, eres preciosa.

Sonó tan bien en sus labios que tuve que esforzarme por no babear. Ese hombre leía mi mente, estaba convencida de que me había implantado un chip mientras dormía porque siempre sabía lo que pasaba por mi cabeza. Soren se acercó despacio y rozó nuestros labios con dulzura mientras con su lengua acarició la mía. Una ternura lenta y sin prisa que nada tenía que ver con la pasión de hacía un momento.

Aún le daba vueltas a cómo cambiaría nuestra relación profesional ese momento íntimo cuando volvieron a llamar a la puerta. Miró mi aspecto para asegurarse de que estaba visible y fue a abrir. La voz de Mirko hizo que reaccionara y fui al encuentro de ambos. El guardaespaldas calló y nos miró con una disculpa en los ojos.

—Ya bajamos, prepara el coche. Con solo dos hombres bastará —ordenó Soren, a lo que Mirko desapareció.

—¿Tenemos que ir con escolta? —pregunté atenta a su cambio de actitud. Volvía a su estado hermético y frío.

—Nela, mientras estés aquí, siempre habrá unos ojos vigilándote. —Señaló las cámaras que había en el estudio y enrojecí—. No te preocupes, las imágenes van directas a mi móvil, nadie nos ha visto.

¿Eso debía consolarme? Tenía grabado todo. ¿Y si esas imágenes las usaba de algún modo?

—Mira —me dijo inclinando la pantalla hacia mí. Vi con alivio cómo pulsaba sobre el día de hoy y borraba todo. Suspiré más tranquila.

—Puedes confiar en mí, Nela. No me gusta el sexo rosa, pero no soy un acosador.

Tuve que correr tras él mientras lo seguía hasta llegar a la puerta de mi habitación.

—¿Sexo rosa? ¿Qué diablos es eso?

Soren se rio con ganas y me apartó un mechón de la cara, que colocó detrás de mi oreja mientras caminábamos por la galería.

—Tú, Nela. Tú eres sexo rosa, dulce, suave e inocente.

Bajé en media hora tras darme una ducha. Necesitaba un poco de soledad antes de pasar el día junto a Soren, reflexionar sobre lo que había pasado y dónde nos llevaría esa relación. Pensé solo en el instante en el que puso su boca sobre la mía; pero no podía negar que, en esos raros momentos en los que se mostraba tierno, el corazón se me encogía un poquito.

No lo encontré en el vestíbulo ni en el comedor, y Mirko se dedicó a mirarme desde la puerta con esa expresión seria. Abrí la puerta de entrada y el guardaespaldas la cerró, impidiendo que saliera.

—¡Eh! —grité avasallada por Mirko, que se interpuso entre la salida y yo—. ¿Y Soren? ¿Dónde está?

El ruso cruzó los brazos, no se movió un ápice de su sitio y señaló con la cabeza la biblioteca donde habíamos comido hacía días Soren y yo. No había vuelto a entrar desde entonces. Fui hasta la puerta, oí las voces de él y de Jürgen, y la entreabrí sin pensar que podía interrumpir. Hablaban en alemán dirigiendo sus miradas a un hombre de traje oscuro y pelo engominado hacia atrás que sostenía unas fotos. Callaron al verme y Soren le hizo una señal a su hermano. Jürgen me sacó casi en volandas de la biblioteca mientras el extraño me guiñaba un ojo.

—Siento haber interrumpido, había quedado con Soren en...

—Escucha, Nela, tenemos una reunión importante. Sube al estudio, a tu habitación, adonde quieras, pero no bajes de nuevo —susurró Jürgen aferrado a mi brazo. Parecía realmente importante y asentí. La verdad era que las pintas del trajeado parecían las de un mafioso italiano, otra vez los negocios de Soren. Jürgen volvió dentro y Mirko me siguió escaleras arriba. Mientras entraba en el estudio, volví la vista atrás para asomarme a la barandilla y comprobé que el guardaespaldas hacía guardia en las escaleras. Al parecer, ese día no iría a ningún sitio.

Helga me trajo la comida al estudio y después la cena a la habitación. A esas horas, estaba cansada de dar vueltas a las sensaciones que me despertaba Soren y lo que sentía por él. Cuando estuvo fuera lo eché de menos, pero ahora que estaba en la casa, era como si necesitara tenerlo al lado.

—¡Helga! —La detuve antes de que dejara la cena y se escapara como había hecho al mediodía.

—¿Sí, señorita?

—Manuela o Nela, como prefieras —insistí, cerrándole el paso como Mirko había hecho conmigo—. ¿Quién es el hombre que ha venido hoy, el que hablaba con Soren en la biblioteca?

La mujer se puso colorada y sonrió como si no me entendiera.

—Amigos del Zählen Müller.

—Ya —afirmé entornando los ojos—. Y el Zählen, ¿a qué se dedica?

—Pues no lo sé... —Pareció meditar sobre qué podía contarme y qué no—. Tiene una fábrica de cerveza en München —soltó Helga, contenta de responder a mi pregunta. No sacaría nada de ella, antes permitiría que la torturase a hablar mal de su adorado conde—. Que descanse, señorita.

No le contesté cuando cerró la puerta. Todos mentían. Soren volvía de un viaje con la cara marcada a golpes. No me engañaba, era prisionera en aquella casa; si él no salía, yo tampoco. Mirko vigilaba mis movimientos mientras los dos hermanos se reunían con un italiano con mala pinta y en la casa había una mujer a la cual no había visto en todo el día. Esperé como una idiota

que Soren llamara a mi puerta para ofrecerme alguna disculpa por no haberme llevado a ver el castillo, una conversación acerca de lo ocurrido entre nosotros. Incluso no me dormí esperando que su reunión acabara y viniera en mi busca.

En mitad de la noche, algo me despertó. Aturdida, fui hasta la ventana, donde la luz de la luna iluminaba el sendero de gravilla alrededor de la casa y el bosque cercano. Aparte de los guardias haciendo su ruta habitual, no vi nada raro, no se apartaban del sendero de luz de las farolas en un incesante ir y venir. Volví a la cama, inquieta, y al momento oí de nuevo lo mismo que me había despertado. Un grito agudo de mujer resonó en los corredores de Waldhaus atravesando los firmes muros de la casa. Encogí las piernas contra el pecho de manera instintiva para protegerme y, una vez más, se escuchó el alarido. No era ningún ser fantasmal, ni un gato, era el grito de una mujer.

No había vuelto a pensar en la mujer rubia que trajo Soren la noche anterior ni a dar la suficiente importancia a la invitada. Cogí la bata, asustada. ¿Y si la habían secuestrado o le estaban haciendo daño? No podía creer que Soren fuera de ese tipo de personas, sospechaba de la legalidad de sus negocios, pero no de él. Bajo su fachada, había tenido gestos tiernos hacia mí que no se correspondían con un secuestrador de mujeres. Al girar el pomo, la puerta no se abrió. En algún momento de la noche alguien me había encerrado con llave.

## Manuela

Debí de quedarme dormida al fin en algún momento antes del amanecer, cuando los gritos cesaron. La luz invernal me despertó entrando por los enormes ventanales. Era más de mediodía, y el sol había salido después de días en los que el cielo plomizo lo cubría todo.

Lo primero en lo que pensé fue en Soren, en el instante en el que me atrapó contra los cristales y quiso hacerme suya de aquella forma tan posesiva y ruda. Una pequeña parte de mi mente, la que controlaba todas mis estupideces y errores, decía bien alto y fuerte que habría merecido la pena, que aquello habría sido sexo del bueno. Y la otra, la objetiva y sabia, gritaba que todo sería un gran error. El problema radicaba en que yo no era así, no entraba en una relación con el sexo por delante, pero la verdad era que nunca me había topado con un hombre como Soren.

Soren era mi perdición. A su lado, el tiempo y el espacio se evaporaban. No pensaba de manera racional porque, rendida entre las sábanas, me di cuenta de que nunca en mi sano juicio habría tenido una relación tan extraña. No sabía nada de él ni de su forma de ganarse la vida, si es que trabajaba en algo, ni de esa obsesión suya por huir del contacto físico. En algún lugar de esa casa, las mujeres gritaban y hombres armados nos vigilaban. Estaba loca, sin duda, y quería morir de placer de nuevo en esa locura.

Ya vestida, decidí que tenía que salir. Estaba convencida de que seguiría encerrada, pero, al bajar la mano, el picaporte se abrió sin problemas. ¿Podía haberlo soñado todo? ¿Los gritos y la puerta cerrada? Me asomé y vi el corredor vacío. La luz entraba a través de los ventanales y la casa parecía desierta, así que, descalza y de puntillas, anduve por la alfombra hasta la siguiente puerta. La abrí sin ceremonia alguna y contemplé un dormitorio similar al mío, un poco más austero. Mientras abría una puerta tras otra, me acercaba a la otra torre y me preguntaba quién sería la chica que gritaba, a la que Soren había traído a Waldhaus en mitad de la noche. Casi al final del corredor, vi salir a Helga de una habitación muy cercana a la de Soren. Llevaba una bandeja en las manos y abrió los ojos, aterrorizada, al verme. Hay cosas que no se piensan, y esa fue una de ellas. Corrí como una posesa y, antes de que Helga cerrara a su espalda, tenía la rodilla metida entre la puerta y el dintel.

—¡Señorita Manuela! —gritó—. ¡Va a tirarme la bandeja, apártese!

El vaso lleno de agua y los platos que llevaba encima con restos de desayuno sin tocar oscilaron entre las dos, pero estaba un poco cansada de secretos y misterios, así que no iba a moverme.

—Lo haré si me dices quién gritaba anoche, Helga.

Se puso colorada y después verde. La estaba cabreando de verdad.

—Señorita, no me obligue a llamar al Zählen. ¡Apártese, le he dicho!

—¿No has oído nada extraño esta noche? —pregunté a Helga con tono firme.

—No. ¿A qué se refiere con algo extraño?

¡Por favor! ¿Iba a decirme que había imaginado los gritos de una mujer?

—Una mujer gritando, es imposible que no los oyeras, Helga.

—¡Serían los fantasmas de Waldhaus!

No sacaría nada de ella, así que, a riesgo de encontrarme algo realmente morboso u horrible, empujé con fuerza la puerta.

—Si entra, el Zählen se enfadará —me advirtió Helga una vez más.

No le hice caso y al momento me arrepentí. Todo estaba oscuro, era una habitación como las demás, como la mía. Las cortinas estaban echadas y apenas había luz, un olor dulzón inundaba el aire. Un gemido proveniente de la enorme cama me asustó. Detrás, Helga cerró la puerta y me acerqué hasta la figura que permanecía acostada. No sé qué esperaba encontrar, pero desde luego no a una mujer de larga melena rubia temblando como una hoja. Era la misma que Soren había sacado del coche. Se agitaba a un lado y a otro como si tuviera fiebre, tenía las sábanas empapadas en sudor y hacía movimientos bruscos, casi espasmos. Abrió los ojos y me miró ausente. Encogió el cuerpo como si quisiera huir de las miradas curiosas.

Suspiré aliviada. Nadie la había maltratado ni estaba herida, ni siquiera enferma, aunque por desgracia lo había visto antes.

—¿Quién es, Helga? —pregunté sentándome en un extremo de la cama deshecha.

—Supongo que no tiene sentido decir que no lo sé, ¿verdad? —intentó decirme con una sonrisa que apenas podía ver en la penumbra.

—No, Helga —la regañé.

—Meike Müller, es la pequeña de los hermanos.

—Debería haber alguien atendiéndola, un médico para aliviar un poco los efectos secundarios y las alucinaciones. Por eso gritaba anoche, ¿verdad?

Helga dejó la bandeja y se sentó a mi lado mientras los gemidos de la hermana pequeña de Soren se volvían más agitados.

—Le di un sedante, pero no le hizo efecto hasta el amanecer. No es la primera vez que Soren la trae así, ¿sabe?

—Apuesto a que no. —Mi tono era sarcástico, demasiadas veces me tocó cuidar de mis padres en ese mismo estado—. Abramos las ventanas, hay que ventilar un poco. Y Helga, no le des más tranquilizantes o dejará unas drogas para colgarse de otras. ¿Ha bebido? ¿Tiene alcohol en la habitación?

Helga me miró sorprendida. ¿Qué podía decirle? ¿Que antes de tener una carrera en Historia y Bellas Artes la tenía en adicciones y drogas? Fue la única herencia y conocimiento que recibí de mis padres. Con tan solo dieciséis años me dejaron sola, conducían drogados por las calles de Madrid y murieron juntos en el accidente. Aún recuerdo cuando la policía vino a buscarme a casa y me llevaron a un hogar de acogida. Ni una sola lágrima por su pérdida, solo una rabia que tardé mucho tiempo en sacar, hasta el día en el que los padres de Alice y su fundación me dieron una oportunidad.

—Sí, es lo único que la calma, aparte de los tranquilizantes.

—Llévatelo todo.

—Manuela, si Soren se entera de que la he dejado pasar...

—Si pregunta, dile que me colé en la habitación. Ve a tirar todas esas botellas y vuelve para ayudarme a lavarla, le daremos una ducha.

Helga descorrió las cortinas y abrió; después, cogió una vieja mochila del armario y echó las botellas vacías que había por el suelo y sobre los muebles. Antes de salir, dudó si dejarme sola,

pero al final obedeció.

Me incliné sobre la hermana de Soren y la miré despacio. Parecía muy joven y tenía el mismo color de piel que Soren. En realidad, se parecían bastante y, aunque tenía el pelo sucio, también era del mismo color que el de su hermano. Tal vez Soren era frío, pero que quisiera salvar de las drogas a su hermana era desconcertante. Había que querer mucho a alguien para verlo así en lugar de dejar que se hundiera. Meike abrió los ojos, aún tenía las pupilas dilatadas y no podía mantener la mirada quieta. No esperé a Helga más tiempo. Con cuidado, la incorporé un poco y se dejó hacer como si fuera una muñeca. Apenas pesaba nada, a través del camisón noté sus costillas, necesitaba atención médica.

—¿Qué haces aquí?

La voz de Soren me detuvo y apreté los dientes con un suspiro. Se acercó con rapidez para ayudarme a sostenerla. Nuestras miradas se cruzaron y vi cuánto dolor había tras esos ojos grises.

—Soren, ayúdame a llevarla al baño, tenemos que conseguir que se le estabilice la temperatura.

No dijo una palabra. Despacio, la cogió en brazos y caminó delante hasta llegar a la ducha. Helga apareció en silencio y abrió los grifos hasta templar el agua.

—¿Sabes lo que haces, Nela? —preguntó Soren con voz firme.

Asentí y él salió, dejándonos a las tres en el baño, asegurándose de que podíamos con la chica. Helga me ayudó a desvestirla y la metimos bajo el agua caliente. Acabé empapada al sostenerla, pero poco a poco su piel fue cobrando color mientras sus ojos me miraban cada vez más centrados preguntándose quién demonios era yo. Con cariño, la secamos; fue más fácil porque ya se sostenía en pie, aunque con dificultad. Daba la impresión de un ser etéreo, extremadamente delgada y alta, con el pelo rubio alrededor de la cara y el flequillo desigual sobre los ojos grises.

—¿Quién eres? —preguntó sentada en el borde de la bañera. Helga nos miró a una y otra y permaneció en silencio.

—Nela.

—Soy Meike —dijo en voz baja. El frío no tardaría en volver a aparecer, al igual que los temblores, pero parecía bastante lúcida—. ¿Te ha traído Soren? ¿Eres médico?

Sonreí mientras Helga le secaba las puntas del pelo como si fuera una niña pequeña.

—Trabajo aquí, Soren me ha encargado restaurar un cuadro.

—¿Mi cuadro? ¿*La bahía*? —preguntó mientras se miraba las manos como si fueran las de otra persona.

—¿Se llama así? ¿Es tuyo?

Meike sonrió y su mirada triste se iluminó un poco, intentó levantarse sola y temí que ambas resbaláramos por toda el agua que había en el suelo. Entre Helga y yo la sacamos con cuidado del baño. Enseguida apareció Soren, había estado esperando todo el rato tras la puerta, en silencio. Los dos hermanos se miraron y Soren sonrió como nunca le había visto hacer. Una sonrisa franca, llena de cariño hacia Meike. Sus ojos brillaron con algo parecido a la emoción. La cogió en brazos con un leve zarandeo y ella sonrió cobijada en su amplio torso. ¡Qué envidia me dio en ese momento su hermana, acunada por su enorme cuerpo!

—¿Cómo te encuentras, Meike? —le preguntaba mientras acomodaba las sábanas y la almohada. Helga y yo parecíamos haber desaparecido y me sentí realmente incómoda en aquella habitación extraña.

—Estoy mejor, Soren.

Decidí marcharme, ya había hecho bastante colándome en esa habitación e irrumpiendo en algo tan personal como lo que acababa de presenciar. Al fin y al cabo, no era nadie en aquella casa ni

tenía sentido que me inmiscuyera en temas familiares. Los oí reír y bajé la mirada. Siempre había deseado tener un hermano o familia; aunque te hagan sufrir, están ahí. Los recuerdos demasiados vivos de mi niñez comenzaban a asaltar mi mente y me negué a que me dominaran de nuevo, a que hicieran de mí un triste ser hundido en su pasado.

—¡Nela!

Giré sobresaltada en mi avance por el corredor y Soren me alcanzó cuando iba a entrar en el estudio. Era la primera vez que lo veía sin traje, con una camiseta negra y unos vaqueros azules. Abrumada, olí su crema de afeitar. Soren parecía mucho más joven con aquella ropa. Mi cuerpo se esforzó en hacerme recordar el tacto de su cuerpo contra el mío y la fortaleza de sus músculos. Tuve que apoyarme en la pared de piedra para que las piernas no se me doblaran.

—Gracias.

Lo dijo en voz baja pero firme, sin mirarme a la cara. Quise abalanzarme sobre él, me sentía extrañamente vulnerable ante Soren y, al mostrarme un resquicio de calidez, quería aferrarme a él.

—No he hecho nada —contesté por inercia—. Meike necesita un médico, no puede pasar la abstinencia sola encerrada en una habitación, puede caer en otras adicciones e incluso tener serios problemas de salud en el proceso. No la encierres como si fuera un monstruo, por favor —acabé susurrando.

Sus pupilas se comieron el gris de sus ojos y temí que en ese momento Soren tuviera otra de sus explosiones, como la de mi estudio, por meterme en cosas de familia; pero, en lugar de eso, se acercó despacio acortando la distancia que nos mantenía separados. Me erguí pegando la espalda en la pared y noté el frío de la piedra contra mi camiseta mojada.

—¿Cómo sabes todas esas cosas, Nela? ¿Cómo sabes qué hacer con una adicta a las drogas?

Su aliento me rozó el cuello y el lóbulo de la oreja como si compartiéramos un secreto, mi respiración se agitó y mi corazón comenzó a latir más deprisa.

—Mis padres... —susurré antes de saber lo que estaba diciendo. Nadie excepto Alice y su padre lo sabían, mi pasado me avergonzaba, pero aún más lo hacía sentir la pena en los ojos de los demás imaginando cómo debió de ser mi infancia, sin más familia a la que recurrir.

—¿Por eso te becaron los Barday? ¿Alice también era adicta?

Soren era muy inteligente, demasiado como para no hacerse un mapa de las razones por las cuales Alice y yo, dos chicas tan distintas, nos hicimos inseparables por orden de su padre. El pasado de Alice solo le correspondía a ella contarle. Demasiadas emociones habían emergido a la superficie al ver a la hermana de Soren. «No llores, Nela, ahora no. Ni se te ocurra».

—Todos tenemos cicatrices, Nela, unas se ven y otras se quedan escondidas para siempre.

Soren me cogió de los hombros y se inclinó; ante mi negativa a mirarlo, rozó con la barbilla mi frente y descendió por mi rostro hasta rozar sus labios con los míos. Allí, atrapada contra la pared, me recordé que estábamos a pocos pasos del estudio, de la cristalera contra la que casi me hizo suya. Levanté los brazos despacio para dar tiempo a Soren a que se apartara si quería, apoyé primero una mano en su cuello, rozando su pelo en la nuca, y después la otra, con una breve caricia, sobre su hombro. No me apartó ni me esquivó, ni siquiera sentí el dolor y la tensión que parecía adueñarse de él cada vez que lo tocaba.

—¡Soren! ¿Es Meike? ¿Está bien?

La voz de Jürgen rompió el hechizo y Soren saltó hacia atrás, el frío se hizo entre ambos, y tomó el control de él de nuevo.

Jürgen sonreía como un crío. Nos había sorprendido y ahora estaría inaguantable, aprovechando mi debilidad. Soren lo rodeó y volvió a entrar en la habitación. Su hermano me guiñó un ojo y, con

las manos en los bolsillos y expresión inocente, lo siguió dentro de la habitación de Meike.

## Manuela

Desde el estudio oí cómo llegaba un coche, voces en los corredores y el trasiego de gente. Soren mandó llamar a un médico especialista, como me dijo Helga al traer la comida. La acompañaban unas magdalenas recién hechas, como si quisiera agradecerme lo de Meike.

Pronto me aislé de todos, de las voces, de los coches, del exterior... por pura necesidad. Monet me llevó a su bahía francesa, azul y soleada, lejos de los pinos y las montañas de Baviera. También lejos de mis recuerdos, empañados por la pena y el miedo; ya casi no recordaba el rostro de mis padres. Sentí el calor sobre la pequeña playa de arena a la que devolvía el color difuminado por las olas y me dejé acunar por el viento que hinchaba las velas de las pequeñas embarcaciones. Imaginaba que era domingo en la bahía y Monet primero creaba tres espacios, playa, mar y cielo, para después darles vida a cada uno de ellos. Figuras que apenas eran un trazo negro esperaban a lo lejos en el embarcadero mientras los veleros se acercaban.

Entonces, pude apreciar lo que sospechaba: bajo aquellas pinceladas de color difuminadas había trazos desiguales, como si el pintor hubiera cambiado de idea y ocultado un primer esbozo, una rectificación muy habitual en arte. Destapé el cuadro gemelo y los observé, alejándome, ¿qué habría llevado a Monet a cambiar su composición? Tal vez había un elemento que su colega Renoir no había plasmado y él decidió eliminar para no alterar la semejanza de ambos paisajes.

—Lo has destapado, creí que te distraía.

Di un salto, asustada. Soren estaba en la puerta, ni siquiera sabía el tiempo que llevaba allí observándome.

—¡Me has asustado! ¿No sabes llamar? —pregunté con una sonrisa.

Otra vez sin traje, solo con una camiseta de manga corta y vaqueros. Los golpes de su rostro comenzaban a ennegrecer, lo que no le restaba atractivo, sino que resultaba más atrayente. ¡Ay, Nela! Me dije. Estas perdiendo el norte, debes temer a este hombre y sus heridas y cada vez lo tienes más dentro.

—Lo hice, aunque no lo creas, pero al no contestarme, entré.

Pasó entre las dos mesas abarrotadas de cosas, pero en perfecto orden, y se detuvo a mi espalda.

—¿Cómo está tu hermana? —Me interesé mientras me soltaba la camiseta, que anudaba sobre mi cintura para trabajar.

La dejé caer sobre los vaqueros con timidez hasta verla descender hasta mis rodillas. Estaba incómoda, no sabía dónde poner la mirada, así que permanecí con la vista fija en los cuadros. Soren apartó con el pie mis zapatos bajos, tirados de cualquier manera a mi lado. El calor comenzó a subirme desde las piernas cuando los recuerdos de lo que había sucedido en aquella sala hacía menos de un día me asaltaron.

—Está mucho mejor. Meike es fuerte, tengo la esperanza de que esta vez lo consiga. —Calló un

momento—. No es la primera vez que pasa por esto, lo ha intentado en clínicas especializadas, pero al final siempre acaba encontrando la manera de huir.

—Tiene suerte de teneros a Jürgen y a ti. —Las palabras se escaparon de mis labios sin pretenderlo y Soren dio un paso, se acercó con lentitud y se aferró a mi cintura.

—¿Cómo va nuestro cuadro? —susurró Soren cerca de mi oído. Con la espalda pegada a él, sentí el calor de su cuerpo. Su voz sonaba peligrosa y terriblemente tentadora.

La piel del cuello se me erizó mientras notaba sus manos calientes a través de la fina camiseta que utilizaba para trabajar, las dejó quietas y, sin embargo, el hormigueo abarcó todo mi cuerpo. Di un paso hacia adelante para evitar que siguiera distrayéndome porque, si seguíamos por ese camino, sabía que acabaría besándolo como una posesa hasta acabar desnuda como la última vez.

—Bien, aunque hay algo que me tiene intrigada. ¿Ves el perfil sobre la arena? Parece una figura. —Esas palabras llamaron su atención y dejó a un lado la seducción para situarse junto a mí con interés—. Hay rectificaciones bajo lo que ves ahora mismo, necesito hacer un escáner o una radiografía para saber lo que hay debajo. Si sigo a ciegas, podría dañar la composición. —De manera inconsciente, comencé a morder el lápiz—. Aquí, ¿lo ves? Lo ocultó rápido una y otra vez con trazos fuertes, antes de secarse. Creo que ha aparecido una mujer en nuestro cuadro para alterar todo el orden.

No sabía el grado de conocimientos de Soren acerca de pintura, pero, por la forma en la que miraba el lienzo, parecía pensar en algo. Su perfil parecía más relajado desde que lo vi en la habitación de Meike, como si el hecho de que yo supiera cuáles eran sus secretos lo hubiera liberado un poco de la tensión que mostraba ante mí.

—Tienes razón. Para pintar paisajes, Monet comenzó a utilizar tubos de pintura, una aberración para algunos artistas, pero era la única forma de pintar en el exterior sin que se secase al momento. Tal vez quitó algún elemento —afirmó Soren pensativo.

—¿Sabes si en el otro cuadro ocurre lo mismo?

—No, estoy seguro. Conozco ese cuadro muy bien.

El silencio de Soren que acompañó a aquella declaración estaba lleno de tensión. A veces hubiera muerto por entrar en su mente y saber qué le pasaba por la cabeza, cuál era su oscuro pasado. ¿Qué le había ocurrido para llenar su mente de tan extraños comportamientos?

—Un cuadro con un secreto vende más si lo que quieres es tasarlo una vez restaurado.

Comenzó a reír mientras negaba con la cabeza. Se acercó y me dio un breve beso en los labios.

—Nela, careces de tacto para sonsacar información, pero tienes razón, los secretos siempre valen más —dijo con un tono enigmático—. Acaba de restaurarlo, el cuadro no saldrá de aquí para hacerle pruebas.

—¿Adónde vas?! —grité mientras lo veía salir.

—A trabajar. —Se detuvo un momento y cogió aire—. Por cierto, tienes permiso para salir a pasear.

Ahogué un grito de júbilo e intenté mantener la voz impasible.

—Vale, ¿eso significa que tengo permiso para salir de la casa?

Se giró con una sonrisa sincera y, con un movimiento, se ajustó el reloj en la muñeca.

—No te acostumbres, Nela, y solo es un paseo por los alrededores. Mirko irá contigo.

—¿Tú no vienes? —pregunté esperanzada. Ni siquiera sabía si nuestra relación o lo que fuera seguiría o si había sido solo un momento de pasión.

Desapareció por la pequeña puerta sin contestar, como solía hacer, y corrí a colocar todo, nerviosa como una colegiala. Con Jürgen solo había rodeado la casa y llegado hasta la verja por

el camino que seguimos el primer día, pero hoy quería explorar la parte de atrás. Los hermosos bosques bávaros, los que veía desde mi estudio, aunque fuera con un guardaespaldas como compañía, invitaban a perderse en ellos.

Al salir al corredor, me topé con Mirko, salía de la habitación de la hermana de Soren. ¿Era impresión mía o lo hacía de manera furtiva? Al darse cuenta de que lo había visto, se puso rojo como la grana.

—Hola, Mirko, creo que eres mi acompañante —dije con aire distraído—. ¿Qué tal está Meike? Mejor, ¿verdad?

Si lo hubiera zarandeado para que reaccionara, no creo que siquiera hubiera pestañeado, parecía un bloque de hielo, excepto por el color de sus mejillas.

—Está bien —afirmó con su acento ruso.

—¿Has venido a verla?

—No. Subía a buscarla a usted. Tardaba demasiado.

¡Yaaa! ¿Se pensaba que era tonta? Daba la impresión de que intentaba justificar su presencia en la habitación de Meike.

—¡Pues vámonos! —lo azucé impasible. Ahora, el secreto de Mirko estaba en mis manos. ¿Qué daría Soren por saber que su adorada sombra bebía los vientos por su hermana?

Rodeamos la casa, yo delante, retrasando lo máximo posible mi paso y Mirko detrás, haciendo lo mismo para no ir a la misma altura.

## Soren

Ví cómo aparecían por la esquina, Nela sonreía torturando a Mirko. Andaba cada vez más despacio hasta que él se detuvo, exasperado, para poner unos metros entre ellos. Mirko mantenía las distancias, como debía ser, siempre un paso por detrás para asegurar la posición de quien protegía, pero Nela parecía no entenderlo, empeñada en que fuera a su lado. Pasaron junto a los guardias armados y salieron del perímetro rumbo al bosque.

Jürgen entró en el estudio y acudió junto a la ventana para ver qué miraba.

—¿Adónde van? ¿Es seguro que salga con Meike en la casa?

—No puedo tenerla encerrada aquí todo el maldito día.

—¿Desde cuándo te importa? —me preguntó enfadado—. ¿Y si el cabrón de Andréi decide venir a por Meike? Es su mujer, tiene derecho a llevársela cuando quiera, puede aparecer con sus matones y montar en nuestra casa la guerra del siglo.

—Pues moriremos todos, pero Meike no volverá a salir de aquí.

Intenté mantener la calma. Nunca hubiera dejado a nadie salir del perímetro de guardias, pero para Nela parecía importante sentirse libre, tener permiso para salir cuando quisiera. Empezaba a intuir que, al igual que yo, no había tenido una infancia fácil. Sus padres debían de haber sido unos adictos a las drogas para que la fundación de Barday la acogiera. Eso no estaba en el informe. Alguien la había cagado, pero bien, al investigarla, y me enteraría de quién había sido.

—Te la has tirado, ¿verdad?

Jürgen era tan sutil como Nela.

—No te importa, hermanito.

Quedamos uno frente a otro y Jürgen sonrió como cuando éramos niños y conseguía picarme con cualquier tontería.

—Eres un idiota con suerte, Soren. Si no sales con ella, lo haré yo.

—Hazlo, entonces. No me interesa dar paseos, tengo mucho trabajo.

Se marchó del estudio a la carrera. Siempre había sido así con Jürgen, desde una competición continua a su convencimiento de qué era lo mejor para mí. Al momento, lo vi salir por la puerta de atrás y correr hasta alcanzarlos. Nela lo recibió con una sonrisa sincera y Jürgen, antes de echar sus brazos sobre los hombros de ella con confianza, miró hacia la ventana con una sonrisa cínica. El golpe de mi puño sonó seco sobre la mesa de caoba. «¡Joder!», musité antes de sentarme frente al portátil y teclear la clave de la intranet de mis empresas. A veces deseaba haber sido el jodido hijo pequeño de los Müller.

## Nela

Volvimos al anochecer, con palos y piñas para las chimeneas. Alguien se ocupaba ya de esa tarea, pero era divertido volver con las piernas cansadas y riendo como locos. El pobre Mirko iba detrás bufando, parecía harto de nuestras tonterías. Hacía tiempo que no me relajaba tanto, aunque la culpabilidad rasgaba ese momento feliz. A cada paso dado junto a Jürgen, imaginé que era Soren el que sonreía como un niño y hablaba sin parar, que era con él con quien compartía esa tonta intimidad. ¡Se parecían tanto físicamente! Soren nunca sería así, expresivo y divertido, y yo tampoco lo deseaba; lo cierto era que me gustaba su expresión seria e intentar arrancar una sonrisa en su rostro. Tan especiales por ser tan escasas. Suspiraba por un hombre que no tenía, por alguien que se escudaba en la frialdad, que no dejaba que lo tocaran sin su permiso y que, con solo hablarme, convertía mis piernas en gelatina líquida.

Dejé a Jürgen en el estudio bebiendo una copa, piqué algo de la comida que había sobre la mesa del comedor y subí las escaleras. Hasta eché de menos a Mirko detrás.

—Hola, Helga —dije cuando la encontré a punto de bajar las escaleras.

—¡Señorita! —exclamó con su alegría innata—. El Zählen acaba de preguntarme por usted, si había vuelto de su paseo.

—¿Está con Meike?

—No, acabo de llevarle la cena a su habitación. ¿Quiere que le avise de que ya ha vuelto? Le he notado un poco intranquilo.

—No se moleste, Helga, yo misma se lo diré.

En cuanto esas palabras salieron de mi boca, me arrepentí. Un paso detrás de otro llegué al otro extremo del corredor, al lado contrario a mi habitación. La última vez que fui hasta allí, Soren me besó y me echó, por ese orden, y a su vuelta, dos días más tarde, sentí lo que significaba el placer entre sus brazos. Necesitaba hablar con él, preguntarle cuál era ahora nuestra relación. ¿Podía él besarme en público, o yo a él? ¿Estábamos juntos? ¿Volvería a estar entre sus brazos? ¿Querría que acabásemos lo que ya habíamos empezado?

Soren estaba como la última vez, de pie detrás de la mesa, y la pantalla del ordenador iluminaba su silueta mirando hacia el bosque. Las luces de los focos exteriores llegaban difusas hasta los rincones de la habitación. Debí de oírme, porque se giró con las manos en los bolsillos.

—Ya hemos vuelto. Me he encontrado a Helga, dice que has preguntado varias veces por nosotros. No tenías que preocuparte, Jürgen decidió acompañarnos.

—¿Jürgen te atrae, Nela?

Si no se hubiese tratado de Soren, hubiera pensado que estaba celoso. Seguí avanzando hasta llegar a su lado.

—No —negué simplemente. Las explicaciones solo servirían para adornar esa verdad absoluta.

—¿Lo has pasado bien?

Su tono era seco, hasta parecía dolido. Y el dolor de Soren empezaba a ser mío también.

—Ha sido frustrante. Llevo días queriendo salir a campar por ahí a mis anchas y solo pensaba en ti.

Los hombros de Soren se relajaron, sacó las manos de los bolsillos y se giró para mirarme por primera vez desde que había entrado. ¿Ahora qué se suponía que debía hacer? ¿Debía hablar, tirarme a sus brazos? Mierda, acababa de abrir mi corazón de par en par a un hombre frío como un témpano que lo siguiente que haría sería echarme de su habitación.

Soren rompió mi cadena de pensamientos y dudas rozando mis mejillas con las palmas de sus manos, acunó mi rostro con suavidad como nadie lo había hecho nunca.

—Nela, ¿qué voy a hacer contigo?

Su tono desesperado casi me hizo gracia, hasta que agarró las solapas de mi chaqueta y la deslizó por mis hombros. Los brazos me quedaron laxos, atrapados aún por las mangas, y se inclinó sobre mí. Su olor me envolvió mientras se acercaba a mi cuello. Hizo aquello que me desarmaba, buscó el punto en el que el latido de mis venas era más fuerte y sus labios lo absorbieron entre sus dientes. Acabó de quitarme la chaqueta y la dejó con cuidado sobre la silla. Lo observé atónita. ¿Cómo era capaz de sentir su pasión y contenerse hasta el punto de colocar la ropa cuidadosamente? Soren se dio cuenta de la expresión con la que lo miraba y sonrió con seguridad.

Las finas arrugas que aparecieron en su rostro hicieron que sus ojos grises se iluminaran. Adoraba su semblante las pocas veces que lo veía relajado. Con determinación, me quité las botas de montaña con los talones, descendí unos centímetros y la distancia entre nuestros rostros aumentó. Cogí las botas sin apartar la mirada y las lancé sobre la alfombra.

Soren se rio y yo con él. No creo que nadie le sepa tocar las narices tan bien como yo.

—¿Vas a besarme o tengo que recoger primero lo que he tirado?

—No sé si voy a besarte o a darte unos azotes por incordiarne.

—¿Beso o azotes? Beso, sin duda.

Esa vez no se rio, me rodeó con sus brazos e incliné la cabeza para esperar su beso. Los labios me cosquillearon ante su contacto y lo recibí con todo mi cuerpo, refugiada entre su sabor y su calor. El olor de Soren, de su piel, indescifrable, tan agradable y conocido, inundó mis sentidos. Noté su tacto sobre mi espalda y me aventuré de puntillas a aferrarme a sus hombros. Sentí cada nudo de sus músculos, con una caricia cargada de intenciones, de arriba abajo, hasta llegar a sus muñecas sin que me apartara. Con valor, hundí las manos bajo su camiseta para sentir su estómago firme, las líneas oblicuas que marcaban su ingle hasta el pecho. Supuse que no duraría más que unos segundos hasta que Soren me alejara.

Uno a uno, con los labios sobre los míos, desabrochó los botones de mi blusa con la precisión de un cirujano, sin dudas ni temblores, hasta tenerme solo con el sujetador. Moría por tener sus manos sobre mí, un deseo palpitante que no podía aplacar. Apreté las yemas de los dedos contra la fibra de su torso, hasta llegar al cuello. Soren se quitó los pantalones y me separó con brusquedad para cogerme en brazos.

Soren caminó hasta la cama con grandes zancadas, sin mirarme, como si yo no pesara nada, y caímos juntos sobre las sábanas. No me importó cuando inmovilizó mi cuerpo y quedé entre sus piernas, quieta, viendo cómo se quitaba la camiseta. Sus ojos estaban entornados mientras me levantaba los brazos sobre la cabeza, y quedé expuesta ante él, desnuda e insegura. A la tenue luz de los focos, el cuerpo de él era perfecto, ancho como para perderse, y tentador, con esas líneas que marcaban el inicio de sus caderas. Era la primera vez que lo veía completamente desnudo, y

no solo el corazón comenzó a latirme con fuerza.

—Soren, yo...

—Calla, Nela, después —dijo, y me dio un beso que me hizo callar mientras su lengua se hundía una y otra vez jugando conmigo.

## Soren

Nela me miraba como si fuera a comerme, su pasión y su entrega solo eran comparables a su inocente forma de intentar tocarme. Poco a poco era consciente de sus manos sobre mis brazos y mis hombros, pero joder, podía soportarlo. Mierda, ¡claro que podía, por una vez tenía que soportarlo, necesitaba sentir su maldito tacto sobre la piel. La reina del sexo rosa se estaba ganando mi piel centímetro a centímetro y solo deseé que esos labios se cerraran en torno a mi erección y acabar enseguida, pero ver a Nela excitada, con solo esa ropa interior blanca tan inocente, entre mis sábanas, me volvió loco. Pasé las manos por su espalda haciendo que ahuecara el torso contra mi cara y le desabroché el sujetador. No perdí ni un momento y comencé a lamer cada centímetro color canela de sus pechos hasta notar cómo se endurecían bajo mi lengua. Saboreé cada recoveco de su cintura hasta su vértice empapado y posé la palma de mi mano sobre él. Mi gesto le arrancó un gemido y enseguida quiso apartarse, pero la retuve un poco más con las muñecas agarradas. ¿Algún día me dejaría atarla?

Recorrí con el dedo la línea blanca de sus bragas en contraste con la piel morena, rozando su sexo, me encantaba la sensación, aun así, tiré hacia abajo de ellas a riesgo de soltar sus muñecas. Estaba húmeda y preparada ante mí con sus piernas abiertas. Una vez más, Nela, inquieta y ansiosa, se encorvó de placer y quedó enterrada contra mi rostro. Con la lengua, me abrí paso entre sus pliegues. Un surco de humedad amenazó con desbordar a Nela, pero continué, cegado por sentir su cuerpo retorcerse de placer. Iba a correrse en un momento y sentí sus manos en mi espalda, una caricia posesiva que pronto sería ansiosa. Aparté la lengua e introduje los dedos, separé mi cuerpo del suyo y los introduje lentamente hasta que sus músculos se contrajeron en torno a ellos. Nela me desarmó, su rostro anhelante, sus ojos entornados, su ansia por tocarme, aunque aún se conformara solo con tener sus manos en mis brazos. Seguí introduciendo los dedos en su cuerpo con una cadencia suave, retrasando el momento de su orgasmo, y ella levantó los ojos hasta los míos.

Entonces lo supe. Daba igual que la hiciera correrse, Nela no estaría completa hasta tenerme por entero. Enlacé los dedos, húmedos de su propia esencia, con los suyos, al agarrarle las manos. Nela abrió los ojos con una interrogación dibujada, pero se dejó hacer. Respiré hondo antes de tomar el control sobre el miedo. Llevé su mano derecha hasta mi pecho y vi su sonrisa dulce, la dejé allí posada para que sintiera cómo mi corazón bombeaba deprisa debido a la excitación. Latido tras latido, Nela se mordía los labios sabiendo lo que ese simple gesto significaba para mí, tan cerca del corazón. Con determinación, descendió despacio, como si el momento fuera eterno y en sus dedos contuviera toda la ternura del mundo, hasta aferrarse a la excitación de mi pene. Ahogó un gemido de sorpresa ante la potencia de mi erección. Así, con nuestras miradas entrelazadas, con su mano envuelta en mis líquidos y la mía en los suyos, gemimos de placer. Aparté sus manos a los lados y ella rio ante mi falta de control y la suya propia. No me molestó,

sino que, sin saber por qué, la besé antes de embestirla. Un acto de ternura del que no me creía capaz en mitad de cada envite contra su cuerpo. Me costaba llegar hasta su fondo, y ¡sí! la penetré con fuerza y rapidez mientras la calidez de los músculos de Nela, estrechos y húmedos, envolvían mi pene.

—¡Soren! —gritó perdiendo el control de su cuerpo.

Me corrí como un puto crío al sentir sus espasmos, la llené por entero y vacié en ella hasta la última gota de placer de mi cuerpo. Nela me abrazó. La desbordé por entero mientras ella gritaba mi nombre. El sudor de mi cuerpo se fundía con el suyo, no quería salir de ella. Para Nela, esa era su forma de dar y recibir, el contacto físico, y simplemente no quería hacerle daño. No deseaba apartarme de manera brusca, Nela no era otra de esas mujeres que pasaban por mi cama para no volver, Nela tenía demasiado corazón, demasiado pasado para ser duro con ella. Cualquiera habría dejado a Meike allí tirada en la cama, pero como una tirana, Nela me había abierto los ojos. Debía llamar a un médico y ella se hizo cargo de la situación. Nela encontraba todos los huecos vacíos de mi interior y los llenaba de nuevo de luz.

La dejé abrazarse a mi cuerpo y rodé hasta colocarla a mi lado. Tan cauta como siempre, se acurrucó sin tocarme. Era curioso que siempre me hiciera enfadar con tonterías y luego aceptara mi extraña forma de ser.

—Soren, ¿tengo que irme a mi habitación? —preguntó somnolienta con el rostro hundido en mi piel.

Coloqué la barbilla sobre su pelo para que no me viera pensar. ¡Joder! La próxima vez tenía que sacarla de allí para follar. ¿Y ahora qué, Soren?

—Nela, escucha, te llevaré a tu cama, allí dormirás más a gusto que conmigo.

No contestó, así que me incliné para mirarla: se había dormido y su respiración era profunda. El pelo le caía por el rostro, ocultando el arco de sus cejas, y me recreé admirando sus pómulos suaves. Tenía una fina línea en la frente por su permanente ceño fruncido y la seguí con la yema de los dedos como si quisiera borrarla. La tentación de despertarla era fuerte, aunque podía cogerla en brazos y llevarla hasta su habitación. Un momento más hasta que durmiera profundo y lo haría.

Antes de que el sueño me venciera, recordé que toda nuestra ropa estaba tirada por la habitación y que no había llevado a Manuela a su cama.

## Nela

Desperté desorientada, aquella no era mi habitación. Los recuerdos de la noche anterior me inundaron, la forma en la que Soren y yo nos habíamos entregado, su cuerpo sobre el mío. Había permitido que lo tocara por un breve instante y fue una sensación maravillosa. Estaba tapada con las sábanas y lo busqué a mi lado con cierto temor, sus ojos a veces eran tan fríos que no me decían nada de sus estados de ánimo. No estaba.

Al levantarme, vi toda nuestra ropa recogida y colocada sobre una silla, y me puse colorada al ver las bragas y el sujetador cuidadosamente doblados. Ese hombre era un misterio lleno de obsesiones. ¿Qué habría llevado a Soren a ser así? ¿A rehuir el contacto físico y ser tan desconfiado? Jürgen hablaba de casi todo, a excepción de las manías de su hermano. El resto de habitantes de Waldhaus daban por normal sus rarezas y tampoco hablaban de ellas, todos se habían convertido en mis cómplices y me advertían con pequeños gestos cómo lidiar con Soren. Colocaban un libro que yo había cambiado de lugar o recogían mi chaqueta olvidada en alguna silla del salón, pequeñas pistas que me ayudaban a comprender a su alemán. Ya vestida fui hasta mi habitación sin encontrarme a nadie en el camino y bajé una hora después, tras darme una ducha fría para apaciguar el fuego que aún me recorría el cuerpo al recordar cada momento con Soren.

Soren, Soren. Enfadada conmigo misma, bajé las escaleras. ¿Cómo podía ser tan estúpida?! Al ir a su habitación sabía lo que ocurriría, y ahora me daba cuenta de que, poco a poco, me estaba enamorando de él. La pregunta de qué significaba yo para Soren Müller no me dejaba en paz, se repetía una y otra vez en mi cerebro.

Desayuné sola, no apareció ninguno de los dos hermanos, así que subí a mi estudio a continuar el trabajo. Al menos, cuando estaba allí, pensaba un poco menos en Soren. Una alegría inexplicable me arrancaba una sonrisa cuando estaba frente al cuadro, como si cada vez que me sentara frente a él estuviera en casa. El mismo día que descubrí la figura que el artista había escondido, apareció Meike. Como si de alguna forma, a medida que avanzaba descubriendo los colores del lienzo, también avanzara mi relación con los habitantes de la casa. Era incapaz de concentrarme, inmersa en el mundo de los Müller.

—¡Nela!

—¡Meike! —La hermana de Soren apareció en la pequeña puerta del estudio seguida de Mirko. Estaba fantástica, con unos pantalones de pinzas negros que mostraban sus finos tobillos y una camisa grande remangada. Su rostro aún tenía un color pálido y su extrema delgadez era evidente, pero nada que ver con el amasijo tembloroso de hacía unos días—. ¡Estás mucho mejor!

—Sí, ¿verdad? —contestó con una sonrisa y un guiño de ojos.

Giró sobre sí misma con los brazos abiertos y sus ojos grises, iguales a los de Soren, brillaron. Mirko, a su espalda, no se perdió uno solo de sus movimientos. Lo señaló con la cabeza con una mirada cómplice.

—¿Te importa que Mirko y yo nos quedemos un rato? No puede separarse de mí, ¿sabes?  
Lo entendía. Soren temía que, sin vigilancia, Meike huyera de nuevo.

—Pasad, por favor —dije mientras les ofrecía los taburetes de alrededor. Meike se sentó sin dudar a mi lado y Mirko fue hasta los ventanales para observar el exterior.

—¡Ey, Nela! —exclamó Meike acercándose al Monet—. ¡Fantástico! Llevas un buen ritmo. Es precioso, es una verdadera pena cómo lo trataron. Su gemelo estaba mucho mejor cuando comencé con él.

Me giré como un resorte para mirar a Meike.

—¿Eres tú la persona que ha restaurado el cuadro de Renoir?

Enfrentó sus ojos grises a los míos con cierta decepción. Vi cómo Mirko se giraba y nos miraba, alerta. Meike relajó un poco su expresión dolida y sonrió.

—Bueno, supongo que lo merezco. ¿Creías que era solo una yonqui loca?

—Meike... —intenté disculparme.

—¡Bah!, no importa, Nela. Estudié Bellas Artes en el Royal College —me contó, sonriendo ante mi asombro—. Nada más terminar los estudios, conocí a Andréi. Me casé con él a pesar de la oposición de mi padre y mis hermanos y comencé a volar sin control. Mi marido, quince años mayor que yo, resultó ser un mafioso ruso traficante de drogas que periódicamente me secuestra y me engancha de nuevo para retenerme a su lado.

Mirko se acercó a ella y Meike lo retuvo con un gesto de la mano.

—Meike, ¿estás bien? —le preguntó con evidente cariño.

—Tranquilo, Mirko, solo saco mi mierda a pasear. Nela sabe escuchar tan bien como tú.

Meike dejó en suspenso lo que aquello significaba y me pregunté si Soren tendría alguna idea de que Mirko estaba completamente enamorado de su hermana pequeña.

—Así que eras tú la restauradora. Me imaginaba a un señor muy mayor y meticuloso, con sus lupas de aumento. —Reí mientras me llevaba las manos a los ojos y simulaba unos anteojos. Al fin lo logré, Meike se relajó. Cogió un pincel de la mesa y mesó los suaves filamentos con cuidado—. Ayúdame, Meike, es tu trabajo, yo solo te sustituyo.

Con pena, sostuvo el pincel entre sus dedos y me mostró en alto cómo le temblaba el pulso.

—Aún no puedo, pero sí quedarme. ¿Quedarnos? —dijo mirando a Mirko, que asintió—. Mis hermanitos se han marchado esta mañana a Berlín a no sé qué subasta, creo que volverán el domingo...

Una semana sin Soren... un mundo sin él.

—Quédate, Meike. —Cogí sus manos entre las mías para quitarle el pincel—. Ya habrá tiempo para todo. Tú también, Mirko, por favor.

## Soren

Volví sin aire, sin saber qué me había pasado en Berlín. Normalmente, las crisis de ansiedad aparecían ante situaciones frustrantes, como cuando una mujer besaba mi mejilla o hacía el amor sin atarlas. A veces, solo cuando alguien me palmeaba en el hombro o me daba la mano. Casi siempre respiraba hondo hasta recuperar el control. Nunca así, sin más, y creía saber la respuesta. Día tras día revivía el cuerpo de Nela, su sonrisa, hasta su forma de tocarme los... Y Jürgen lo pagó todo. Le hice pujar por obras que no queríamos, perdí una espada otomana del siglo XII por estar distraído y, bajo cuerda, estuve a punto de comprar una falsificación. Al final, me rendí y volví antes que Jürgen y su sonrisa satisfecha por verme tan jodido.

Había nevado y una fina capa blanca cubría los jardines de Waldhaus, así que Helga había ordenado que echaran sal sobre los escalones. Supervisaba la tarea dando pequeños saltos embutida en un abrigo de lana. Tenía que recordar traerle de Berlín un abrigo polar como los de mis guardas.

—Zählen, no sabíamos que volvía hoy. Le prepararé el almuerzo.

—¿Y la chica?

Helga sonrió de la misma manera absurda que Jürgen ante mis idas de cabeza.

—En el estudio, señor, con todos.

¿Con todos? ¿Qué todos? Pasé de preguntar a Helga, tan parca en palabras como siempre. ¿Quiénes eran todos? No tenía acceso desde el móvil a las grabaciones del estudio fuera de la finca, afortunadamente, porque no dudaba de que en más de una ocasión me hubiera sentido tentado de verla trabajar. Me desprendí del abrigo, que dejé de cualquier manera sobre la escalera, y subí los escalones de dos en dos sin saber por qué corría. Atravesé el corredor y me detuve en las pequeñas escaleras que llevaban al estudio. Todo estaba en silencio, así que entré despacio mientras me deshacía de los guantes. Mirko dio un salto del sofá en que estaba sentado al verme y le ordené con el índice sobre los labios callar. ¿Un libro? ¿Mirko leía en el estudio? ¿Un tratado sobre pintura? ¿En serio, Mirko?

De espaldas, cada una sentada en taburetes altos e inclinadas sobre el cuadro, estaban las dos. La figura de Meike, más alta que Nela, se inclinaba en mayor ángulo; su pelo rubio bajo un pañuelo en forma de pico luchaba por escapar. Llevaba puesta una de las camisetas de trabajo de Nela, que le quedaba mucho más corta que a ella. Y allí estaba Nela, con el pelo recogido con un pincel largo y los brazos desnudos bajo la camiseta sin mangas. Se puso de pie para coger algo de la mesa y la luz se reflejó en su pelo castaño. Su pequeño pendiente brilló captando la luz y admiré la suave curva de su cuello. De perfil y con aquella ropa, parecía muy joven e inocente. Debí de sentir mi presencia, porque giró sus ojos cobalto.

Mantuvo la mirada con intensidad, pero al momento sonrió, estaba contenta de verme. Yo no podía reaccionar. ¿Nela había hecho que mi hermana volviera a tocar un lienzo? La complicidad

de ambas hacía un momento, envueltas por el silencio, atravesó algo parecido a mi alma si aún la tuviera.

Me sentí un intruso ante la escena de las dos compenetradas y Mirko allí leyendo un libro hasta hacía un instante, como una escena campestre del estudio de algún maestro pintor, bucólico y tranquilo. Hasta el sol se había dignado a aparecer y calentaba a través de las cristaleras.

Sonreí cuando Nela trastabilló al ponerse sus zapatos planos, esos que parecían de bailarina. Por lo menos, ya era capaz de encontrarlos sola. Dejó el lienzo a la vista al moverse, casi habían terminado entre las dos.

—¡Soren! Pensé que volvías el domingo.

El dolor me invadió como nunca lo había conseguido una maldita paliza de mi padre. Lo vi en sus ojos. Nela estaba enamorándose de mí. Permanecí inmóvil, cagado de miedo. Quería abrazarla, decirle que la había echado de menos, pero no pude. Sentí cada latido de mi corazón golpeándome el pecho.

Meike nos observó a uno y a otro, igual que Mirko, y rompió la tensión que se había instaurado entre Nela y yo acercándose a mí.

—Soren. —Meike besó mi mejilla, dándome tiempo por si quería apartarme de ella.

—Os espero para comer.

Salí de allí antes de cometer la tontería de coger a Nela en brazos y recibir la bienvenida que merecía con sexo duro sobre la mesa de mi estudio, o coger el jodido lienzo y volver a ensuciarlo para que el tiempo no corriera tan deprisa, para que Nela no se fuera nunca.

## Manuela

—¿Qué pasa entre Soren y tú? —preguntó Meike al ver marcharse a su hermano sin saludar.

—Nada —contesté aturdida. ¿Qué esperaba, que él se acercara y me besara?

—No me mientas, a mí, no —dijo Meike volviendo a su sitio. Ante nuestra sorpresa, Mirko desapareció sin querer saber nada de nuestra conversación. Crucé los brazos en actitud defensiva, de pie frente a ella—. Lo he visto, Nela.

—¿Qué crees que has visto? No hay nada entre tu hermano y yo, ya te lo he dicho.

—No te das cuenta, pero lo miras con un brillo en los ojos que no puedes esconder. —La vi levantarse y coger un pequeño lienzo en blanco de las mesas, uno de los que usábamos para las pruebas de color—. Está bien, haré terapia contigo, la pintura es la expresión del alma. Sé bastante de estas cosas, es lo que tiene haber estado en mil centros de locos. Si tuvieras que pintar a Soren, lo que sientes por él, Nela, ¿cómo sería tu cuadro?

—Yo no... Estás loca, Meike.

—Hazlo. Dime qué dibujarías.

Permanecí un momento en silencio, la mente de artista de Meike intentaba jugarme una mala pasada, suspiré hondo al comprender que estaba acorralada. Me producía vértigo pensar en lo que había entre Soren y yo y saber que mis esperanzas de tener una relación normal con él eran cero. El suspiro que lancé al volver a respirar hizo que el corazón se me escapara por la boca.

—El amor no se puede pintar.

Caí derrotada en el taburete, confusa, herida, abochornada, porque si Meike lo había notado, era muy probable que Soren también. Negar tantas veces ese sentimiento a una misma no hacía que desapareciera por arte de magia.

—Escucha, Nela. —Me cogió las manos para encerrarlas entre las suyas—. Te aprecio mucho y nada me gustaría más que Soren encontrara algo que hiciera latir su corazón, pero te hará daño. De relaciones tóxicas sé bastante. No, no me mires así. Está muy tocado, ¿sabes?

La dejé hablar porque no tenía sentido negar lo que sentía por él, cuando ya era demasiado evidente.

—¿Qué le ocurrió, Meike? Algo debió de provocar que se volviera así, ya sabes. No hablamos, no deja que lo toque... —insinué mientras sin querer me clavaba la virola del pincel en la yema de los dedos y retorció las cerdas manchadas de pintura.

Meike miró un momento hacia el exterior y agarró con fuerza mis manos haciendo que soltara el pincel curvo.

—No te lo ha contado, claro. Jürgen y yo lo superamos a nuestra manera, pero Soren era el mayor. Nuestra madre murió joven y mi padre era un desgraciado voluble que tan pronto nos abrazaba como, sin motivo aparente, se molestaba por los tres mocosos que corrían por la casa y nos daba una paliza. Soren siempre era su blanco preferido, le decía que debía hacerse un hombre,

que la vida era dura y debía forjarse para estar a la altura de nuestra familia. Nuestro padre fue un cabrón que tuvo engañado a todo el mundo... Jürgen se refugió en las mujeres y las fiestas; yo, en Andréi; y Soren... bueno, en sus paranoias. Quedó marcado por las palizas, nadie podía tocarlo de niño sin que gritara o huyera. Se escondió tanto tiempo en su mundo que perdió la capacidad de expresarse. Todos necesitamos un lugar para escondernos y Soren lo encontró en sí mismo, alejado de los demás. ¿Puedes entenderlo, Nela?

Meike contuvo el aliento esperando una respuesta que no llegaba. La vida de Soren era tan oscura como la mía. Claro que lo entendía, pero, si no podía apenas con mis traumas, ¿cómo hacer para enfrentarme a los de él? Antes de llegar a Waldhaus trabajaba del día a la noche sin descanso para olvidar la soledad de no tener una familia. Para no pensar en lo que quería hacer con mi vida, seguía el ritmo que Alice y su padre me marcaban. Ser coordinadora del museo era lo que ellos siempre habían esperado de mí. Simplemente, no deseaba defraudar a nadie mientras era yo quien me fallaba a mí misma.

## Soren

Apagué la cámara tras la declaración de Meike, pero no pulsé el botón de borrar en la grabación del estudio. Las palabras de Nela no se podían borrar u obviar. «El amor no se puede pintar», había dicho. Manuela estaba enamorada de mí y a punto de terminar su trabajo.

## Manuela

La comida fue una tortura con Soren sentado enfrente. Estaba de mal humor, apenas dijo una sola palabra. Solo me miraba fijamente mientras bebía vino y veía cómo rellenaba su copa una y otra vez. Meike se excusó rápido, diciendo que estaba cansada. ¿Dónde estaría Jürgen cuando se le necesitaba? Al menos con sus bromas podría aplacar un poco a su hermano.

—¿Quieres vino? —preguntó cuando volvió a servirse. Miró mi plato aún lleno.

—Sabes que no bebo alcohol —contesté con tono seco—. De todas formas, ya te has bebido la botella entera. ¿Y Jürgen? ¿No ha vuelto contigo?

Eché la silla hacia atrás con tanta brusquedad que me asustó. Rodeó la cabecera de la mesa en dos pasos. No soportaba más su mal humor, no entendía qué había podido pasarle en Berlín, pero yo no tenía la culpa. Se acercó como un depredador.

—Meike dice que es imprescindible hacer una prueba al cuadro de Monet y aplicar un haz de luces infrarrojas.

Odiaba que me hablara desde arriba. Solté la servilleta sobre la mesa y me puse de pie. Nunca sería tan alta como él, pero no me haría sentir inferior.

—Te lo dije, debajo de la pintura hay una figura. Creemos que es la de una mujer en la playa, le añadiría valor. Existen otros casos de famosos pintores que pintaron un cuadro sobre otro, el mero hecho de contener un misterio sumaría millones.

Si creía que iba a acobardarme con su ceño fruncido, lo tenía claro. Si iba a llevarme ese cuadro cuando acabara, quería saber todo lo referente a él, porque yo ya había elegido. No me hacía falta ver sus otras obras, quería el Monet en pago por mi trabajo. Cuando lo llevara bajo el brazo para una exposición temporal, el museo tendría que darme una plaza fija. ¿Qué sería de mí si no? ¿Mendigaría a Alice y a su padre otro puesto en algún otro museo? ¿En su banco, quizá?

—¿Quieres ir o no? —preguntó Soren tendiendo su mano—. Vamos a averiguar si estás en lo cierto.

No entendía sus bruscos cambios de humor ni su forma de mirarme, pero aquella mano tendida que nunca había podido coger fue el mejor ofrecimiento que podía hacerme para aceptar.

—Sabes que sí.

Con decisión, tomé su mano antes de que pudiera arrepentirse y la sentí cálida. Mis dedos encajaron entre los suyos como si no hubieran tenido otra finalidad y percibí la corriente que nos unió, más fuerte que los besos dados. Fue algo tan personal que no quise decir nada, solo me dejé guiar mientras Soren ordenaba a los hombres que se prepararan y que uno de ellos trajera mi abrigo. Otro guarda bajó con un enorme maletín gris de transporte, rígido, en el cual supuse que estaba el cuadro. Soren ya sabía que nos íbamos y lo había preparado todo. Otra vez me sentía dirigida por él.

El perfil de Soren era serio y desconcertante. ¿Adónde íbamos? Cogí el abrigo en el regazo. En

ese breve momento que tardé en salir de Waldhaus y entrar en el coche sentí el frío golpearme el cuerpo, pero no quería soltar la mano de Soren. Me había ofrecido un tesoro y no sería yo quien lo rechazara. Nada más sentarnos quedamos separados y a la vez unidos por nuestras manos.

Dejamos atrás las verjas negras de la casa. Soren no dijo nada en el breve recorrido bordeando la carretera del lago. Subimos las montañas que semanas antes me habían llevado a su casa y pegué la cara al cristal. Podría pasarme la vida viendo las copas verdes de los árboles, los bosques interminables y las praderas lejanas, ahora blancas por la nieve. Para una chica de ciudad como yo, todo aquello resultaba nuevo y hermoso, como lo que sentía por Soren. Entonces, caí en la cuenta.

—¿Adónde vamos? ¡No iremos a coger el avión!

Era asombroso que me hubiera acostumbrado a esos lujos y me permitiera hablar así. ¡Como si toda mi vida hubiera podido disfrutar de un avión privado!

Miró en mi dirección como si fuera un ser de otro planeta y puso los ojos en blanco.

—¿Cómo crees que iremos a Praha? ¿En coche?

—¿Praga? —repetí el nombre de la ciudad en castellano—. No puedes moverme de un sitio a otro como si fuera un muñeco, ¡otra vez voy sin ropa!

Entonces, empezó a reír y sus ojos grises brillaron divertidos. Tirándome de la mano con suavidad, me atrajo hacia él. Caí sobre sus piernas y me besó, con los ojos grises puestos sobre los míos. ¿Cuánto se puede desear un beso? Lo supe en el momento en el que su lengua buscó la mía y abandoné todo pensamiento rendida ante sus brazos, con su olor traspasando mi piel.

## Soren

Manuela volvió a sentarse en el avión en el mismo lugar que eligió la primera vez, frente a mí. Los hombres se sentaron detrás. Esta vez nos acompañaban tres de seguridad, prefería que Mirko se quedara cuidando a Meike en nuestra ausencia. Despegamos al atardecer con un fuerte viento que asolaba la pista. Nela intentaba peinarse con los dedos después del vendaval. Su manera de vestir estaba cambiando debido a que la única ropa que tenía era la que Helga le proporcionaba. No sabía por qué le preocupaba tanto qué ponerse, estaba preciosa. Llevaba unos pantalones oscuros ajustados y una blusa de seda rosa suelta bajo un abrigo, que se quitó con cierta timidez evitando mirar hacia mí. Nela, ¿por qué te escondías antes bajo esas ropas anodinas?

—¿Y dónde se supone que llevamos el cuadro? En el Instituto Goudant pueden hacer las pruebas que necesitamos, ¿por qué no allí?

El cuadro, junto a nosotros, se hallaba protegido en una caja hermética envuelto en un papel especial que preservaba la temperatura.

—En Praga hay un sitio donde pueden hacer las pruebas que quieras a cambio de un pago no muy justo. Mis obras de arte no siguen los cauces normales.

—Y si conoces un sitio así, ¿por qué no recurriste a ellos para restaurar el lienzo?

Emití un carraspeo al acercar a Nela una botella de agua. Ella me miró con la ceja arqueada antes de abrir el tapón hasta que sintió el clic de la apertura. Por primera vez, la vi reírse de sí misma con confianza.

—No dejaré uno de mis cuadros durante meses en un lugar extraño. El sitio al que vamos no tiene carteles en el exterior ni placas conmemorativas.

—Entiendo. ¡Vaya, Praga! No conozco Praga —repitió Nela intentando disimular la emoción.

—Aún puedo drogarte si estás muy nerviosa —aseguré mirándola fijamente.

—No te atreverás —contestó con una sonrisa. Volvió a beber, desafiante, acariciando el borde de la botella con los labios.

Ahora podía analizar con más frialdad qué me había llevado a decidir sacar el cuadro de Waldhaus para hacerle unas pruebas que me importaban una mierda. Nela. Estaba celoso de Jürgen, de intentar no mostrar lo que esa mujer me provocaba, cabreado porque estuviera terminando su trabajo y con ello volvería a su hogar. La quería para mí solo, no metida en ese estudio con Meike ni compartiendo su ingenio con Jürgen. Dejé de mirar cómo Nela movía el pie arriba y abajo, nerviosa, y solté mi cinturón de seguridad, incómodo. Se giró un momento para ver qué hacía; con una breve sonrisa, volvió su mirada hacia la ventanilla y despegamos.

La observé un rato, queriendo entrar en esa mente y descubrir lo que pensaba con tanta seriedad que ni se percataba de que estaba siendo vigilada.

—Soren.

No le había dado ni cinco minutos y aguantó diez en silencio, no estaba mal. Hice un gesto con

la cabeza para que hablara. Nela se levantó y se sentó a mi lado.

—¿Qué somos tú y yo? Quiero decir, si me presentases a un amigo, ¿qué dirías?

Sus ojos azul eléctrico se entornaron buscando algún indicio en los míos, podía prever una contestación que podía ser dolorosa para ella o dejar que albergara una leve esperanza. Nela estaba enamorada de mí, pero no por ello era distinto, yo no era distinto del que la trajo a Alemania.

—No debes preocuparte, no tengo amigos, solo conocidos. ¿Además? ¿Es necesario ponerle nombre?

—Tal vez para mí, sí —aseguró mientras se inclinaba hacia mi asiento.

—Podemos disfrutar, Nela, eso es la vida, ¿no? Arriesgarse por un día o una temporada a sentirse bien... Restaurar mi cuadro y follar como locos.

El silencio acompañó mi declaración. Lo que no tenía previsto era qué haría si ella se echaba a llorar en aquel espacio cerrado... ¡Joder!

—Vale —dijo Nela.

¿En serio? ¿Sin pataletas? Eso me dolió. Si no hubiera oído sus palabras en el estudio con Meike, pensaría que no le importaba una mierda. No podía haberme equivocado tanto con ella.

—Solo hay una regla conmigo, Nela: no te enamores. No hay cabida para ti en mi vida y no la habrá nunca. Si es para ti un problema, dilo ahora, será solo trabajo y no volveré a tocarte.

Silencio, solo sus ojos atravesándome.

—Quizá hubiera sido mejor que me drogaras, Soren, si tenías pensado hablarme tan claro. Al menos, el viaje hubiera sido menos largo. —Se mantuvo entera hasta que volvió a su asiento—. No, no es ningún problema —añadió con cierto tono de burla.

En Praga había nevado más que en casa, la niebla envolvía todo a nuestro alrededor al bajar del avión. La atmósfera oscura previa al anochecer, antes de encender las luces de la ciudad, nos recibió tragándonos. Antes de bajar del coche, Nela se refugió en su abrigo con la barbilla escondida y los ojos alerta. No había pronunciado una sola palabra desde nuestra conversación en el avión. Ni siquiera miró por las ventanillas mientras nos acercábamos a la ciudad.

—«Veo una gran ciudad en cuya gloria se tocan las estrellas. Veo un lugar en medio de un bosque donde, en un empinado acantilado sobre el río Moldavia, un castillo glorioso se elevará».

Nela se giró al divisar el puente de Carlos y la silueta del castillo elevado al escuchar mis palabras, pero sin contestar.

## Manuela

¿Cómo alguien con tantos conocimientos podía ser tan estúpido como Soren acerca de los sentimientos?

El hotel estaba frente al río Moldavia. Antes de entrar, me giré para mirar la silueta de la antigua fortaleza con su castillo de tres torres iluminado y la catedral de Praga. La niebla comenzaba a elevarse desde el río a la ribera en la que estábamos. Los pocos transeúntes del puente se veían difusos a la luz de las farolas que iluminaban las estatuas de piedra de formas grotescas. Soren tomó mi codo y lo acompañé hasta el interior del Viejo Hotel.

No pasamos por la recepción, una señorita con altos tacones y uniforme perfecto nos acompañó hasta el ascensor. En la última planta, salimos y avanzamos por el pasillo de adornos rojos y puertas cerradas. La mullida alfombra de intrincado diseño barroco ahogaba nuestros pasos mientras, a lo lejos, se oían algunas voces. Lo sentía, pero no me conformaba con disfrutar el momento y solo sexo, una palabra sin significado ni sentimientos.

—Quiero una habitación para mí sola.

Hasta yo me sorprendí con mis palabras delante de la puerta que nos señaló la empleada del hotel.

¡Vale, había mentido! En el avión intenté ser fría, una mujer de mente abierta, pero de sobra sabía que no podía seguir con aquello. Soren me importaba, estaba enamorada de él y cada día que pasaba a su lado más. ¡A saber por qué! Pero así era. Quería más de él. Quería que entendiera que, o ponía distancia entre él y yo, o me iba a destrozarse el corazón.

—De acuerdo, quédate mi habitación. Diré que me preparen otra —contestó Soren con indiferencia y cierto tono de molestia en la voz.

Lo vi desaparecer por el pasillo rumbo a los ascensores, con ese andar decidido y cabreado, seguido de uno de sus guardaespaldas. Los otros dos entraron delante de mí en la habitación. Ya estaba acostumbrada; revisaron cada rincón, los armarios, el baño, las cortinas, bajo la cama y, una vez terminada la inspección, salieron cerrando la puerta. Me quedé allí, de pie en el centro de la sala anterior al dormitorio, sumida en un silencio horrible. «Solo hay una regla conmigo, Nela. No te enamores. No hay cabida para ti en mi vida y no la habrá nunca». Las palabras frías de Soren se repetían en mis oídos. Fui hasta el mueble bar con un vaso en la mano y agarré una botella pequeña del minibar y un refresco. Sentada ante el balcón, observé la vieja ciudad con sus torres, el río de aguas oscuras que alguna barcaza perdida se esforzaba en remontar, y comencé a beber. No entendía el dicho de ahogar tus penas en alcohol, pero di un trago. «¡Mírate, Nela! Llevas media vida renunciando a cualquier cosa que pueda crearte adicción y hacerte parecer a tus padres, para que al primer dolor de corazón caigas borracha».

La puerta se abrió de un portazo, pero ni siquiera me moví. Soren se acercó en silencio y, al verme con la botella, sonrió.

—¿Estás bebiendo, Nela?

—¿Qué haces aquí? Creí que nuestra relación se limitaría a lo profesional. He decidido por los dos, tú mismo dijiste que podía elegir —solté muy segura de mí misma desde la oscuridad.

—Vamos, tenemos una cita.

—¿A estas horas? ¿Tú y yo?

Abrí los ojos, sorprendida.

—¿Crees que mis contactos quedan a las doce del mediodía para comer en un restaurante? Nela, ponte los zapatos, nos esperan para ver el cuadro.

Una vez más, estaba equivocada. Pensaba que, arrepentido por sus palabras, venía en mi busca, pero Soren parecía no arrepentirse nunca de lo que decía.

Decepcionada, cogí mi abrigo y lo seguí fuera del hotel, los guardias nos acompañaron. El vaho salía de nuestras bocas, vi que ningún coche nos esperaba. Atravesamos la avenida y nos dirigimos hacia el puente; al comienzo, una placa indicaba su nombre: Karluv Most. La niebla aún no se había disipado y me acerqué un poco más a Soren. Apenas se veía nada ni delante ni detrás de nosotros, solo las luces de las farolas. La piedra del suelo estaba resbaladiza y deseaba agarrarme a su brazo para no caer, pero el orgullo me lo impedía. Caminamos entre las esculturas y los bancos incrustados en el murete hasta llegar casi al final. Apenas nos cruzamos con unas pocas personas, turistas en su mayoría, hasta llegar a un letrero clavado en la pared en el que se podía leer *Kampa*. Bajamos unas escaleras dobles de piedra hasta descender la altura del puente. Se trataba de una lengua de tierra en el mismo río, pequeña y envuelta por el mismo halo gris de niebla donde ni siquiera las luces amarillas de las farolas conseguían alumbrar el camino.

—¡Es una isla! —susurré, sin saber por qué hablaba bajo. La atmósfera fría, el vaho en nuestras bocas y la niebla hicieron que temblara.

—La isla de Kampa —contestó Soren.

Algo había cambiado en su semblante, tanto él como los guardias estaban tensos cuando atravesamos una calle donde comenzaban a cerrar los puestos de bebida caliente y apagaban los hornillos de la comida. El olor a especias y carne era tan fuerte que me tapé el rostro con el abrigo de paño. El rumor del agua se acercaba de nuevo y atravesamos un viejo puente de piedra, dejando a un lado una enorme rueda de molino que ya no giraba. De día podía ser un lugar hermoso, pero con la oscuridad sobre nosotros era un sitio lúgubre y abandonado. Soren le pidió a uno de los chicos que le pasara el maletín con el cuadro y entramos en tierra firme. Debía de ser la ciudad vieja, con estrechas calles y suelos empedrados; algunos edificios oscuros, apenas iluminados, formaban un laberinto. Nos detuvimos ante una de esas casas antiguas. Soren ordenó que esperara, llamó al timbre mientras me giraba para admirar los tejados de punta y los elaborados balcones de las casas. La ciudad era una mezcla de antigüedad salpicada de elementos modernos, pobre y, a la vez, un ejemplo de derroche que no acababa de cuadrar. En todas partes, carteles de pequeñas tiendas recordaban los símbolos de la antigua Unión Soviética entre pintadas indescifrables.

—¡Nela! —me llamó Soren con impaciencia.

Un hombre nos abrió la puerta. De un salto, subí los escalones hasta llegar a la entrada y el viejo nos hizo entrar deprisa, dejando atrás a los hombres de Soren.

Agradecí el calor de la casa, pero un olor a rancio me hizo contener una mueca de asco. El anciano de pelo gris nos condujo por un pasillo estrecho de papel pintado con flores de lis rojas mientras hablaba con Soren en alemán. La casa parecía abandonada, sin muebles y sucia, apenas iluminada con lámparas de otra época. Los seguí en la penumbra, sin dejar de mirar atrás,

temiendo que alguna de las puertas que pasábamos se abriera y me atrapara una figura tenebrosa. Bajamos por unas escaleras hacia un sótano y los potentes focos, en comparación con la débil luz de la casa, casi me cegaron.

—¡Soren Müller! —gritó una mujer con demasiado entusiasmo.

Acabé de bajar los últimos escalones. La sala estaba forrada como si se tratara de un quirófano y la mujer que acudió a nuestro encuentro vestía con una bata blanca. Saludó con dos besos a Soren y él la dejó, debía de conocerla muy bien para permitirselo.

En aquella sala enorme que seguramente ocupaba los sótanos de varias casas había máquinas de rayos infrarrojos, escáner y maquinaria de última generación que debía de valer una fortuna.

—Andrea, esta es Nela. Mi ayudante.

No pude evitar una mirada de celos cuando vi cómo Soren le rodeaba la cintura al presentarla. Era una mujer muy bella, de pelo rubio recogido en un moño y ojos castaños. Llevaba los labios pintados de un rojo chillón. Recorrió mi silueta con una sonrisa de suficiencia.

—Encantada —susurré en algo parecido al poco alemán que me había enseñado Jürgen y sin mucha convicción ante Andrea—. Así que tu ayudante —farfullé a Soren, que encogió los hombros con una sonrisa.

Ahí tenía mi respuesta si alguien le preguntaba quién era yo para él. ¡Su ayudante!

La amiga de Soren se quitó la bata con movimientos sensuales como si fuera a desnudarse y resoplé. No debieron de creer importante hablar en mi idioma o en inglés para que los entendiera, así que me acerqué a una mesa donde un hombre se inclinaba sobre un lienzo con una lupa de aumento a modo de flexo. Elevó un momento la mirada y continuó su trabajo sin hablar conmigo. Miré el lienzo y contuve la respiración. ¿Un cuadro de Lowry? Me deshice del abrigo, plegándolo en el brazo, y seguí hasta la siguiente mesa, donde una mujer tomaba muestras de un pequeño recipiente de barro que parecía una antigüedad griega. Iba a girarme para preguntar a Soren dónde demonios estábamos cuando vi cómo entregaba mi lienzo de Monet a la tal Andrea.

En dos pasos me interpuse entre ellos, antes de que acabara en las manos de aquella mujer, y lo sostuve como a un bebé.

—Yo me ocuparé del cuadro, solo dígame dónde hacen las pruebas de infrarrojos.

—¡Vaya genio! ¿Española? —dijo Andrea con cierto tono despectivo.

—Haz lo que dice, Andrea —ordenó Soren con una sonrisa suficiencia mientras yo protegía el cuadro.

—Tú pagas, tú decides, Soren. No cobraré menos, aunque haga ella las pruebas —aclaró en castellano mientras nos invitaba a seguirla hasta otra sala como la que acabábamos de ver.

Soren me guiaba del codo mientras el culo de aquella mujer se contoneaba delante de nosotros en su vestido negro entallado.

—No hables con los empleados —ordenó Andrea al ver que me detenía para mirar los objetos sobre las mesas, y obedecí empujada por Soren.

En la pequeña sala hasta la que nos llevó tenían una enorme lámpara de infrarrojos que cualquier museo envidiaría.

—¿Cómo puedes tener esto aquí? —pregunté mientras dejaba el cuadro sobre la plataforma preparada para ello—. Todo este material vale millones.

—No preguntes, Manuela. Hay un mundo detrás de tu museo que no conoces —aseguró Soren mientras ambos acudíamos al ordenador en el que saldría plasmada la imagen.

Pronto veríamos las capas que componían el cuadro. Soren se inclinó a mi lado y su olor inundó el breve espacio entre él y yo. Giré la mirada y sus ojos grises se dilataron cuando Andrea apagó

las luces de la sala. Tan cerca como estábamos, me distrajo al apartarme el pelo de la cara y lo retuvo en mi oreja con suavidad. Un gesto que me hizo suspirar y perderme en su rostro antes de que la luz morada se reflejara en sus ojos.

Asentí, ilusionada, para devolver la vista a la pantalla hacia aquello que nos unía, ese pequeño lienzo de una playa de dorada arena que me había llevado a su vida. Ante nosotros apareció la imagen del cuadro; tenía razón, y quise restregárselo a Soren. El primer boceto contenía la figura de una mujer, de contornos precisos, que el pintor se ocuparía de matizar e impresionar para luego borrar sin más. No reconocí por otros cuadros a la esposa del pintor, retratada en muchos de sus otros bocetos. Sabía que Monet tuvo una amante, ¿se trataría de ella? ¿O acaso pintó tan solo a una mujer que caminaba por la playa? Y si así fuera, y lo más importante, ¿por qué la borraría después? Pulsé el botón de imprimir, quería averiguar quién era ella...

La sala se iluminó de repente y Andrea gritó furiosa. El anciano de la entrada corrió dando gritos en un idioma desconocido, Soren se enderezó y ambos se miraron.

—¡Vamos, Nela! —ordenó tirándome del brazo para que me levantara del asiento.

—¿Qué ocurre, Soren? —grité asustada.

Vi pasar por el pasillo a los empleados de bata blanca a la carrera. Algunos llevaban de cualquier manera las obras que estudiaban o restauraban.

—Debemos irnos, ¡ahora!

La orden de Soren mientras era arrastrada por él hacia la puerta me hizo reaccionar. De un codazo, me solté de su agarre y volví sobre mis pasos antes de que pudiera impedirlo. Cerré los ojos para no deslumbrarme con las luces infrarrojas y cogí mi cuadro como pude. Escuché en mitad del jaleo y los gritos cómo me llamaba desde la puerta. Agarré en el camino una sábana que protegía los aparatos y envolví el lienzo. Antes de echar a correr vi cómo la impresora expulsaba la imagen de la mujer oculta en el cuadro y la doblé deprisa hasta que entró en el bolsillo de mi pantalón. Soren esperó a que llegara mientras vigilaba la puerta. Su rostro estaba tenso y alerta. Al llegar a su lado, oí su bufido de enfado. ¡Fuera lo que fuera lo que estaba pasando, mi cuadro no se quedaba allí!

Corrí tras él por el pasillo, guiados por Andrea. Detrás de nosotros se oían gritos, patadas a las puertas y ruido de cristales rotos. ¿Qué diablos pasaba? Llegamos a unas escaleras de piedra. Arriba, un empleado sujetaba la trampilla que daba al exterior y salimos de golpe. La calle era un caos entre los curiosos y los empleados intentando huir. La gente corría en una dirección y otra, las luces de la policía se veían al final de la calle y, por instinto, eché a correr en dirección contraria, protegiendo el cuadro contra el cuerpo de la gente que corría y chocaba a mi alrededor. Correr fue mi único pensamiento en los siguientes minutos. No debería hacerlo, yo no había robado nada. En otro tiempo, estaba convencida de que había ido hacia la policía con los brazos en alto y entregado el cuadro, pero ahora era mío y mi propósito no era quedármelo, sino llevarlo restaurado a un museo. Aquella gente del sótano sí que traficaba con obras de arte que debían recuperarse; la Interpol, la policía del arte, debería perseguirlos a todos y no a mí. Dejé de oír pasos a mi espalda y me giré, aterrada. Estaba sola. ¿Y Soren? ¿No iba detrás?

Con la respiración agitada, me detuve. Un dolor en el costado hizo que me doblara un momento sin soltar mi preciada carga. El cuadro, tenía que sacarlo de allí. Soren se las arreglaría solo, ¡era yo la que llevaba el maldito cuadro! ¿Dónde había estado? ¿Eran todas obras robadas? ¿Y si habían detenido a Soren? ¡Imposible! Simplemente, nos habríamos separado.

Miré a un lado y al otro de la calle. En la lejanía se oían las sirenas y el bullicio, pero por fortuna la niebla me cobijaba. No podía ser tan difícil volver al hotel, solo tenía que encontrar el

punte que atravesaba la ciudad.

## Manuela

Volví a mirar el reloj, harta de recorrer las callejuelas andando sin rumbo. Había pasado más de una hora en aquel laberinto llamado Malá Strana, como deduje al ver las placas de las calles. Menos mal que una pareja de turistas ingleses supo indicarme el camino de vuelta al puente. Me crucé con grupos de jóvenes de marcha por la ciudad y algún mendigo que, afortunadamente, decidió ignorar mi presencia.

Caminaba por las aceras mientras los coches de los años ochenta iluminaban el camino a toda velocidad. Salían chispas cuando rozaban los bordillos de piedra con los neumáticos. Atravesé el puente junto a algunas parejas que paseaban y miraban con curiosidad mi bulto enrollado en una tela blanca. Cada dos pasos, me aseguraba de que estaba bien envuelto para evitar la humedad de la niebla y pensé que, a esas alturas, Soren me estaría buscando o pensaría que me habían arrestado. ¡Qué fuerte! ¿Cómo había acabado paseando sola por las calles de Praga huyendo de la policía? Intenté tranquilizarme a medida que apuraba el paso hacia las luces de la otra orilla del ancho río. El dolor se me instaló de nuevo en el costado debido al ritmo que llevaba y casi pierdo la respiración al cruzarme con dos policías. Aflojé el paso desenfadada, como si hubiera comprado un simple recuerdo y volviera al hotel. Un recuerdo de millones de dólares. Me entró la risa floja al ver que no me paraban y seguían hablando entre ellos, estaba volviéndome loca.

Reconocí la fachada del hotel, las luces de la entrada y, parados ante la puerta, estaban Soren y sus hombres visiblemente nerviosos hablando por sus interfonos y paseando de un lado a otro.

—¡Nela! —gritó Soren. Lo vi correr hacia mí y pensé que estaría aliviado al ver que tenía el cuadro.

Llevaba el abrigo arrugado y el pelo alborotado. Con una mirada de determinación en sus ojos grises, me alcanzó porque había parado en seco, agotada, fruto de los nervios y la larga caminata a toda prisa. Caí de golpe contra su torso, con la frente pegada a su pecho y con el brazo libre apoyado en él. Sentí el calor de su cuerpo mientras me envolvía entre sus brazos.

—¿Dónde demonios te habías metido, Nela? Creí que te había pasado cualquier cosa.

¿Eran imaginaciones mías o había notado en la voz de Soren cierta alarma? La preocupación de su tono hizo que mi corazón se acelerara a mil revoluciones por minuto.

—No sé cómo pude despistarme, estabas ahí, detrás de mí, con esa mujer y, de repente, me vi sola en una calle... Todas son iguales, tardé tanto en encontrar el dichoso puente...

Soren levantó mi barbilla y nuestras miradas se cruzaron. Si no fuera él, diría que le brillaban los ojos de alivio.

—¿Y esa mujer? ¿Andrea? ¿La han detenido? ¿Qué ha sido todo eso, Soren? ¿La policía, la Interpol?

Se apartó un poco y miró alrededor para ver si alguien nos escuchaba.

—Soren, en serio. ¿A qué te dedicas? —pregunté, por fin, dispuesta a enfrentarme a la verdad.

Su mirada gris recorrió mi rostro y se dio cuenta, con sorpresa, de que llevaba el cuadro aferrado bajo el brazo. Hasta ahora no había reparado en ello, y pensé que estaba realmente preocupado por mí y no por el lienzo. Cruzamos la calle hacia el hotel, guiada por su brazo y con la respiración sofocada por la humedad que desprendía el río Moldavia. Atrapada por su voluntad me condujo hacia la entrada con el ceño fruncido y andar pensativo. Cruzar, sentía que eso era lo que había hecho aquella noche, atravesar la línea hacia el lado oscuro, dejar a un lado mi moral, mis creencias, todo lo que defendía por poseer el lienzo que llevaba bajo el brazo.

—¿Qué crees que hago, Nela? Nunca admitiré nada, no por ti, sino por quien te pregunte en el futuro.

—¡Es una barbaridad, el arte debe ser expuesto en museos, forma parte de la historia, no de unos pocos privilegiados! —grité con el lienzo como escudo, resistiéndome a la persona en que me estaba convirtiendo.

—Curioso, viniendo de alguien que acaba de arriesgar su vida y la mía por un cuadro que podía haber entregado a la policía y que, sin embargo, se ha llevado bajo el brazo por toda Praga. Si crees con tanta seguridad que lo he robado, ¿por qué no lo has entregado? Habrías acabado con esto, regresarías a casa y yo habría ido a la cárcel. Trabajo terminado.

Sé que lo miraba cabreada, pero Soren tenía razón; ¿por qué había corrido como una delincuente? Simplemente, debí haber levantado las manos y haberles dado el cuadro, pero el Monet era mío, pensé encabezada. «No, Nela, el cuadro no es tuyo. Es de Soren, que lo ha robado o lo ha comprado en el mercado negro. Sea como sea, no es tuyo».

—Vamos al hotel, Nela, tenemos que recoger todo, borrar nuestras huellas en Praga y volver a Waldhaus. No es seguro quedarnos aquí.

—¿Por Andrea? ¿Les dirá que estuvimos allí con un cuadro? ¿La han cogido?

Soren se giró mientras atravesábamos las puertas del hotel y se detuvo irritado.

—Nela, aún no eres consciente del poder que tengo, ¿verdad? Andrea dejaría que la torturaran hasta la muerte y no pronunciaría nuestros nombres jamás.

Sonreí con la cabeza baja mientras ajustaba el cuadro a mi torso para llevarlo. Soren no era tan diferente a su hermano Jürgen, la prepotencia se le escapaba por cada poro de la piel.

—Bueno, ¿lo has visto? Tenía razón —contesté para que no creyera que me dejaba impresionar por él y su fanfarronería.

—¿Qué...?

—Yo tenía razón, Soren. El artista pintó una mujer en la orilla. Creo que era su amante. ¿No te das cuenta? No quiso compartirla con su amigo, que la expusiera otro pintor, por eso la eliminó de la composición.

Oí su bufido y después su carcajada mientras los guardaespaldas nos seguían por el interior del hotel hacia los ascensores. Menos mal que nos íbamos, no tendría que salir a comprar ropa interior.

## Soren

Nela se estaba durmiendo. Me sentía culpable por haberla llevado a Praga y hacer que corriera riesgos innecesarios. Eso era yo, la policía, huir, extorsionar, mentir y más si era necesario. La vi decepcionada, no sé si por ver al fin mi verdadera naturaleza. En el coche hasta el aeropuerto privado ella había mirado a través de los cristales la ciudad, quizá algún día la traería para que conociera la vieja biblioteca del castillo y caminara por los suelos empedrados de la ciudadela como una reina. Quizás incluso podríamos venir en verano y alquilar un pequeño barco, navegar juntos... Me levanté desoyendo la advertencia de despegue para que me abrochara el cinturón y toqué con los brazos estirados el techo del avión mientras la observaba dormida. ¡Mierda! ¿Qué estaba haciendo esa chica conmigo? Yo era como el pintor, no quería compartir a Nela con nadie y por ello la había llevado hasta allí. Había cometido una gran imprudencia, podría haber resultado herida.

La preocupación que sentí al perderla entre la gente me volvió loco e irracional. Esas horas sin saber nada de Nela, perdida en las calles desiertas de una ciudad desconocida para ella, hicieron que supiera lo importante que se estaba volviendo para mí y, por primera vez en años, sentí miedo, como cuando era un niño y mi padre levantaba la mano para castigar a Jürgen o a Meike y me sentía impotente ante su fuerza de adulto.

Cada vez confiaba más en ella, cada vez se acercaba más. Nela debía acabar su trabajo y marcharse de mi casa antes de que me volviera loco o ella acabara en mi mundo.

## Manuela

Soren volvía a estar taciturno. Ni siquiera fui a dejar el cuadro al estudio, lo llevé conmigo a mi habitación y me encerré con llave sabiendo que el sueño me vencería en pocos minutos y que su rostro sería el último pensamiento que tendría antes de cerrar los ojos.

Desperté con la luz de la tarde entrando a través de los ventanales y suspiré, contenta ante la familiaridad de mi habitación en Waldhaus. Frente a mí, con una mirada divertida en su rostro, estaba él.

—¿Qué haces aquí, Soren? —dije al recordar que había cerrado la puerta—. ¿Has entrado con tu llave? Estoy segura de que cerré.

Se apartó con los dedos el pelo y se inclinó con mirada pícaro.

—Lo habrás soñado, has dormido profundo —afirmó señalando el pequeño redondel que quedaba en las sábanas, justo al lado de mi boca.

—¡Oh! ¡No deberías hacer que lo has visto! —grité y lo intenté apartar con la almohada, pero él me sujetó los brazos y la tiró hacia atrás sin preocuparse adónde iba a parar. ¿Dónde quedaba nuestro acuerdo? Solo trabajo.

—Nela, ayer me sorprendiste. Correr perseguida por la policía, ocultar un lienzo que podría ser robado... —comenzó a decir mientras tiraba de las sábanas hacia abajo.

Le dejé hacer mientras me fijaba en que no llevaba la misma ropa, una camiseta negra le marcaba los brazos y la cintura. La tenía suelta sobre unos vaqueros azules.

Soren olía a jabón y a loción de afeitar y no pude evitar pasar la mano por su mandíbula suave y recién afeitada. Cada vez que lo tocaba, sentía una corriente recorrer los poros de mi piel. Aún tenía el rostro amoratado en la mandíbula y el pómulos, parecía un ángel con el atractivo de un demonio. Alejé la cara de mi caricia y sus labios rozaron los míos, con la respiración calentando la sensible piel y sus ojos haciéndome frente, retándome a que me resistiera a besarlos.

—Creí que no me querías en tu vida, solo trabajo. —No iba a dejar que me distrajera, quería respuestas. ¿A qué venía este cambio de actitud?—. Soy solo tu ayudante, ¿recuerdas?

—Nela —pronunció mientras sus labios pegados a los míos me acariciaban—. ¿Por qué ocultabas esto en el bolsillo de tus pantalones? —preguntó sosteniendo la impresión de la mujer del cuadro, la que recogí del laboratorio de Andrea y escondí antes de salir.

—¡Devuélvemela! —grité mientras intentaba cogerla.

Soren me agarró las muñecas para evitar que se la arrebatará y se separó de mí como si quemara.

—Nela, cuéntame por qué es tan importante lo que Monet pintó para que te detuvieras a recogerlo sin saber el peligro al que nos enfrentábamos.

Se alejó y desde allí, casi a un metro de distancia de mí para que no lo tocara, Soren me miraba con desconfianza. Sus ojos grises escrutaban mi rostro en busca de un porqué.

—No sé quién es la mujer —mentí.

Había atravesado la frontera del mundo de Soren y, si ahora él sabía el inmenso valor del cuadro jamás dejaría que lo sacara de Waldhaus. ¿Quién sería el loco que dejaría escapar una obra única sin venderla por una suma incalculable, por nada más que una exposición? Soren no, traficaba con arte y no dejaría escapar semejante oportunidad.

—Conoces todo sobre el pintor y sus cuadros. Confía en mí, Nela. Dime qué has descubierto.

Su mirada desgarró mi alma, y no pude evitarlo, me acerqué a él despacio. Soren se quedó quieto, levantó la mirada y pude ver por un momento lo mucho que le aterraba que estuviera tan cerca y libre para tocarlo. Estuve a punto de levantar las manos con todo el amor que sentía por Soren, atraerlo hacia mi cuerpo y exponerlo de forma brusca a sus miedos. ¿Podía vivir sin su contacto? Necesitaba sentirlo en toda su extensión, necesitaba confundirme con su piel. Aún recordaba sus palabras en el coche a mi llegada: «Suéltame, Nela, o te haré daño». Por alguna extraña razón, no le creí entonces y tampoco ahora. «No te soltaré, Soren, no caerás sin mí en el vacío que te tiene atrapado». Este era el momento, elegir entre el cuadro o él, cambiar información por sentir el tacto de su piel. Con cuidado, llevé las manos hasta su pelo y lo acaricié, y él agachó la cabeza despacio hasta que nuestros ojos quedaron a la par. Después del cuello, lentamente acaricié sus hombros hasta que la rigidez de sus miembros se fue.

—¿Confías tú en mí, Soren?

—Nela, no puedo... —contestó intuyendo lo que de verdad pretendía.

## Soren

Algo en el pecho oprimía mis pulmones, una sensación de asfixia incontrolable como hacía años que no sentía. Poco a poco, la falta de aire comenzó a aturdirme y sentí la necesidad de gritar. Necesitaba empujar a Nela contra las sábanas con brusquedad, inmovilizarla hasta que la ira desapareciera, pero sus ojos me lo impidieron, el azul cristalino de su mirada y la inocencia de su rostro. No permitía que nadie me tocara sin permiso y esa mujer intentaba por todos los medios meterse bajo mi piel. Rendido a su mirada me dejé llevar por esas primeras veces que Nela me arrancaba, y suspiré con fuerza.

—Es una historia de amor, Soren, como solo la vida puede hacer real —comenzó a decir Nela. Poco a poco, centímetro a centímetro, las yemas de sus dedos recorrieron mi cuerpo despacio, como si solo me rozara con suavidad la línea del cuello. No era tonto, Nela iba a intercambiar su historia a cambio de vencer mis demonios y, aun así, permanecí quieto—. Monet se enamoró joven, de Camille, la modelo de sus cuadros y de los de su amigo Renoir. Se casó con ella en contra de todos, renunció a su familia y su dinero por amor...

Sentí sus labios acariciar los míos mientras sus manos se deslizaban por mi rostro, donde en el pasado solo había sentido golpes y rabia.

—... la pintó una y otra vez, en sus mejores obras, pero un día Camille enfermó y en poco tiempo murió, dejándolo sumido en la tristeza. Sus paisajes se oscurecieron y su trazo se difuminó mucho tiempo.

Abrí los ojos, que de manera involuntaria había cerrado, y encontré la mirada de Nela llena de lágrimas sin saber si era por la historia o porque por fin podía tenerme entre sus manos, acariciándome.

—... y Monet volvió a casarse al cabo de los años, y volvió a llenar de color sus paisajes, a viajar para captar el mar y nuevas ciudades. Pero, como en todas las historias solo hay un amor único y verdadero, el pintor siempre guardó el recuerdo de Camille...

Los brazos de Nela me envolvieron, su cuerpo contra el mío, sentados en la cama, y una vez que sentí cómo se aferraba a mi cuello, expulsé todo el aire que retenía en los pulmones. Nada había pasado y a la vez el mundo que conocía se vino abajo.

—Su nueva mujer, Alice, odiaba encontrar en cada rincón de la casa la mirada de Camille, y destruyó todos los cuadros en que ella aparecía... intentó borrar su existencia de la vida del pintor.

La barbilla de Nela acabó descansando sobre el hueco de mi clavícula, sin soltarse, y las fuerzas volvieron a mi cuerpo enterrando el miedo.

—Y por eso es tan importante la mujer que oculta *La bahía*, porque no quedan retratos de Camille de mano del propio pintor, solo de sus colegas... —continué al controlar el tono de mi voz ante Nela.

Con suavidad me separé de ella, atónito por lo que había pasado entre nosotros. ¿Cómo esa chiquilla había roto mis defensas con una simple historia? Sin decir una sola palabra, la empujé contra las sábanas y salí de la habitación, pensativo, enfadado y, sobre todo, aterrado.

## Manuela

En mitad de la noche me había sentido envuelta por el brazo de Soren después de horas sin saber de él. Desperté con temor. ¿Cuál sería su ánimo después de casi obligarlo a dejar que lo tocara? Me incorporé para mirarlo a los ojos y suspiré aliviada al ver en su boca una sonrisa y, desconcertada, sonreí también.

—¡Arriba, Nela, es muy tarde! —me ordenó mientras se levantaba de la cama, como si horas antes no hubiera visto el terror en sus ojos.

Lo vi ir al baño y entrar en la ducha, esperé paciente hasta que salió y se envolvió con una toalla la cintura. Se detuvo ante el espejo un instante y se peinó con los dedos. En esos momentos era una espía de sus actos cotidianos, y me gustó, una especie de familiaridad que me conmovía. Soren me miró a través del cristal y salió para vestirse. Deslizó la camiseta por sus músculos y se subió los pantalones. Se sentó en la butaca frente a la ventana y se puso sus botas de montaña. ¿Qué hacía conmigo? Embelesada, lo miraba como si fuera un antiguo dios de Roma y no un hombre atándose los cordones. Soren hacía de cada movimiento de su cuerpo una sinfonía de sensualidad.

—¿Bajas a desayunar o prefieres que Helga te suba algo de comer? —preguntó sacándome de mi atontamiento. Su voz era fría y distante, pero sus ojos albergaban un brillo diferente.

—No, no. Ni hablar, bajo ahora mismo —contesté ya en movimiento.

No me había vuelto tan burguesa como para hacer subir a Helga con una bandeja llena de comida porque sí. Soren, ya vestido, fue hasta la puerta y volvió sobre sus pasos, se inclinó sobre mí y sentí sus labios con un leve roce antes de salir.

—Ponte ropa cómoda, salimos en cuanto estés lista.

—Espera. ¿Adónde vamos?

Intenté retenerlo un poco más agarrando el cuello de su camiseta y Soren me esquivó con una carcajada. Sentada en la cama, vi cómo se alejaba hacia la puerta. Sonrió moviendo la cabeza.

—Voy a llevarte a ver ese maldito castillo, Neuchwanstein, pero te advierto de que el exterior es mucho mejor que lo que hay dentro. Supongo que te gustará, está lleno de historias tan tristes como esas que te gustan de pintores bucólicos y damas enfermas.

—Nunca dejarás que me lleve el cuadro a mi museo, ¿verdad?

El rostro de Soren se tornó oscuro e impasible y su mirada gris me congeló.

—Ahora vale más, Nela, y tú lo has cambiado por unas cuantas caricias...

Soren seguía siendo el mismo, frío, calculador e interesado. Desapareció y caí de nuevo sobre la cama con los brazos abiertos, haciendo un ángel sobre las sábanas. Me importaba una mierda si aquello era temporal, si Soren me echaba de Waldhaus cuando terminara el cuadro, si tenía que volver a mi vida en Madrid. ¿Qué era si no el amor? Querer, sin esperar nada a cambio.

—¡Ey, Nela!

Jürgen sonrió al verme bajar la escalinata, se acercó como un caballero y me ofreció la mano para descender los dos últimos escalones. Dejó atrás a un Soren con el ceño fruncido y las manos en los bolsillos. Jürgen me abrazó como si no me hubiera visto en años. La mirada de Soren sobre nosotros me incomodó. ¿Sentía celos?

—Me alegro de verte, Jürgen. ¿Cuándo has vuelto?

Sonreí, separándome azorada, y recibí un guiño de sus ojos. Era un granuja, lo hacía a propósito y funcionó, porque Soren se acercó y le empujó lejos de mí como si fuera un juego.

—Deja a Nela —ordenó mientras su brazo se colocaba por encima de mis hombros.

—¡Ya estáis discutiendo!

Meike apareció, seguida de su sombra. Mirko cruzó los brazos y se mantuvo al margen, detrás de ella.

—¿No podéis comportaros como adultos? —los regañó—. ¿Qué tal la excursión? —dijo Meike mientras me guiñaba un ojo y abría los ojos sorprendida al ver el brazo de su hermano sobre mis hombros.

—Intensa —afirmé con los ojos entornados—. ¿Nos acompañáis? Vamos al castillo de Neuschwanstein.

—No —contestó Soren por ellos.

—Sí —afirmaron los otros dos hermanos.

## Nela

La pequeña carretera que rodeaba el lago era estrecha, pero Jürgen afirmaba que por ella nos ahorrábamos al menos cinco kilómetros y tenía mejores vistas. Los turistas nunca utilizaban esa vía secundaria, casi un camino, porque tenían la principal, que llevaba al castillo. Fuera de la propiedad de Soren divisé unos cuantos embarcaderos con pequeñas lanchas y puestos de pesca, ahora desiertos y rodeados por una capa de nieve. El frío era intenso e incluso con la calefacción a tope del todoterreno sentí escalofríos. Desde atrás cruzaba la mirada con Soren a través del retrovisor, ya que conducía él. Mirko iba sentado en el asiento del copiloto. Soren permanecía serio mientras oía a sus hermanos, uno a cada lado junto a mí, hablando sin parar. Lo miré intensamente y encogí los hombros a modo de disculpa, yo no tenía la culpa de aquella excursión familiar improvisada. No creo que fuera habitual que todos se juntaran de aquella forma fuera de Waldhaus. ¿Qué pretendía Soren cumpliendo mis deseos de ver el castillo? ¿Distraerme de la idea de llevarme el cuadro?

—Nela, en verano podríamos bañarnos en el lago, el agua está helada y solo puedes entrar y salir, pero...

—Meike, estamos en los Alpes —afirmó Jürgen riéndose—. Seguro que en Rusia ibas a la playa todos los días con tu maridito...

Mirko se giró hacia Jürgen y este dejó de reír al momento, intimidado por su ceño fruncido; sus ojos negros advirtieron a todos que nadie debía molestar a Meike, y menos reírse de ella.

—No estaré aquí en verano, Meike.

Según pronuncié esas palabras, los ojos de Soren y los míos coincidieron a través del cristal y él apartó por primera vez la vista, como si estuviera concentrado en conducir.

—Oh, claro, Nela, lo siento. A veces pienso que llevas aquí desde siempre —aseguró Meike mientras me cogía la mano entre las suyas—. Mira, ¿ves aquel puente? El puente de María, desde allí se sacan las mejores fotografías del Cisne Blanco.

—¿El Cisne Blanco?

—Es lo que significa Neuschwanstein. Lo sé, es más bonito en español, más... romántico... —afirmó Meike mientras su mirada se deslizaba hasta la espalda de Mirko.

Bajamos a pocos metros de la entrada al castillo donde los coches no podían acceder, y ascendimos la rampa guiados por Soren y seguidos por Mirko. Al llegar arriba, los guardas nos dejaron pasar, saludando a Soren con respeto. Pasamos junto a grupos de turistas a los que los primeros copos de nieve les pillaron de improviso con sus cámaras preparadas. ¿Cómo podía decir Soren que el interior me defraudaría? Los muros del patio se parecían de manera increíble a Waldhaus, con ventanas ojivales y contrafuertes. Al fondo, la fachada del palacio parecía iluminada por los dos tejados dorados de las torres, coronadas en forma de puntiagudos tejados. Parecía sacado de un cuento de hadas al brillar bajo las nubes grises. Los balcones de formas

neogóticas destacaban con sus galerías de ventanales cargadas de detalles. Más que hermoso, el castillo era evocador, quizá demasiado recargado, pues intentaba contener entre sus murallas toda la época medieval y lo que esperarías encontrar en ella.

Meike, a mi lado, sonreía al ver mis expresiones ante cada nuevo descubrimiento. Miró alrededor para ver si sus hermanos nos seguían y me detuvo frente a una escena de la famosa leyenda de dos enamorados que no acabaron muy bien, Tristán e Isolda.

—Nela, no he querido preguntarlo delante de mi hermano. ¿Te quedarás cuando acabemos el trabajo, al menos hasta primavera?

Sus ojos, iguales a los de Soren, se clavaron en mí con cierta dureza.

—No lo sé, Meike. Creo que me gustaría, ni siquiera he pensado en cuando llegue el momento de irme. —Vacilé e inspiré hondo—. Tu hermano es... todo es difícil a su lado. A veces es frío, otras vulnerable y tierno; he intentado hablar con él, pero lo evita. ¿Crees que seré capaz de atravesar todo ese dolor que siente? ¿Que confiará en mí algún día?

—Lo importante es si lo crees tú, Nela —contestó con la mirada fija en las pinturas.

—Con todas mis fuerzas.

Meike se giró con la ceja arqueada, como si en realidad hubiera esperado que me rindiera ante el imposible de su hermano mayor.

—¡Pues adelante, Nela! ¿Qué sé yo del amor y las relaciones? Nadie sabe nada, en realidad. Has llegado más lejos que cualquiera, Soren no solo permite que lo toques, sino que busca el contacto contigo. Nunca lo había visto así con nadie... No pierdas la esperanza con él, por favor —suplicó con sinceridad.

—No la pierdo, Meike, pero es mejor que pensemos que, tal vez, no esté mucho más tiempo en Waldhaus.

Vi a Mirko sonreír a espaldas de ella, escéptico, con esa mirada mordaz que, sin saber por qué, había enamorado a Meike. Al ver que lo había pillado escuchando, se fue en silencio hacia el exterior.

## Soren

No dudé que Nela iba a disfrutar de la excursión al castillo. No tenía ni idea de por qué había decidido llevarla hasta allí, como cada maldita cosa que hacía por ella, pero sí estaba seguro de que no había invitado a nadie a venir con nosotros. Necesitaba que volviera a abrazarme sin reservas, sentir que Nela había destruido la jodida barrera que llevaba tanto tiempo ahogándome, saber si su forma de acabar con mis miedos funcionaba fuera de Waldhaus, funcionaría en cualquier situación y lugar.

Disfruté desde lejos su rostro al ver la Sala del Trono, el delirio de un rey loco que creía ser divino, pero como supuse le gustó mucho más la Sala de los Cantores y sus leyendas inspiradas en las óperas de Wagner. Observé a Nela caminar con Meike y las caras de los turistas, que no entendían por qué aquellas mujeres podían andar a su antojo mientras ellos iban tras un guía, yo no tenía la culpa, pequeños privilegios de ser el puto amo de ese rincón del mundo. En pequeños altavoces sonaba la música del compositor favorito del emperador Guillermo y su célebre ópera *Tristán e Isolda*, en la cual se inspiraba la decoración de algunos frescos. El día nublado no mitigaba la cantidad de colores de los interiores recargados, los paneles bordados en oro y las lámparas bajas. Hacía años que ningún Müller paseaba por el castillo y noté que habían añadido algunas mejoras y se habían restaurado gran número de paneles, tarea difícil en aquel castillo, ya que, en todas las habitaciones, cada rincón estaba lleno de detalles. Observé cómo Nela y mi hermana ascendían al piso superior con una de las guías que se prestó a enseñárselo. Jürgen y yo las dejamos seguir con la visita para salir al patio con una complicidad que ya creíamos olvidada. Como cuando éramos niños y el abuelo nos enseñaba el lugar donde los soldados habían escondido los cuadros que él descubrió por azar junto a uno de los guardas del castillo. Tras la derrota de los ejércitos alemanes, el castillo quedó desierto y nuestro abuelo lo saqueó entero. Media Europa estaba arruinada por la guerra y los Müller, que no apoyaron el nuevo régimen nazi, no fueron la excepción. Jürgen y yo bajamos las escaleras y fuimos hasta la escalinata paralela que parecía no llevar a ningún sitio. Ambos nos miramos con una sonrisa al subir los escalones de piedra hasta el muro sin salida y ver que habían tapado la entrada a los sótanos con piedras similares al resto de la fachada. Durante años había permanecido abierta hacia el fondo oscuro, un sótano de enormes dimensiones del cual el abuelo y nuestro padre sacaron con discreción la mayoría de las obras que habían pagado las reformas de Waldhaus y las deudas de nuestra familia. Obras de arte moderno, que se destruirían, y clásicas, los cuadros perdidos, los llamaban los expertos en arte, un conjunto de obras requisadas por los nazis a los judíos, el ejército alemán solo esperaba a que acabara la guerra para llevarlas a Berlín, ya fuera a sus museos o quemarlas en la Königsplatz, al igual que millones de libros que ellos consideraban aberrantes. La vergüenza de lo que ocurrió en aquella horrible guerra aún se escondía por muchos rincones de nuestra tierra, y tardaría siglos en desaparecer. Al menos, se pudieron salvar algunas obras de arte que no

fueron quemadas en la locura de un régimen que no admitía el arte moderno. Así comenzó nuestro negocio, nuestras primeras obras de arte que, por supuesto, no entregamos a las autoridades, sino que fueron vendidas en el mercado negro, el principio del imperio Müller.

Con un suspiro de fastidio, pensé que Nela moriría por ver lo que Waldhaus escondía entre sus pilares.

## Manuela

Meike y yo salimos al exterior, sin rastro de los demás. Mirko nos aguardaba apoyado en uno de los muros con paciencia. Una preciosa estampa invernal nos esperaba, gruesos copos de nieve caían a nuestro alrededor, sobre nuestro rostro y nuestra ropa. Se difuminaban sobre mi abrigo negro al contacto con la tela mientras extendía las manos para capturarlos. Como una niña, miré a Meike alucinada porque nunca creí que los copos de nieve pudieran ser tan grandes y perfectos.

—Vamos, Nela, debemos volver antes de que la carretera se bloquee.

La hermana de Soren sonrió mientras volvíamos al todoterreno. Al atravesar la puerta de entrada del castillo, una bola de nieve impactó contra Mirko, que no la había visto venir. Le dio en el brazo y se giró como un resorte mientras llevaba su mano hacia la pistola que siempre llevaba a la cintura.

—¡Te hemos pillado, Mirko!

La voz de Jürgen hizo que el guardaespaldas se relajara y reímos al ver la cara de cabreo de Mirko. En ese momento se inició el fuego cruzado de los dos hermanos Müller en mitad de una guerra de bolas de nieve. Fruncí el ceño, Soren estaba acribillando a su hermano sin clemencia.

—¡Parecéis dos críos! —gritó Meike regañándolos.

En un momento, se agachó e hizo con una rapidez pasmosa una bola de nieve mientras se reía a carcajadas. El proyectil pilló despistado a Soren, dándole en el hombro.

—¡Ah, no! —grité demasiado tarde, cuando una bola impactó en mi pecho.

De repente, me vi corriendo hacia el coche con Meike mientras no parábamos de arrojar nieve y recibir impactos. Comenzó a nevar con más fuerza, y apenas veíamos a unos metros de distancia, lo que hizo la guerra de bolas más divertida mientras un grupo de turistas mayores nos miraban sonrientes. Soren rodeó el coche a la carrera y se deslizó a mi lado, yo estaba acuclillada y casi me hizo caer hacia atrás.

—Te has pasado a nuestro bando, ¿eh? —susurré cuando noté su cuerpo tan cerca del mío que sentí el calor que desprendía.

Soren apenas llevaba una parka fina y me pregunté si jamás tenía frío. Sus ojos grises me miraron alegres. Nunca lo había visto tan relajado, la sonrisa se le escapaba mientras los copos caían entre los dos. Noté cómo uno de ellos me caía sobre las pestañas y Soren soltó la nieve de las manos para subirme la capucha.

—Estás preciosa, española —susurró mientras acercaba su rostro sonrojado al mío.

—Soren, yo...

Un proyectil impactó en mi espalda e impidió que le hablara antes de decir algo de lo cual después me arrepentiría, pero era tan difícil sentir algo tan grande por alguien y no poder decírselo con palabras... Se lo conté con los ojos y la respiración entrecortada. Por un momento, solo un segundo, pareció que Soren me comprendía e iba a decir algo cuando oímos la carcajada

de Jürgen a nuestro lado. Con resignación, Soren me ayudó a levantarme mientras Meike daba por finalizada la batalla, alentada por Mirko. Se avecinaba una tormenta de nieve.

—La próxima vez, se quedan en casa —susurró Soren para que solo yo lo oyera.

—A ser posible, con Jürgen encerrado en el sótano.

No sé qué dije, pero Soren soltó una carcajada antes de abrir la puerta del coche para que entrara.

Esta vez condujo Mirko de vuelta a Waldhaus mientras la nieve nos rodeaba, cayendo con insistencia. Quedaba menos de una semana para las fiestas, ese año sería mi primera Navidad blanca. Me pregunté si los Müller recibirían visitas o saldrían fuera, no me apetecía quedarme sola en la casa. No me gustaba esa época del año en la que me sentía sin lugar propio al que ir. Todos los años, Alice y su padre me obligaban a acompañarlos a Londres para no pasar las fiestas sola. En su casa, un sinfín de familiares estirados deambulaban a todas horas. Siempre me había sentido cohibida sin poder disfrutar del ambiente festivo; ese año tenía la excusa perfecta: quedarme en Waldhaus, si Soren me lo permitía.

Sentí su mirada desde el asiento delantero y sonreí. Soren fruncía el ceño, pensativo, mientras me observaba. Estaba a punto de preguntarle por qué me miraba así cuando el coche dio un bandazo hacia la derecha. Por fortuna, Meike y yo llevábamos el cinturón y solo nos inclinamos con el fuerte golpe sin salir despedidas. El coche estaba inclinado en la cuneta junto a los altos pinos y, de repente, todos empezaron a dar órdenes a voces en alemán.

—¡Jürgen! —gritó Soren mientras comprobaba que estábamos bien.

—Bien —contestó su hermano.

—Mirko, ¿qué...?

Las palabras se ahogaron en mi boca cuando Soren y él se agacharon en los asientos y sacaron dos rifles. Le pasaron a Jürgen casi al vuelo una pistola.

—¡A la de tres, Meike! ¡Y ni se te ocurra separarte de Nela! —gritó Soren en inglés. Me miró por última vez con una advertencia en los ojos, no sé si para que obedeciera o para que me mantuviera a salvo.

Los tres hombres abrieron la puerta a la vez y Jürgen tiró de mi mano; Meike me siguió, agazapada. Entonces, comenzaron los disparos. ¡Joder! Ahora sí que agachaba la cabeza. Nunca había oído un disparo.

—¡Deprisa! —ordenaba Jürgen mientras corríamos hacia los árboles.

Me giré en redondo para localizar a Soren; se había quitado la chaqueta y permanecía agazapado tras la rueda delantera del coche, con el rifle apostado en el lateral del guardabarros. Después de unas breves señas de Mirko, se adelantó un poco. ¿Y si lo herían?

Desde el otro lado de la carretera, cortada por dos todoterrenos, comenzaron a disparar.

—Nela, ¡no te pares, por favor!

Jürgen agarró mi brazo, obligándome a refugiarme tras un árbol.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Por qué nos disparan?

—Debían vigilar Waldhaus y, en cuanto salimos, nos prepararon una emboscada. ¡Mierda!

Meike miró a su hermano mientras caía de rodillas en la nieve, parecía derrotada y muy cansada. Los ojos verde esmeralda de Jürgen se clavaron en ella, decepcionados, y supe por las lágrimas de Meike que el que disparaba eran su marido, Andréi, y sus hombres.

—Andréi no me hará daño, pero sus hombres pueden herir a Soren y a Mirko.

—Ni de broma, Meike. Ya oíste a Soren. Esta vez no, no irás con él. Si hace falta, yo mismo te dispararé, pero no volverás a esa mierda.

Los disparos se habían espaciado. Probablemente, los otros hombres se movían al ver que no conseguían alcanzar a Soren y su guardaespaldas, y Jürgen vigilaba alrededor, atento, para protegernos.

—¿Qué vamos a hacer, Jürgen? —pregunté tiritando por la nieve que nos empapaba, a la vez que levantaba la mirada para asegurarme de que Soren seguía bien.

—Soren ha llamado a los refuerzos en la casa, no tardarán en llegar. Andréi debió pensar que nos pillaría desprevenidos y sin armas —asintió, mientras comprobaba las balas de su cargador.

Nunca había estado tan cerca de una pistola, ni siquiera había visto el cañón de un arma así antes. Los guardias de la casa siempre las mantenían escondidas o colgadas del hombro como si fueran un adorno que yo al principio miraba con curiosidad, pero luego se convirtieron en algo tan cotidiano que dejé de preguntarme por qué las llevaban, manteniéndome ignorante del peligro que corríamos.

Meike, aún de rodillas a mi lado, se agazapó. Nuestras miradas se cruzaron, ajenas a Jürgen. Parecía increíble que tan solo media hora antes riéramos como niños mientras nos arrojábamos bolas de nieve y ahora estuviéramos esperando que nos dispararan.

—¡Andréi! —gritó Soren, rompiendo el silencio que se había impuesto unos segundos antes.

Meike se enderezó al oír el nombre de su marido en labios de Soren.

—Soren, deja que Meike venga sola hacia aquí y olvidaremos esto —respondió una voz con fuerte acento ruso que supuse sería la del marido de Meike por cómo ella se llevó las manos a la boca.

—¡Jodido capullo! —gritó Jürgen.

Soren lo miró en la distancia y, con un gesto, le ordenó callar.

—Tenemos a los hermanos Müller al completo. ¡Meike! Ven conmigo. ¿No querrás que dispare por accidente a uno de tus hermanos?

A mi lado, Meike bajó la mirada. Tenía el pelo rubio empapado por la nieve. Negó con la cabeza una vez más hecha un ovillo; a pesar de su altura, parecía muy pequeña, plegada sobre sí misma en cuclillas. Un disparo se escuchó al impactar contra la carrocería de nuestro coche a modo de advertencia.

—Tranquila —le dije—. Los refuerzos no tardarán.

Oí el susurro de su abrigo antes de poder impedirlo. Con el pie flexionado, se levantó como si se tratara de una corredora olímpica. Salió corriendo y Jürgen cayó al suelo al tratar de impedirselo. Eché a correr tras ella mientras sonaban algunos disparos, con toda seguridad para que los hermanos y Mirko no se movieran.

—¡Nela!

Ni siquiera la voz de Soren me detuvo y fui tras ella sin poder alcanzarla. Mirko, arriesgándose a que le dispararan, cayó sobre Meike y ambos rodaron delante de mí.

—Ya está. ¿Ves, Meike, qué fácil es cuando colaboras?

Paré en seco. Un hombre completamente vestido de negro apuntaba a Soren a la cabeza y le ordenó que se pusiera de rodillas mientras otros hacían lo mismo con Jürgen.

Otros tres hombres nos encañonaban por delante a Mirko, a Meike y a mí con pistolas. El más alto de los tres se quitó el verdugo y sonrió. Se agachó frente a Meike y la cogió de la barbilla. Tenía el pelo negro corto y los ojos azules, fríos y rasgados. Quizás era el hombre más guapo que había visto en mi vida, podría pasar por un modelo de revista si no fuera por su expresión de asesino.

—Ya vale, Andréi, vas a herir a alguien —lo regañó Meike, apartándose de su mano. Se

levantó como una reina, casi tan alta como su marido—. Diles que guarden las pistolas.

Mirko intentó levantarse y el hombre que lo vigilaba lo empujó hacia atrás con el arma.

—¡No irá contigo! Te juro que esta vez te desollaré vivo —gritó Soren.

Andréi se rio y cogió a su mujer del brazo.

—No puedo entretenerme contigo, Soren, habrás llamado a tus hombres. —Arrastró a Meike con él hasta donde estaba Soren y, sin mediar palabra, le asestó un golpe en la cara con la rodilla—. ¡Joder, te lo debía de la última vez!

Así que eso era lo que le había pasado cuando Soren llegó de su primer viaje: venía de salvar a Meike de su marido.

—¡Deja a mi hermano! —gritó Meike.

Se soltó del agarre de Andréi y lo empujó hacia atrás. Andréi levantó la mano para abofetearla y Mirko, aun a riesgo de que le dispararan, cayó sobre el ruso. Sus hombres tuvieron que apartar al guardaespaldas mientras le asestaba unos cuantos puñetazos en la mandíbula.

—¡Voy a matarte de una vez por todas!

Meike se interpuso entre su marido y Mirko. Me costaba horrores seguir la conversación, hablaban en inglés y demasiado rápido. Soren no apartaba la vista de mí, preocupado.

—¡Y una mierda, Andréi! —gritó enfadada—. Se acabó, no quiero volver. Cada vez que venías a buscarme volvía contigo como un perro adiestrado, pero ya no, eso se acabó, ¿me oyes?

—¿Qué dices, Meike? Eres mi mujer, me perteneces.

—No, Andréi. No te he pertenecido nunca, solo te amaba con todo mi corazón...

Andréi apartó la pistola y la miró ceñudo.

—No sabes lo que dices, tus hermanos te han lavado el cerebro.

—Mírame, Andréi. Estoy mejor que nunca, lúcida y feliz. ¿Cuánto hace que no me veas así? Si alguna vez me has querido, déjame con ellos, déjame volver a mi casa —suplicó mientras abría los brazos—. Andréi, he vuelto a pintar...

El ruso la miró sorprendido, quizá reconociendo en su mujer a la adolescente de la que un día se enamoró. Su mirada pasó a Mirko, que aún forcejeaba con los hombres que lo sujetaban, y entornó los ojos.

—Esto acabará con alguien muerto, debe parar ya, Andréi. Por favor, no quiero volver.

Si sospechaba que Meike estaba enamorada de ese otro ruso que la protegía a riesgo de que le pegaran un tiro, Andréi no dijo nada. Para mí era más que evidente lo que pasaba entre Mirko y ella y cómo se miraban. En la distancia se oyeron los coches acercándose, los refuerzos habían llegado y Andréi se vio obligado a rendirse ante la evidencia de que, en breve, estaría rodeado.

Andréi se acercó al rostro de Meike y la besó en la mejilla, antes de aferrar sus brazos para empujarla con él. Ahogué un gemido cuando vi que Meike sostenía entre su cuerpo y el de su marido un arma. Temblé al pensar que Meike iba a disparar. El rostro de Soren parecía animar a que lo hiciera de una vez por todas y acabar con el ruso.

Solo unas palabras en ruso que no comprendí de Meike cambiaron el semblante de Andréi.

—¡Todos fuera! —gritó el ruso a sus hombres—. Meike, te encontraré estés donde estés, a ti y a tus hermanos. Aprovecha la última oportunidad que te doy y vuelve tú sola a nuestro hogar —gritó con rabia.

Meike miró cómo se daba la vuelta con sus hombres y cayó de rodillas al suelo nevado mientras lloraba como una niña. Mirko se acercó, le quitó la pistola de las manos, la misma que él le había entregado hacía semanas. La hizo levantarse. La refugió entre sus brazos mientras Soren y Jürgen los miraban atónitos.

—¿Tú lo sabías? —la pregunta de Soren sobre mi cuello me hizo suspirar con alivio.

—Ni idea —mentí antes de tirarme a sus brazos como una cría.

No sé muy bien cómo llegué al coche arropada por los brazos de Soren, intentando que entrara en calor. Debía de estar en estado de *shock*, el tiroteo, las armas, la angustia en el pecho ante el peligro de que lo hirieran. Los guardias llegaron y, sin saber por qué, Soren apartó al hombre que conducía uno de los coches y, tras meterme dentro, se puso al volante. Dejamos atrás a sus hermanos y a Mirko. Sin ni siquiera abrocharme el cinturón, hizo ruedas sobre la nieve y el vehículo empleó toda su fuerza al acelerar. Ni una mirada mientras yo permanecía aferrada al asiento y las ruedas levantaban una capa blanca a nuestro alrededor.

En un momento llegamos a Waldhaus, Soren no quitó las llaves del contacto y salió. Me miró a través del parabrisas un segundo antes de abrir la puerta y cogermme en brazos. Aún tiritaba cuando Helga, alarmada, se detuvo ante nosotros.

—Ahora no, Helga —ordenó Soren con su voz más grave.

Aturdida en sus brazos, él subió los escalones de dos en dos cargando conmigo como si no pesara nada.

—Soren, ¿qué haces?

—Nunca debí llevarte a Praga ni meterte en aquel lugar. Nela, jamás debiste conocer a Andrea ni estar en mitad de un tiroteo en la nieve. Te he puesto en peligro de todas las formas posibles. ¿Entiendes por qué no puedes estar conmigo?

Intenté que me mirara, pero solo veía su perfil, la sombra de su barba, que comenzaba a crecer. Presentía la tormenta que se avecinaba en el interior de Soren.

—Soren, no soy débil, fui yo quien quiso ir contigo a Praga y lo de hoy...

—¡Lo único que quiero es que acabes y te alejes de mí! ¡Estoy harto de tus tonterías! ¿Qué quieres? ¿Qué diablos esperas de mí? —gritó mientras de una patada abría la puerta de su habitación.

—¡Suéltame! ¿Por qué te comportas así? No iré a ninguna parte, Soren.

Dejó que me deslizara por su cuerpo hasta tocar con los pies el suelo. Soren tenía el rostro descompuesto, pálido, y se llevó las manos a la cabeza echando su pelo hacia atrás como si no supiera qué hacer. Advirtió que aún temblaba y que las gotas se deslizaban por mi rostro, por los vaqueros empapados. Sus ojos al fin encontraron mi mirada y pude por un segundo ver su interior, el hombre que estaba tan asustado porque me hirieran que no sabía cómo afrontarlo.

—Nela. *Meine liebe* —pronunció en un susurro, dejando un beso suave en mi frente, acunadas mis mejillas por sus enormes manos.

No tenía ni idea de qué significaban aquellas palabras, pero me atrajo por la cintura hacia su cuerpo. Cerré los ojos. Sentí su boca chocar con la mía, sus labios sobre los míos. Sus brazos me envolvieron sosteniendo mi cuerpo porque ya no tenía fuerza ni voluntad para resistirme. Anduvimos hacia atrás hasta topa con la mesa, me elevó y sus cosas cayeron al suelo con un estrépito de cristales rotos. Sin pensar, enlacé las piernas alrededor de su cuerpo con fuerza para rozarme con la erección que, a duras penas, Soren contenía en sus pantalones. Con la lengua busqué mi cuello, sus dientes tantearon mi piel sin cerrarse y su lengua lamió mi pulso.

Soren se apartó solo para quitarme las capas de ropa helada e hizo lo mismo con la suya, se quedó enlazado a mí para sentir el calor que emanaba de ambos. Dudé un segundo y me atreví, posé las manos heladas en sus hombros y deslicé las yemas de los dedos por su torso, rodeé sus músculos con veneración, las suaves bandas de su estómago mientras me observaba sin respirar y los nervios marcados en sus brazos por la tensión.

—Ven, Nela —suplicó al quitarme el sujetador y dejar expuestos mis pechos—. Es la única manera de que entres en calor —susurró con voz ronca y la respiración entrecortada.

—Soren —acerté a decir cuando su mano acarició mi pecho y lo agarró con fuerza entre sus dedos.

Con la otra mano, me empujó de la cintura hasta que noté el calor que me inundaba pegada a él. En ese momento en el que su rostro descendió hasta mi pecho, suspiré al ver su cabello contra mi piel, su lengua rodeando mis pechos. Caí hacia atrás empujada por su fuerza para dejarle quitarme los pantalones, que bajaron junto a la ropa interior a nuestros pies. Gemí al ver a Soren en todo su esplendor, con el sexo envarado sobre el estómago. Sin pretenderlo, me mordí el labio de pura lascivia y sus ojos se clavaron en mi boca, tiró de mis labios con un pellizco de los dedos y sentí cómo se hinchaban, excitados.

Agarró mis nalgas sin preámbulos, guio su miembro hasta mi entrada y acometió con una embestida. Supuse que dolería por su tamaño en ese momento, pero no fue así, solo sentí un reguero de placer que me abría con brusquedad para él. Estaba tan excitada que al momento me contraí en torno a su pene y me perdí en un mar de placer. Sucumbí a sus movimientos, me penetró mientras controlaba mis movimientos con sus manos bajo mi trasero. Una y otra vez gemí incoherencias, arqueé el cuerpo para recibirlo y Soren me sostuvo entre sus brazos besándome el cuello. Un momento antes de perderme hizo que lo mirara, levantándose la barbilla hundida en su hombro.

—Me gusta ver tus ojos cuando gritas para mí.

Aquellas palabras arrancaron el placer, deshice cada músculo, hueso y minúscula gota de sangre en mi cerebro y mi cuerpo para sentir a Soren mientras él iba vertiendo toda su furia y miedo en mí.

Cayó sobre mi cuerpo. Los dos estábamos exhaustos y yo, además, dolorida por la carrera en la nieve. Toqué su pelo rubio, cuyo color me maravillaba, y Soren levantó la cabeza. Por un momento pensé que estaba confundido, que aquel rostro ahora tan tierno no se correspondía con el inflexible alemán que era antes conmigo.

—Ya no tengo frío —dije muy bajito, azorada por el placer que Soren despertaba en mí.

Se rio con un suave gemido ronco, provocando que esas finas arrugas alrededor de su boca y sus ojos se acentuaran.

—Te llevaré a la cama solo por si acaso, no quiero que caigas enferma.

Dejé que de nuevo me cargara en brazos, una sensación de protección y posesión que conmovía a la mujer romántica que habitaba en mi interior. Soren se tumbó a mi lado a pesar de ser casi mediodía y nos tapó con las sábanas. No me resistí, me refugié en su piel cálida, rozando cada recoveco de su cuerpo. Busqué a propósito con el rostro el lugar en el que podía oír su corazón y, bajo su palpitar, me quedé dormida al momento.

## Soren

Desperté sobresaltado. ¿Cómo había podido dormirme así en mitad de la mañana? Había descuidado a mis hombres, debía haber estado con ellos cuando volvieron a la finca. ¿Nela? Toqué el hueco aún tibio entre las sábanas y me incorporé de la cama. Sobre una silla toda mi ropa, excepto los pantalones aún mojados, estaba doblada con esmero.

Tuve que reírme. Hasta cuando Nela seguía mis normas, era para desafiarme. «¿Meine liebe? ¿En serio, Soren?», me dije. Jamás había pronunciado toda aquella mierda de palabras dulzonas, tal vez ver a Nela tan entregada e inocente en mis manos me hizo imaginarlo. No era extraño que hubiera perdido la cabeza, esa misma mañana me había cegado el miedo por ella. Si la hubieran herido, habría arremetido contra Andréi sin pensar en las consecuencias. Ni siquiera cuando todo había pasado pude mantener la serenidad. Nela era una debilidad, tan dulce y obstinada que incluso intentó detener a la estúpida de Meike al arriesgarse a que su marido entrara en razón. «¿Y Mirko? ¿Desde cuándo están liados mi hermana y mi guardaespaldas?».

Salí de la habitación, vistiéndome con prisas. Atravesé el corredor y me quedé paralizado sin saber si ir en busca de Nela a su habitación o bajar. ¡Me estaba convirtiendo en un imbécil! ¿No era yo quien desaparecía de las camas después de tirarme a una...? ¡Joder!, si no podía llamarla ni tía. «Nela», repetía mi cabeza con insistencia, con su sabor grabado en mi boca.

Helga apareció de la nada ante las escaleras.

—Zählen, he preparado un almuerzo rápido abajo —soltó nerviosa. Esperé con paciencia a que hablara, parecía haber estado al acecho para decirme algo—. La señorita Manuela se levantó hace un rato y me pidió que le dejara un móvil.

Solo Helga podía parecer tranquila después de la noticia de un tiroteo.

—¿No se lo habrás dado?

—Pero parecía importante después de lo que ha pasado, ¡qué horrible!, y me miró como ella hace, ya sabe...

—Lo sé, Helga. ¿Dónde está? —la corté cansado.

—Abajo, señor —contestó más alegre al ver que no la regañaba.

Giré para bajar cuando su voz chillona me detuvo.

—Zählen, ¿he de suponer que este año pasarán aquí la Navidad?

Miré confuso a Helga por lo absurdo de la pregunta en aquel momento.

—Sí, creo que sí —respondí desconcertado.

Desde que éramos niños, no habíamos vuelto a juntarnos los tres hermanos, la familia, en Waldhaus, y ahora estaba también Nela. Porque Nela no querría irse en esos días, ¿verdad? Ni siquiera había contemplado esa posibilidad.

—Helga, dile a la cocinera que prepare algo especial, algo que coman en el país de Nela por Navidad.

Abrió los ojos tanto que pensé que se le saldrían de las órbitas, recordé el *meine liebe* dirigido a Nela y me cabréé conmigo mismo.

—Pero no sé qué comen allí...

Dejé ensimismada a Helga en lo alto de la escalera.

Oí la voz de Nela en la biblioteca al pasar hacia el comedor, la puerta estaba entreabierta y hablaba por el móvil con alguien.

—Lo siento, Alice, discúlpame con tu madre... no sé cuándo acabaré. Quizás dos semanas más, después de Año Nuevo... Podemos ir juntas en abril a Londres... No, en serio, no estoy rara. Que sí, estoy bien... Se portan muy bien conmigo... Sabes que no puedo hablar de ello...

Rio ante algo que le dijo su amiga con cierta tristeza y se despidió. Al colgar, entré como si acabara de llegar y no hubiera escuchado su conversación. Nela se sobresaltó. No le había contado a su amiga nada de tiroteos y salas subterráneas ocultas, se estaba convirtiendo a la oscuridad de los Müller.

—¡Soren! —exclamó a la vez que me mostraba el móvil. No había una sola doblez en Nela. Llevaba una de sus camisetas blancas que utilizaba para trabajar y unos vaqueros de azul gastado —. Le pedí el teléfono a Helga, no te enfades con ella, por favor. Necesitaba hablar con Alice, necesitaba oír su voz para saber que hay algo real fuera de aquí después de lo de esta mañana. Fuera de tu mundo, Soren.

—No vuelvas a salir de la habitación a hurtadillas, nunca.

Sus ojos azules se entornaron mientras cogía de una de las butacas un jersey que había dejado tirado al entrar.

—Pensé que no te importaría —dijo Nela al acercarse de puntillas para intentar ponerse a mi altura, pero, descalza como iba, le sería imposible—. Ya sabes. El sexo rosa, los besos y todo eso, creí que no te gustaban.

Nela se rio antes de salir. Fui tras ella para contestarle como se merecía cuando Meike se coló entre nosotros.

—Nela, te buscaba. ¿Hoy no vas a trabajar? —la acorraló Meike, más nerviosa de lo habitual, sin prestarme atención.

—Pensé que, con todo lo que ha pasado, no querrías.

—Lo necesito, Nela. Eso o emborracharme, así que vamos al estudio —confesó mientras se la llevaba hacia arriba casi a rastras.

—Meike, tengo que contarte algo sobre *La bahía*. Es una historia preciosa, ¿quieres oírla?

Me quedé parado en la puerta, apoyado en el marco mientras sonreía a Nela con cara de idiota. ¿Qué mierda me pasaba? Helga pasó tras ellas con una bandeja de comida. Fue entonces cuando Nela arqueó las cejas antes de sonreír. Después de todo, seguía obsesionada con llevarse el cuadro, y Meike no iba a ser de ayuda, conocía a mi hermana. Después de Año Nuevo acabarían el proceso de restauración, como Nela le había dicho a su amiga, y se iría para siempre, pero sin el lienzo.

## Manuela

—Hay que seguir unas normas, Nela, vestir de etiqueta —afirmó Meike recostada en uno de los sillones junto a Jürgen.

Acabábamos de cenar y pasábamos un rato en el estudio, como las últimas noches desde el incidente del tiroteo. Soren, por precaución, no nos dejaba salir hasta que estuviera seguro de que Andréi había salido del país.

—¡Perfecto! —Suspiré fastidiada. Huía de la rigidez de las fiestas en casa de Alice para encontrarme ante las tradiciones de Meike.

—Hay que visitar el Weihnachtsmarkt de Füssen.

—¿Y eso qué es? —pregunté, alarmada al oír la extensión de la palabra en los labios de Jürgen.

Soren empezó a reír y los dos hermanos se giraron a mirarlo con la boca abierta. Aún les costaba ver a su hermano tan relajado. Estaba sentado frente a mí, con una copa en la mano que agitaba a intervalos al ritmo de su respiración, cada vez más agitada. Las llamas del fuego en la chimenea se reflejaban en su rostro y su mirada se volvió profunda al posarse sobre mí, oscura y dura.

—Un mercado navideño, nada más —me aclaró.

—Y beber vino caliente, Glühwein —añadió Jürgen.

—Nunca seré capaz de aprender alemán —pensé en voz alta.

Miré a Soren, ¿qué sería lo que me había susurrado al oído antes de hacer el amor? Tenía que recordar preguntárselo porque no me atrevía a contárselo a Meike por si era algo guarro, pero si Soren seguía evitando estar conmigo a solas, sería imposible. Solo acudía a mi lado antes de acostarnos para tomarme de la mano y llevarme hasta su habitación, donde había pasado las últimas noches. El tiempo en Waldhaus solo se medía por la noche y el día, alejado de todo y refugiados del resto del mundo.

Un suave toque en la puerta nos sobresaltó, era Mirko. Los dos hermanos gruñeron a la vez al ver a Meike levantarse como un resorte.

—Tiene una visita, señor —dijo, frío como el hielo a la vez que miraba a Soren. Él se levantó al momento, dejando la copa sobre la mesa, y lo siguió extrañado.

No sabía qué hacer, no deseaba volver a casa sola, y Soren, aunque no me lo había pedido, daba por hecho que me quedaría con ellos. No quería ser una extraña o molestar con mi presencia. Al rato, di las buenas noches a los hermanos y a Mirko, que había aprovechado la salida de Soren para sentarse junto a Meike.

La casa estaba en silencio y me pregunté quién visitaría a Soren a esas horas. Anduve hasta las escaleras con la intención de subir cuando vi una puerta abierta bajo el hueco de la escalera. Ni siquiera me había fijado antes en que allí hubiera una entrada. Delante de los escalones vi la luz encendida que conducía a las entrañas de Waldhaus. La escalera estrecha y oscura me recordó a la

excursión en Praga y dudé un momento, pero ese recuerdo despertó la curiosidad acerca de por qué Soren estaba allí abajo a esas horas de la noche.

Y me dispuse a bajar, por lo de la polilla y la luz y porque mi curiosidad podía con cualquier pensamiento lógico.

—No sé si encontraré mercado abierto para esto, Soren. Tenía un acuerdo contigo, el dinero está en tu cuenta desde hace meses. Hay un americano interesado en ellos.

La voz de suave acento italiano me detuvo. Asomé la cabeza desde las escaleras de piedra, en cuclillas, oculta por las sombras del pasamanos de madera y los listones.

—Ya, lo sé, Pietro, pero ahora no puedo entregárselo al comprador. He tenido una visita de mi cuñado, estará esperando la mínima oportunidad para joderme. No pienso exponerme a que robe las obras durante el traslado.

Me tapé la boca cuando enfoqué bien lo que ambos, el italiano que ya había visto por la casa y Soren, tenían delante y detrás, y colgados. En una antigua bodega, bastante grande, de paredes curvas apenas iluminadas por unas bombillas en el techo, había cuadros, unos con marcos, otros en bruto con la tela desgarrada, estatuillas griegas, rollos de bocetos unos sobre otros. Era un almacén de arte. Soren sacaba de allí sus obras, o las compraba y luego las almacenaba, o las robaba y allí las escondía.

Salí escaleras arriba, con el aire retenido en los pulmones, sin querer hacer ruido. El enorme Caravaggio de la entrada, que yo creía falso hasta ahora, parecía tener más color y dominar el vestíbulo. Fui corriendo escaleras arriba. Estaba nerviosa y alterada, siempre había pensado que los guardias armados eran para la protección de Meike, pero, en realidad, eran para proteger aquella bodega y los tesoros que los Müller escondían. ¿Por qué no exponía todos aquellos cuadros como las antigüedades que adornaban las salas de la casa? Fácil, había robado todos y cada uno de ellos.

Pasé por delante de la habitación y seguí hasta el estudio, necesitaba estar en mi refugio. Entré de golpe para encontrarme con la oscuridad de la sala. Los focos de fuera estaban encendidos, comenzaba de nuevo a nevar con fuerza y las copas de los pinos se inclinaban hacia los cristales. No encendí las luces, sino que, apreciando los perfiles familiares de mi estudio, avancé hasta mi cuadro. Encendí un pequeño flexo sobre la esquina de la mesa. Lo destapé con veneración y *La bahía* me saludó con sus colores brillantes. Tan solo una esquina permanecía en las sombras: Sainte Adresse, como habíamos reconocido Meike y yo por otras obras del artista. El rincón francés de Normandía lucía con el efecto de la luz sobre el mar y los barcos en tres planos, cielo mar y playa, cuidadosamente separados. No como mi corazón de mi cabeza. Soren era la otra cara del arte, la que no se ve y solo se escucha en los diarios cuando un cuadro se pierde o se roba de un museo. Se lo dije en Praga, el arte debía ser admirado por todos y no por unos pocos privilegiados, tenía la firme convicción de que era un deber universal legar esas maravillas. ¿Cómo tenía Soren todos esos cuadros, esculturas, libros...? ¿Eran todos desconocidos como los dos lienzos que tenía delante, sin ni siquiera catalogar? Quedaba poco para acabar, ni siquiera servía de nada que en los últimos días retrasara mi trabajo una y otra vez sin poder centrarme en lo que hacía.

Incliné el cuerpo y acerqué las yemas de los dedos sin guantes, sin nada entre la superficie rugosa de los trazos y mi piel. No debía hacerlo, podía dañarlo, pero la tentación era más fuerte que nada, toqué el mar y la arena. Amaba ese cuadro y amaba a Soren, aquella casa.

Apenas seis horas me separaban de Madrid, del refugio de lo conocido y seguro, del despertador y las prisas, de Alice, Roberto, Juan. Esa era la vida real y no esta, junto a Soren.

—¿Sabes que estás dejando tus huellas por todo el cuadro?

La voz de Soren me despertó y aparté las manos de *La bahía*.

—Y mi capacidad para pensar —afirmé cuando sentí el calor de su cuerpo en mi espalda—. ¿Se ha marchado ya tu amigo Pietro?

Se retiró hacia atrás y me hizo girar en el taburete, apoyó sus manos en mis muslos y se agachó hasta quedar a mi altura.

—¿Has bajado a la bodega? —preguntó, sabiendo la respuesta de antemano—. Nunca te he mentado, Nela, sabes lo que soy.

—¿De dónde has sacado todo esto? ¿También estos cuadros estaban allí abajo?

—No, Nela. Estos dos cuadros son especiales. Algunas de esas obras de arte las compré en Praga, es la puerta del este para el mercado negro, pero la mayoría de los que hay abajo estaban ocultos en Neuschwanstein.—Continúa, Soren —lo animé mientras sus pupilas dilatadas buscaban los signos de mi rostro.

—Los encontró mi abuelo, arruinado después de la guerra, donde los nazis los habían escondido en su retirada. Fue el comienzo de nuestra carrera como marchantes.

—¿No tienen dueño, no son de nadie?

—En su mayoría pertenecían a la élite judía, y la mayoría no sobrevivió a la guerra. Es horrible, lo sé.

—Entiendo. ¿Y mi cuadro? ¿También se lo darás a ese hombre para que lo venda sin más?

—No, Nela, no lo entiendes —dijo separándose con voz fría—. Es fácil juzgarme, pero ¿es mejor lo que tú haces? Si pudieras tenerlos en tus manos, ¿qué harías? ¿Crees que no sé que quieres llevarte este cuadro? ¿Y para qué? ¿Como una donación desinteresada o porque quieres ser directora del museo algún día? Ya sean los cuadros de ahí abajo o los que rescato de otras manos, los restauro y los vendo, a museos o particulares. Roberto ha gestionado muchas de esas transacciones porque es otra forma de proteger el arte.

—No digas tonterías, Soren, es dinero cambiando de manos. Si tan noble eres, entrégalos a un museo para ser expuestos.

—Pues no, Nela, no soy tan noble y puro como tú —dijo Soren en tono sarcástico.

Ambos suspiramos al ver el cariz de la conversación, acabaríamos discutiendo. Era imposible que alguno de los dos entendiera la postura del otro. Ni siquiera yo había obrado en consecuencia en Praga, cogí el cuadro y corrí en dirección contraria a la policía, segura de que lo volvería a hacer otra vez en la misma situación.

—Me quedaré hasta después de Navidad, si no te importa; después, volveré a mi país. Sabes que nunca diré nada.

Soren levantó la vista hacia el techo pensando en mis palabras, intentando controlar su mal humor.

—Está bien, Nela. Cuando acabes tu trabajo nada te retiene aquí —claudicó, a la par que me acercaba para engullirme entre sus brazos.

## Manuela

Desperté sola en la habitación de Soren, como cada mañana desde la noche en la que discutimos ante mi cuadro. Esta vez, al levantar la cabeza, lo vi sentado en uno de los butacones observando el bosque a través de las cristaleras. Sobre la mesa había una bandeja con dos tazas humeantes y un plato tapado con un paño. Salté de la cama al captar el olor a algo conocido y que echaba de menos. Enrollada en una toalla, corrí hasta la mesa.

—¡Soren! ¡Es chocolate caliente con churros! ¿Cómo lo has conseguido?

Se rio al verme destapar el plato y descubrir los lazos humeantes, cargados con mucho azúcar encima, como más me gustaban. Sentada, con suma emoción, cogí uno entre los labios y agarré el tazón caliente sintiendo el calor que me subía por las manos.

—Helga los consiguió. No son como los de tu país, la cocinera no tenía ni idea de qué eran y los trajeron congelados.

—¡Tengo que darle las gracias a Helga! ¡Están buenísimos! ¿Los has probado? —pregunté con la boca llena.

Soren miró mi pie descalzo balanceándose con alegría mientras daba cuenta de los churros. Suspiré feliz, amanecía con los primeros rayos de sol sobre la capa de nieve del suelo, casi deslumbrándonos con su blancura. Si Soren quisiera, podríamos pasar la vida entera sentados uno al lado del otro sin hablar.

—Me has estado evitando estos días, Soren.

—Sí, es probable. Me miras como si te avergonzaras de lo que soy y no me gusta, Nela. Nunca he tenido conciencia y no quiero empezar a tenerla ahora. No voy a cambiar.

—¿Cuántos «noes» y «nuncas» puede tener una frase, Soren Müller?

—Tantos como sean necesarios para que lo dejes pasar. Soy lo que soy.

Admiré su perfil serio, la nariz recta que deseaba delinear en ese momento y sus ojos mirando al paisaje.

—¿Sabes que tu nombre es un anagrama? —comenté con la boca llena—. Si le das la vuelta, contiene el nombre de Eros, el dios del amor.

—O Neros, el emperador que destruyó Roma.

—Prefiero Eros.

—Prefiero Nerón.

Sonreímos al mismo tiempo, embarcados en nuestras pequeñas luchas de voluntades, hasta que Soren cogió la otra taza humeante y cruzó las piernas. Desde fuera la estampa de ambos, cómodos frente al paisaje, se me antojó demasiado familiar e íntima. El sexo era fácil de separar, pero estos momentos cada vez más frecuentes entre los dos eran difíciles de catalogar. Soren también debió de sentir lo mismo; algo cruzó su mente, por la oscuridad que vi en sus ojos grises, y dejó con fuerza la taza sobre la mesa para levantarse con prisa.

—Tengo que trabajar.

Salió de la habitación sin despedirse y yo miré la taza abandonada apenas sin probar y la cucharilla manchada de chocolate sobre la mesa. Fuera lo que fuera lo que había pensado, debía de ser horrible para romper sus manías sobre la limpieza. Observé un momento más la mesa y empecé a recoger los restos del desayuno sobre la bandeja. Pensando en su comportamiento, me quedé sentada un rato más, acompañada por el movimiento de los pinos y la nieve golpeando el cristal. «Nunca, Nela. Nunca le digas lo que sientes por él».

## Manuela

La gente comenzó a llegar y llenaron el salón de alegres voces en alemán e inglés. Mirko y yo observábamos escondidos desde una de las puertas entreabiertas del comedor. Habían retirado la gran mesa, las sillas y los demás muebles. Helga había dispuesto la colocación de musgo y muérdago de manera estratégica, era una romántica que pretendía los besos espontáneos entre los invitados.

Meike ordenó traer un abeto enorme con adornos rojos y dorados, tradición de cuando eran niños en Waldhaus. No había fiestas desde hacía más de una década y todos estaban entusiasmados, desde los trabajadores de la casa hasta Jürgen y Meike. Se enviaron invitaciones a personalidades locales y viejos amigos que dormirían en el pueblo. La fiesta tenía lugar dos días antes de Navidad y muchos viajarían esa misma noche de regreso a sus casas. Un dueto de violín daba los primeros acordes cuando Jürgen apareció por detrás para agarrarme de la cintura.

—Meike se ha esforzado mucho, ha intentado hacer las cosas a la antigua y está de los nervios en la entrada, saludando a los invitados. —Sonrió con picardía mientras recorría con la mirada mi vestido rojo burdeos—. Nela, estás cañón...

—Se lo dirás a todas esta noche —bromeé con él como dos viejos amigos.

Recordé la fiesta del museo en la que conocí a Soren, lo inseguro que estaba en ese vestido y subida a esos tacones. Una eternidad. Ahora me sentía poderosa y femenina por culpa de Soren. Ver a aquellas mujeres no me afectaba ni me hacía sentir inferior, tenía mis propios encantos, que encandilaban al hombre que, estaba segura, sería el más atractivo de la fiesta.

Sentí su presencia detrás de nosotros, el corazón me dio un salto y el estómago, un vuelco. Hacía días que no lo veía con traje y ese de gala le sentaba perfecto sobre los anchos hombros. Soren llevaba el pelo más largo de lo habitual y una fina barba. En contraste con su vestimenta impoluta, parecía un hombre algo diferente. Me tendió la mano y la cogí. Guio mis pasos con reverencia escaleras arriba, en vez de al salón, ya atestado, donde Meike revoloteaba saludando a viejos conocidos. Con una risa de niña pequeña, le pregunté dónde íbamos. Impaciente, Soren cerró la puerta de mi antigua habitación, donde ya no dormía. Aplastó mi cuerpo entre el suyo y la puerta. Su aliento caliente se posó sobre mis labios.

—Estás preciosa, *meine liebe* —susurró.

—¡Oh! Tú también, Soren.

Quise preguntarle qué significaban esas palabras, pero sus labios firmes y su lengua voraz se abrieron paso en mitad de nuestra respiración agitada. El rumor de la seda al levantar la falda de mi vestido me hizo jadear de anticipación. Soren se separó con los ojos abiertos por la sorpresa en cuanto tocó las medias prendidas en el ligero de encaje. Recorrió con las manos mis muslos y me observó desde los tacones al rostro. Sus cejas se alzaron seguidas de una sonrisa, que ahogó en mi cuello al levantarse.

—*Du bist eine Königin.*

—¿Soy una...? —intenté traducir.

—Reina —completó la frase en castellano.

Las risas se nos escaparon entre jadeos. Soren se hundió en el hueco de mi cuello, y besó con una caricia de la lengua el lóbulo de mi oreja, me estremecí ante el cosquilleo que sentí en todo mi cuerpo. Sus manos se deslizaron por mi silueta, deteniéndose en los pechos, y bajaron hasta la cintura, donde con un movimiento brusco, me acercó más a él. Mis formas encontraron hueco en su cuerpo, rozando nuestros sexos, como el complejo y perfecto puzzle que formábamos cuando estábamos juntos. Noté cómo subía la excitación de Soren por su respiración, acarició mi abertura húmeda, sentí su dura erección contra mi sexo, liberada de los pantalones, y lo guie hasta mí. Con excitante suavidad, me penetró y salió hasta que, atrapada entre la pared y sus brazos, me dejé ir mientras sentía su explosión en mi interior.

Nuestros dedos se deslizaron y salió con una delicadeza poco habitual en Soren. Dejó tras de sí el rastro de su ser llenándome entera, colmada de él, y sus labios gimieron, presos de los míos.

—Soren, te quiero.

Al momento me arrepentí, sin haber acabado de decir aquellas palabras. Soren se separó con frialdad. En ese instante supe que la había fastidiado, que no podría borrar lo dicho, y mi corazón se encogió de miedo mientras deseé poder pulsar el botón de rebobinado.

—Nela, no puedo...

—Calla, Soren —supliqué al ver sus ojos grises llenos de lástima por mí.

Coloqué el dedo índice sobre sus labios, sin querer oír su asco de acuerdo sobre solo follar, que ni siquiera recordaba haber aceptado.

Lo besé un instante, cerrando los ojos por si aquello era una despedida. Soren se apartó hacia atrás y la falda volvió a su lugar entre los dos. Se recompuso sin levantar la mirada.

—Sí, Soren, te quiero. No puedo borrar lo dicho. No te he pedido nada a cambio ni que me mientas. Lo dejaste claro, no tengo sitio en tu vida.

Quizá esperaba que lo negara todo y, como en una película, se arrodillara y me dijera que en realidad estaba enamorado de mí. Que podía superar sus miedos, amarme y ser felices.

—Mañana me iré, debí hacerlo hace tiempo. Meike puede acabar sola en un día o dos.

—Manuela, lo siento.

—No lo hagas, solo eres sincero. Soy yo quien me engañé.

Aparté el cuerpo de la puerta, que Soren miraba como si yo lo retuviera allí en contra de su voluntad. En cierto modo, era así; creí que bastaría con entregar todo mi corazón para que él sintiera algo, pero nunca tuve más oportunidad que pasar por su cama.

—¿Vienes, Nela? —preguntó Soren con indiferencia, como cuando teníamos una discusión tonta, solo que esta vez yo había traspasado la frontera demasiado lejos como para obviarlo.

—Solo un momento y bajo.

Desapareció y cerró la puerta tras él. ¡Pobre idiota estaba hecha! No quería bajar tras Soren ni mirarle a la cara, ni a él ni a nadie. «Ni una maldita lágrima, Manuela, solo es el corazón. Cosas peores te han pasado en la vida que soltar la lengua como una cretina inocente». Me sequé las lágrimas contenidas con cuidado, abrí la puerta y respiré hondo antes de volver a la fiesta. Mañana me iría de Waldhaus y no volvería a ver a Soren.

Meike se acercó en cuanto traspasé las puertas del salón.

—¿Dónde estabas, Nela? ¿Te encuentras bien? Pareces enferma.

—No..., quiero decir, sí. Estoy bien, de verdad.

Tenía que evitar entrar en una sala y buscar a Soren, como hacía siempre. Allí había mucha gente. Preocupada, seguí buscándole con la mirada solo para asegurarme de que estaba bien. ¿Se pondría nervioso entre tanta gente?

—Ven, Nela, quiero presentarte a unos amigos. —Meike me arrastró entre los invitados y saludé de manera mecánica sin saber qué decían.

—Pareces ausente —me regañó Meike al llevarme hacia otro grupo.

—No, Meike, ahora no, voy a buscar a Soren. —Acerqué mi boca a su oído para susurrar—. No creo que le guste que hayas invitado a tantas personas, sabes que no soporta...

—No te preocupes, ya se ha encargado de desaparecer, lo vi subir hace un momento con Andrea.

Si me hubieran golpeado el pecho, no habría sentido más dolor que en ese momento, y recordé cómo se enlazó a ella a nuestra llegada al sótano de Praga, cómo Andrea movía el trasero delante de nosotros mientras Soren no se perdía un solo vaivén. ¡Claro, Andrea! Sin complicaciones, ella no intentaría hacerle sentir algo a Soren, ni tocarlo esperanzada porque él comprendiera que lo amaba con todo su ser.

Cuando quise darme cuenta, subía los escalones decidida, deshaciendo el mismo camino de hacía apenas media hora. Parada ante el corredor, dudé: derecha a su habitación o izquierda al estudio. La puerta de acceso a la escalinata estaba abierta. ¡Eso no, joder! ¡En mi refugio, no! ¡Con mi cuadro allí, no!

La vena española de sangre caliente no se había muerto con tanto *appelstrude* y salchichas. Entré como una fiera en mitad de un vendaval, con los zapatos de tacón en la mano.

Mi mundo estalló en pequeños fragmentos, como cuando un rayo desgarró el cielo oscuro.

Soren la besaba, agachado sobre su rostro, con las manos sobre las caderas de su vestido negro. Ni siquiera se dieron cuenta de que yo estaba allí, sin respiración, rota y vapuleada. Al apartar la mirada de ellos, asqueada por haber estado en esa misma postura con Soren hacía menos de una hora, lo vi. *La bahía*, el cuadro, no estaba en su caballete; en cambio, el maletín en el que lo transportábamos estaba sobre una de las mesas.

Soren se giró. No había nada en sus ojos ni en su rostro.

—¡Ah! Tu ayudante, ¿verdad?

Esas simples palabras de Andrea abrieron la herida aún más. Soren se irguió en toda su altura.

—¿Qué hace aquí, Soren? —pregunté señalando a esa mujer. «Y menos humos, alemán, que con los tacones casi te llego».

—Viene a por el cuadro.

—¿Vas a dárselo? ¿Así, sin más? ¿Sin decirme nada? ¡¿Ibas a entregar mi cuadro?!

—Soren, creo que debo irme, Pietro me espera abajo —dijo Andrea sin esperar contestación, con el maletín en la mano.

Fui a detener a esa mujer que se llevaba mi cuadro y Soren se acercó furioso. Dejé que mis brazos, antes apoyados en mis caderas, cayeran laxos a los lados del cuerpo; pero aún tuve fuerzas para levantar la barbilla.

—¿Tu cuadro, Nela? ¿Quién crees que eres en mi vida para pedirme explicaciones? No eres nada, Nela. ¡Sal de aquí, coge lo que quieras de abajo y mañana vete de una puta vez!

¿Qué me había creído? ¿Que Soren era mi novio o mi pareja? «Ayudante» no era ni significaba más que eso. Era su *amanyudante* o algo así, ¿eso existía?

—Nela, nunca te dije que te lo llevarías a tu museo, no te mentí en ningún momento. Eres tú la que has confundido follar con una relación, yo no salgo con nadie.

Intentó acercarse al ver que había traspasado la frontera entre explicar las cosas y hacerme daño. Corrí, porque no podía enfrentar por más tiempo a Soren sin derrumbarme. Seguí corriendo escaleras abajo, sujetándome la falda del vestido. Meike intentó detenerme al ver que iba hacia la salida, y Mirko la apartó de mi camino.

Salí al exterior y el frío me golpeó con dureza. Dudé un momento y Mirko, que había venido a mi encuentro, me echó un abrigo por los hombros. Deshecha en lágrimas, no me importó que los invitados más rezagados me vieran así. Mirko me abrazó un segundo para después sonreír con lástima.

—Nela, coge esto.

Meike puso sobre mi mano las llaves del coche y dinero en efectivo. Si alguien podía comprenderme, era ella, a quien el amor casi la mata.

—No sé qué te ha hecho el imbécil de mi hermano, pero puedo imaginarlo. Te lo dije, Nela, se ha cagado en los pantalones. Todo lo que haya dicho o hecho es para apartarte de él, no dejes que te haga daño.

—No es eso, Meike. ¡Lo siento tanto! Siento haberme puesto así en tu fiesta.

—¡No digas tonterías! A los de ahí dentro no los quiero como a ti.

Mirko y ella se miraron hasta que Meike asintió.

—Te llevo, Nela, ¿dónde quieres ir? —preguntó Mirko mostrándome mi cartera tanto tiempo en su poder, desde que salimos hacía meses de Madrid. Todo el mundo sabía que esto ocurriría menos yo.

Abracé el cuerpo delgado de Meike y la besé en la mejilla.

—Al aeropuerto más cercano.

## Manuela

Mirko condujo como un rayo. Sin palabras y encogida en el asiento, entramos en la autopista hacia Múnich y dejamos atrás los bosques, la nieve y los pequeños pueblos. Me alejaba de Soren, de su mundo y de ese maldito cuadro. Pedí a Mirko que se detuviera en la entrada a la terminal y, no muy convencido, dejó las llaves puestas en el contacto sin decidirse a marcharse.

—Nela, ¿quieres que le diga algo a Soren?

—No, Mirko, no merece la pena —asentí entre lágrimas—. Cuida de Meike.

—Eso tengo pensado —dijo con una sonrisa.

Atravesé sola las puertas automáticas del aeropuerto. Lloré cuando pagué el billete y, después, lo primero que hice fue ir a comprar un móvil en las *duty free* del aeropuerto. Llamé a Alice antes del embarque y mucho más tarde, en el avión, me derrumbé en el asiento, aún llorando. Si había salido de Alemania era porque Soren así lo quería, con sus contactos, jamás lo hubiera conseguido.

## Soren

—¿Dónde está Nela? —volví a gritar frente a los tres.

Mirko me miraba frío como el hielo, tenía que haber sido él quien la había ayudado a irse. Nela no conocía las carreteras ni sabía dónde ir, y él tenía toda su documentación para salir del país.

—¿De verdad, Soren? ¡Que te den! Ahora no nos acoses con tus mierdas, piensa en lo que le has hecho a Nela en lugar de interrogarnos. ¿Quieres que te diga una cosa? ¡Te has cagado en los pantalones! —Meike me acorraló con el dedo apuntando a mi pecho—. Una mujer inteligente, guapa y que te aguanta, ¡eso es! Te has asustado tanto que a saber lo que le has dicho. ¡Me voy, tenemos invitados! —Meike salió de la habitación con un portazo que hizo vibrar los cuadros de la pared.

—Tampoco hay que ser un genio para saber que ha vuelto a su casa, ¿no? —añadió Jürgen con sarcasmo. Se levantó del sillón y se acercó hasta la mesa, donde había dejado su vaso lleno—. Por tu cara, Soren, no era lo que querías. ¿Es la primera mujer que te deja sin suplicar? Está colada por ti —añadió metiendo más cizaña.

—Mirko, ¿al menos te dijo algo? ¿Dónde iba?

—Nada.

Desesperado ante su falta de información, salí del estudio. No era esto lo que había pretendido al besar a Andrea, nunca pensé que Nela saldría huyendo. Su rostro destrozado, sus lágrimas... Su forma de reclamar el cuadro en vez de cabrearse por ver cómo besaba a otra mujer. Meike decía que me había cagado, ¿era eso lo que había pasado? ¡Joder, solo quería que olvidase esa tontería de que estaba enamorada! ¡Que odiara hasta pronunciar mi nombre! Debería haber imaginado que Nela no era cualquier mujer, que no era como Andrea y las otras, que no aceptaría una relación a medias. ¿Y yo? ¿Qué quería ahora que Nela no estaba?

## Manuela

Arrastré los pies, enfundados aún en mis tacones, por todo el aeropuerto llamando la atención de todo el que me rodeaba con mi vestido lujoso y el abrigo negro de Mirko. Debía parecer una loca, con el pelo revuelto y los ojos hinchados. Un guarda de seguridad del aeropuerto esbozó una sonrisa compasiva que trató de ocultar al pasar junto a él mientras mis compañeros de vuelo se dirigían hacia la cinta de las maletas.

Esperé a que abrieran la puerta y saqué mi último pañuelo limpio, una azafata muy agradable me había dado una caja al empezar el vuelo; busqué una papelera y tiré los restos que llevaba en los bolsillos. Heathrow estaba desierto a esas horas en comparación con las otras veces que había pisado el aeropuerto de Londres.

Alice esperaba tras la cinta de llegadas, sus ojos se entornaron horrorizados al verme y, sin esperar a que llegara hasta ella, entró en el área restringida. La abracé con fuerza; más alta que yo, envolvió mi cuerpo con un abrazo de oso.

—¡Nela! Pero ¿qué te ha pasado? ¡Estás horrible!

—Ay, Alice, sácame de aquí, por favor.

Condujo entre el tráfico previo a las Navidades mientras, entre hipidos y lloros, le pedía tiempo para contárselo todo, en ese momento no podía. Al fin llegamos al barrio de Kensington, a la casa de los Barday; un sitio conocido, un lugar seguro lejos de Soren. ¿Por qué no dejaba de engañarme? Él ni siquiera notaría que me había marchado.

Caí redonda en la cama, dando vueltas hora tras hora sin que los fríos ojos de Soren y sus últimas palabras me concedieran un descanso.

## **Cuarta parte**

## Manuela

—¡Buenos días, Manuela! —me saludó Martha, la madre de Alice, al verme entrar en la cocina —. ¿Has dormido bien, cariño?

Oír la voz de la persona más parecida a una madre que había tenido hizo que sonriera otra vez. Ni una pregunta desde hacía dos noches cuando aparecí con Alice, ni una interrupción en mi cuarto, sin preguntas molestas ni escenas. Los Barday habían dejado que recompusiera mi fachada en soledad en las últimas cuarenta y ocho horas. Esa noche era Navidad y no podía seguir encerrada en mi habitación.

Martha llenó dos tazas de té y puso sobre la enorme mesa de la cocina un plato con galletas de mantequilla. Alice y ella eran como dos gotas de agua, rubias y altas, con ese aire inglés de total corrección y el mismo gran corazón. La Fundación Barday era el proyecto de Martha, ayudaban a niños que habían perdido a sus padres en circunstancias como la mía, por culpa de las drogas o que no tenían recursos y que destacaban en sus estudios. Su mayor desgracia fue ocuparse de otros niños mientras perdían a Alice. Los Barday habían confiado en mis capacidades siendo solo una niña y habían guiado mi vida, pero era hora de iniciar mi propio camino.

—¡Genial, Martha! Echaba de menos Londres. Muchas gracias por acogerme en plenas fiestas sin avisar.

—Ni se te ocurra decir eso, esta es tu casa, siempre lo ha sido, Nela. Solo con mirar a Alice y ver lo feliz que está, siento que eres parte de nuestra familia. ¡Harás más entrañables estos días, siempre echo de menos tu sonrisa! —Noté su duda antes de continuar—. Nela, esta noche hay una pequeña reunión de amigos. Si pudiera la cancelaría, cariño. Conoces a casi todo el mundo, nada ostentoso, solo unas copas después de la cena. Por cierto, estará tu jefe, Roberto Márquez. Espero que no te importe.

—No. Tranquila, Martha.

Sonreí a medias. Justo lo que no quería, encontrarme con un conocido, y menos con Roberto, que me acribillaría a preguntas sobre Soren.

La vida seguía por muy parado que tuviera el corazón. «Por cosas peores has pasado, Nela», me dije como un mantra antes de beberme el té. Odiaba el té con leche.

Alice apareció en la cocina con una sonrisa al verme levantada.

—Entré en tu habitación a buscarte y casi pensé que habías escapado de la casa, ¿desde cuándo dejas todo tan colocado? Solo falta que te hayas convertido en dos meses en una maniaca del orden.

—No sé, Alice. —Revolví el té con asco, me moría por un café de los de Helga con espuma por encima. Dejé a propósito la cucharilla manchada sobre la mesa y, al momento, la limpié con pena. Soren podía estar a kilómetros de distancia, pero seguía dentro de mi cabeza.

—Le decía a Manuela que esta noche tenemos invitados, Roberto, vuestro jefe, vendrá. Está en

Londres por trabajo.

Alice y yo nos miramos con los ojos en blanco.

—Tengo que ir a comprar algunas cosas —afirmé al levantarme de la mesa.

—¿Quieres que vaya contigo? —susurró Alice, preocupada. Su mano me retuvo con cariño y negué con la cabeza—. Necesito estar sola, estaré bien.

Aún tenía el dinero de Meike en efectivo, pero no tenía mis tarjetas ni mi antiguo móvil, Mirko solo me había entregado la documentación. Al menos, tenía el carné para poder identificarme y viajar.

Salí con un abrigo de Martha. Fuera llovía con insistencia y me tapé la cabeza con la capucha. Londres era maravilloso en Navidades, por mucho frío que hiciera, tenía un ambiente cálido. Anduve por las aceras mojadas siguiendo la fila de rejas negras de las casas, poca gente con la que me cruzaba llevaba paraguas, y sí gorros o capuchas. A medida que me aproximaba al centro, las calles se llenaban de gente y era casi imposible andar con normalidad. Sentí vibrar en el bolsillo el móvil que había comprado en el aeropuerto. Nadie conocía ese número, así que contesté.

—Nela, soy yo.

—Meike, ¿cómo tienes este número?

—Por favor, no pongas en duda que mi hermano sabe ya dónde estás y como localizarte —confesó con alegría—. ¿Dónde estás? El muy idiota no ha querido decírmelo.

—En Londres. No tenía fuerzas para volver a casa sola.

—Lo entiendo —dijo tras un silencio—. Escucha, probablemente no quieras saber nada de Soren, ni del cuadro, pero...

—No, Meike, no quiero saber nada de él —repliqué, molesta. A punto de colgar, me detuve. Era su hermano, no se trataba de una traición, quise creer.

—Estuvo buscándote —afirmó de prisa, sospechando que iba a colgar.

—Meike, escucha, después de un tiempo aquí volveré a Madrid y te daré mi dirección, pero, por favor, no quiero oír hablar de tu hermano.

Tras unas breves compras de regalos navideños, volví a casa de los Barday. ¿Soren sabía dónde estaba? ¿Aún tenía la estúpida esperanza de que él apareciera? ¿No había aprendido nada de ese orgullo suyo de soberbio alemán? Había desaparecido de Waldhaus sin decir nada ni haber dejado una nota y ahora quería asegurarse de que no lo delataría, que no hablaría de sus negocios sucios y que no diría en qué había trabajado en su casa. ¡Por eso me había buscado! No era una niña despechada, no quería volver a hablar con él, pero tampoco iría corriendo a una comisaría a confesar. Tuvo la oportunidad de tenerme, con todo mi corazón entregado a él, pero Soren era incapaz de amar, al menos a mí. «Ni una lágrima más, Nela».

Atravesé por Charing Cross hasta llegar a Foyles, una de las librerías más antiguas de Londres, de las pocas que quedaban con olor a libro y a antiguo. Tras mirar el escaparate unos minutos me decidí a entrar, caminé entre las estanterías hasta la sección de diccionarios y cogí el más pequeño que encontré, ese serviría. Fui hasta el mostrador desierto y un chico me sonrió, puse las libras frente a la caja y me eché a un lado. Comencé a buscar las palabras que cerrarían la historia con Soren, en el móvil había sido imposible con los cinco millones de resultados. Solo sabía cómo Soren las había pronunciado, no cómo se escribían.

Cerré la tapa del nuevo diccionario con más fuerza de la que pretendía, frustrada. Nunca sabría qué era lo que él me decía, aunque ahora no importaba demasiado.

—¿Puedo ayudarte? —La voz del chico tras el mostrador hizo que levantara la vista un poco

avergonzada. Tenía las mejillas coloradas por la vergüenza—. Sé alemán, si buscas algo, puedo ayudarte —dijo al señalar la cubierta.

—Es una tontería, no importa...

—Si has entrado aquí solo para comprar un diccionario, debe de ser importante —contestó con una sonrisa.

—Sí, lo era. —El chico parecía agradable y me decidí—. No tengo ni idea de cómo se escribe, *meine leben* o algo así. No encuentro su significado.

—¿Meine? Mío. Pero *leben*? —De repente, se puso rojo como la grana—. ¿Te lo ha dicho un chico?

—Sí —susurré pensando que había sido muy mala idea.

—Mi amor.

—¿Qué? —repuse sin creerlo.

—*Meine liebe* significa «mi amor».

—¡Gracias! —exclamé al chico, colorada hasta las orejas antes de salir, pensativa.

«*Meine liebe*, Nela». ¿Mi amor? Salí de allí desconcertada. ¿El Soren que conocía era capaz de decir esas palabras?

## Manuela

No fui a la reunión de los Barday, ni pasé la Navidad con ellos, simplemente recogí mis cosas y hui lejos de allí. Soren no tardaría en asegurarse de conseguir mi silencio, y necesitaba respirar, pensar en lo que me había ocurrido en Alemania, rehacer cada pedacito de corazón roto por él. Sus sombras me acompañaron casi desde que salí del aeropuerto y volví a la casa que compartía con Alice. Cada día al levantarme miraba a través del cristal, tal vez hoy, me decía, quizá él apareciera con otro encargo imposible o con la loca idea de que lo siguiera a algún siniestro lugar. Nada de eso pasó, al invierno le siguió un respiro tras otro, ya era capaz de asomar la cabeza a la calle y poder caminar bajo el tímido sol de finales de enero junto al resto de la gente normal. A cada día le siguió otro igual, a veces, llorando; y otras, odiando los momentos que pasé en Waldhaus. Sus sombras no desaparecieron de mi vida, sus hombres me seguían día y noche fuera donde fuera, si él hubiera querido venir a buscarme lo habría hecho.

La excedencia que había tomado al irme con Soren acababa en unos días, volvía a ser la versión más controladora de mí misma, así que anduve hacia el museo caminando por el paseo que cruzaba la ciudad.

Roberto, mi jefe, esperaba a la puerta del museo. Vio cómo bajaba las escaleras y tuvo que mirar dos veces antes de asegurarse de que era yo. Sabía que había cambiado, estaba más segura de mí misma y se notaba hasta en mi forma de vestir y en el maquillaje suave que llevaba.

—Nela, ¡estás preciosa! Martha me dijo que estabas en Londres y luego desapareciste.

Asentí con una sonrisa, lo besé en las mejillas y me hizo gracia ver su rubor.

—Solo fueron unos días antes de volver a Madrid.

—¿Has vuelto a tu antiguo piso? Alice no quiso decirme nada en Londres.

«No, Roberto. En realidad, no estoy aquí. Nela sigue presa en un lugar de Baviera donde las puestas de sol sobre los altos pinos le hacen sonreír. Donde un café bien cargado es lo único que calienta sus manos en invierno. Donde hay trineos que se hunden en la nieve y Soren sonríe cuando dejo mis zapatos por cualquier parte o le obligo a coger la comida con las manos. ¿Tanto he cambiado? No, es que me he dejado el corazón en Waldhaus».

—¿Sabes algo de Soren? —dijo apartándose hacia un lado—. ¿Qué ha pasado, Nela? Estaba muy enfadado, me llamó cuando desapareciste.

—Soren siempre está enfadado —afirmé en un intento de ser graciosa. Suspiré decepcionada por su mirada de censura—. No me interesa tener nada que ver con él. Roberto, lo siento por el museo, pero no he traído nada conmigo para las exposiciones.

Roberto alzó la ceja, incrédulo, no sé si por el tono resignado de mis palabras o porque no lo creía.

—No vas a contarme nada de lo que pasó, ¿verdad?

—No, Roberto, pero quería preguntarte: en los negocios de Soren, ¿tú cómo encajas?

Se puso pálido, aunque no demasiado porque cuando me entregó a Soren y a aquel trabajo, sabía que corría ese riesgo.

—Como puedo, Nela, a veces el mal justifica un bien mayor. Obras perdidas, o robadas, pueden volver al mercado, muchos museos no tienen fondos para restaurarlas como es debido ni les interesa comprarlas...

—Roberto, no quiero mi antiguo puesto, déjame volver a los sótanos como una más, quiero volver a restaurar pinturas.

—¡Estás aquí, Nela! —me llamó Alice—. Ven, tenemos una nueva exposición que te encantará... ¡Vamos!

Me excusé con Roberto sin remordimientos. Lo había decidido en el momento en el que salí de Waldhaus: no volvería al museo sin mis propias condiciones, quería trabajar como restauradora. Aquello era lo que me llenaba el hueco del alma y no pasar el día persiguiendo a los señores de la junta pegada a un teléfono. Lo malo era que no tenía nada para negociar.

## Soren

La encontré enseguida, mucho antes de que abandonara Londres, Nela tampoco había intentado esconderse. Había pasado demasiado tiempo a mi lado como para saber que yo tenía lo que quería al momento, con un chasquido de dedos.

Estaba seguro de haber hecho lo correcto, alejarla de mi vida. Nela no estaba preparada para vivir a mi lado, demasiadas mentiras, robos, muertes, cosas que ella nunca debía ver. Lo mejor para ella era volver a su rutina, pero todos a mi alrededor me hacían ver lo estúpido de mi comportamiento, según ellos, y estaba cansado de echarla de menos. Empezaba a sospechar hasta de Helga, en su afán de borrar todo rastro de ella y tener siempre cosas de ella a la vista. Pasé por la puerta de la habitación y allí la vi, con enormes cajas de cartón, metiendo en ellas la ropa de Nela.

Me paré en la puerta en seco, aún sentía su presencia en la casa, en cada rincón y en cada habitación. Parecía que en cualquier momento saldría del baño tarareando *Imagine* de Lennon como hacía a todas horas, incluso sola en el estudio.

Un viejo dicho alemán dice que el recuerdo de los que habitan una casa permanece entre sus muros más allá de lo físico durante generaciones. Waldhaus guardaba demasiados fantasmas tras sus paredes, pero Nela había conseguido eclipsarlos a todos.

—Buenos días, señor, ¿qué quiere que haga con todo esto? No creo que la señorita vuelva — dijo Helga con tristeza al verme parado con la mirada perdida.

—Tíralo todo.

La mirada de Helga era seria, hacía tiempo que no la veía así conmigo. Nunca censuraba nada de lo que pudiera hacer o decir, pero en esa ocasión no lograba perdonarme. Nela se había colado en su corazón, igual que en el de Meike. Hacía dos días que mi hermana se había marchado de Waldhaus con Mirko «para vivir la vida de verdad», había dicho. Andréi nunca le concedería el divorcio, pero estaba seguro de que a ella y a mi guardaespaldas no les hacía falta casarse para ser felices.

Entré en el estudio, ahora frío e impersonal como el día que llegó Nela. Los botes abiertos y los olores cargaban el ambiente. Los zapatos planos que usaba ella estaban bajo el caballete vacío donde una vez estuvo el cuadro de *La bahía* de Monet. A un lado, su gemelo de Renoir permanecía tapado. Sonreí por la ternura de Nela, lo tapaba porque no quería comparar a un pintor con el otro y, sin embargo, el Renoir era mucho más valioso, y era mío. Aquel cuadro era el legado más precioso que me había dejado el cabrón de mi padre. El único cuadro que nos pertenecía a los Müller por derecho propio.

—Se ha dejado los zapatos

La voz de Jürgen me sorprendió. Estaba sentado en una silla junto a los ventanales, apoyado en la enorme cristalera. Como siempre, y aunque fuera por la mañana, llevaba un vaso medio vacío

en la mano.

—Le diré a Helga que limpie esto —afirmé, dispuesto a salir de allí.

Jürgen se levantó y fue hasta el cuadro que había quedado. Levantó la tela tirando de un pico.

—Recuerdo el día en el que le dijiste a nuestro padre que querías este cuadro.

—Yo también.

—Lo quitó de las escaleras y lo metió en la bodega. ¿Nunca le hablaste a Nela de que eran nuestros, los dos? ¿Cuándo lo traerá Andrea? ¿Han podido extraer el retrato de la primera mujer del pintor?

—Lo han catalogado ya, oficialmente, son parte de nuestro patrimonio. De los tres. Y se ha preparado una copia casi perfecta del retrato oculto de la mujer.

—Dejaste que Nela pensara que lo vendías. ¿Por qué?

Caminé hasta mi hermano y miré el cuadro de Renoir de verdad, por primera vez en años, tal y como le exigí un día a Nela en ese estudio. No como una propiedad millonaria, sino como lo hermoso que era.

—También recuerdo el día en el que te encariñaste con el perro labrador y el viejo le pegó un tiro. Te quedaste más jodido que con cualquier paliza de nuestro padre. ¡No hablabas, no dejabas que nadie te tocara, hasta llegué a pensar que no nos querías a Meike y a mí por si el viejo nos metía también un tiro!

—¿Adónde quieres llegar, Jürgen?

—Cada cosa o persona a la que querías nuestro padre lo apartaba de tu lado con la excusa de que eras débil: niñeras, animales, cosas... Y ahora tú lo haces... con Nela. Soren, no te he visto sonreír nunca como cuando ella está en la misma habitación, ni que algo te produjera tanto miedo como ver a Nela en peligro.

—¡Cállate, Jürgen!

—Entendido. No es cosa mía, estoy seguro de que tus hombres la vigilan, acaba de volver a Madrid, escondida en casa de esa amiga suya. Alice Barday le pidió mi número a su padre, llamó hace media hora, está preocupada por Nela. La has destrozado, Soren.

## Manuela

Alice y yo pasamos junto a la puerta de la cafetería, casi en la entrada del museo. Tantos recuerdos de mis días trabajando y ni siquiera recordaba haber pisado aquel lugar en mis tres años allí. Nos miramos con un suspiro y una sonrisa mientras el aroma a café recién hecho nos llamaba. A los dos minutos, salimos con un café bien caliente entre las manos.

—Echaba de menos esto, Nela. Tú y yo trabajando de nuevo juntas y no dejándote cada día en el piso echa una pena —afirmó Alice chocando contra mi brazo con una sonrisa. Estuvo a punto de echarme el café encima y la empujé lejos de mí, bromeando—. Yo también, pesada —contesté con una media sonrisa, porque cada vez que intentaba sonreír se me escapaba una lagrimilla. Estaba tan sensible que estaba segura de que, si me caía una gota en el ojo, rompería a llorar.

Habíamos llegado a la puerta de exposiciones, ya no tenía acreditación para entrar por las puertas del personal. Alice pareció dudar ante la puerta.

—Nela, eres como una hermana para mí, lo sabes, ¿verdad?

—Me pondré bien, Alice, en serio. Solo necesito tiempo, te lo digo todos los días —susurré sintiendo que toda la fachada creada en las últimas semanas iba a derrumbarse de un momento a otro.

Los ojos azules de Alice me miraron sin parpadear. No era muy dada a las muestras de afecto y ella lo sabía. Antes de cruzar las puertas de la sala, la abracé con toda la intención de no derramar una sola lágrima más por un alemán imbécil.

Nos metimos entre la enorme cantidad de gente que hacía cola para ver algo, acababan de abrir la sala y apenas nos podíamos mover. Un chico me empujó al pasar y tropecé, a punto de caer junto a la puerta, una mano me sujetó por la muñeca. La presión sobre el pulso de la vena, la dureza de aquellos dedos en comparación con el suave gesto, hicieron que se me acelerara el corazón. Levanté la mirada para encontrarme con la de Soren, gris y expectante. Al instante, tiré con fuerza y solté la mano, presa del pánico. Nos levantamos a la vez. Llevaba una camisa azul remangada a la altura de los antebrazos y el pelo más largo de lo habitual. Se había dejado una fina barba que le sentaba muy bien.

—¿Qué haces aquí, Soren? ¿Es que no te basta con que tus hombres me sigan a todas partes? No voy a contar nada de los Müller —grité, ofendida por su presencia.

—Nela, eso no importa.

Alice estaba parada frente a nosotros y sus ojos expresaban tal culpabilidad que al momento supe que ella me había traicionado. Lo de acompañarme había sido una excusa mala hasta que Soren apareciera y que no pudiera salir huyendo.

—¡Claro que importa! ¡Quiero que te vayas, Soren!

—No mientas, Nela, dijiste que me amabas.

Exasperada, sentía cómo la gente nos empujaba a un lado y a otro, y para Soren parecía como si

nuestra discusión hubiera sido ayer mismo y no hace semanas.

—Soy una idiota. No sé por qué dije aquello, que te quería. ¡Era mentira! Teníamos un acuerdo, ¿no?

—Sí, y tú no lo cumpliste, Nela —afirmó con una sonrisa.

—Soren, no sé qué es lo que quieres, pero vete ya, por favor —supliqué.

«Ni una lágrima, Nela».

—Te vi, *meine liebe*, por las cámaras, aquel día en el estudio. Escuché lo que le dijiste a Meike cuando ella te pidió que pintaras lo que sentías. Ya sabía mucho antes que estabas enamorada de este imbécil, pero esa noche, la de la fiesta, me asusté tanto porque comprendí... Utilicé a Andrea para alejarte, para poder escapar de este... este «nosotros».

Contuve el aliento. Soren sabía desde hacía tiempo que estaba enamorada de él y no había dicho nada. Tomó aire y se pegó a mí hasta que nuestros rostros quedaron tan cerca que pensé que iba a besarme. Hundí la mirada en sus ojos grises, nublados y del color de la nieve.

—¿Por qué, Soren? ¿Qué fue lo que pasó la noche de la fiesta?

—Lo supe, sin previo aviso y con una certeza total.

—¿Qué...?

No acababa de entender lo que Soren quería decir, lo veía tan calmado y a la vez tan alegre que no sabía cómo actuar. Solo seguí con la frente pegada a la suya olvidando todo lo que había a nuestro alrededor.

Soren cogió mi mano y me guió entre la gente. Con su altura se abrió paso hasta que delante de mí, en la sala principal del museo, protegidos por sendos cristales de seguridad, los vi. Los dos cuadros gemelos de cada pintor, y en el centro una fiel reproducción de lo que *La bahía* escondía. El retrato de Camille, pintado por Monet. Soren los había cedido al museo para la exposición temporal que yo siempre quise hacer con ellos.

Soltó el cordón de seguridad y, arrastrándome con él, se detuvo frente a los cuadros. Sus ojos grises encontraron los míos y supe que lo seguía amando con todo mi corazón.

—Nela, dame un pequeño trozo de papel y pintaré un corazón para ti. Uno con flechas y nuestros nombres a cada lado. ¿Quién dijo que el amor no se puede pintar? He intentado convencerme de que no encajarías en mi vida ... pero te necesito a mi lado, si quieres dibujaré una sonrisa tuya y tu mirada sobre la nieve, ¡maldita sea! Eso lo es todo para mí, tú y yo. Echo de menos cuando andas descalza por todas partes y me das calor con tus manos, desordenas mis cosas y mueves el pie, nerviosa. Solo tú, Nela, puedes tocarme, porque solo tú has podido llegar a mi corazón.

Me quedé muda frente a sus ojos grises sin saber qué decir o qué hacer. Agarré sus manos grandes entre las mías, entrelazando nuestros dedos sin querer soltarlos nunca más.

—Te doy todo, Nela, tu exposición, tu cuadro, tu puesto de directora esperándote, te devuelvo tu vida...

—¿Aún no te has dado cuenta que no quiero esto? Mi vida eres tú, Soren, tú y Waldhaus.

—¿Todo bien, Nela?

La voz de Roberto nos hizo sonreír por lo inesperado.

—Soren, ¿te quedas para la presentación de Nela sobre los hallazgos en el cuadro?

—¿Qué dices, Nela? ¿Me quedo? —preguntó Soren con una sonrisa bajo su nueva barba.

—No te vayas nunca, Soren Müller.

## Manuela y Soren

La primavera en los bosques bávaros era una explosión de colores, distintas tonalidades de verde con miles de pequeñas flores creciendo entre los claros que dejaban los árboles. Nunca me cansaba de la belleza de aquel lugar. Apoyada contra el cristal del estudio, vi cómo una ardilla saltaba de una rama a otra con poco equilibrio.

—Es toda una artista del salto.

Sobresaltada, casi dejo caer la taza de café cuando Soren habló desde detrás.

—No hagas eso, Soren, un día vas a matarme del susto —dije sonriendo.

Sin soltar la taza, lo abracé sin importarme que el líquido se derramara. ¡Lo había echado tanto de menos! Y solo habían pasado dos días desde que se fue a Berlín.

No podía decir que Soren había cambiado mucho, no grandes cambios en los últimos meses. Sonreía un poco más, quizá, y era más amable con sus hermanos, lo justo para que no nos siguieran a todas partes. Cada día conquistaba, con paciencia y amor, un pequeño trozo de su corazón y de su piel. Siempre sería callado y un poco frío, pero así era él. No creo que años de traumas pudieran borrarse ni en décadas, pero lo intentaría con todas mis fuerzas.

—No me digas que nadie ha venido a interrumpirte al estudio. Por cierto, no me habías dicho que Meike y mi guardaespaldas vendrían a dar la murga...

—Yo tampoco lo sabía. —Sonreí—. Deja de llamarlo tu guardaespaldas. Llámalo Mirko, o enfadarás a tu hermana. ¿Jürgen ha vuelto contigo?

—Por desgracia, sí —dijo mientras me rodeaba con sus brazos. Se sentó en la mesa y me cobijó contra él, mi espalda apoyada en su pecho. Me apartó el pelo y me besó el cuello trazando un pequeño sendero con la lengua. El cosquilleo hizo que me revoliera contra él.

—Ahora que todos están aquí aprovechándose de mi dinero he pensado que podemos coger el avión y escaparnos lejos.

Reí con ganas, nunca cambiaría. Observamos el exterior y me sorprendió ver a un pequeño cachorro ladrando a los guardias.

—¿Y ese perro, Soren?

—Nuestro, me gustan los animales. Se lo compré en Berlín a un viejo amigo. El último que tuve no acabó muy bien. Es hora de cambiar algunas cosas.

Sabía la historia porque Jürgen me la había contado. Su padre le había metido un tiro al pobre animal cuando vio que Soren lo adoraba. Siempre quiso arrebatarle todo para que fuera frío y despiadado como él, para que mantuviera su imperio en el tiempo con frialdad y mano firme.

—Me encanta, Soren —contesté sincera al ver al pequeño pastor alemán con el hocico entre las hierbas—. Ummm, aunque no sé si a Helga le gustará también cuando tengamos que limpiar sus desastres.

—Si le dices a Helga que te encanta, seguro que lo adopta ella misma.

Permanecimos en silencio unos segundos observando cómo el animal desaparecía entre los árboles y volvía con palos que ofrecía a los guardas de fuera. Soren chasqueó la lengua al ver cómo uno de ellos jugaba con el perro.

—¿Qué tal en Berlín? ¿Encontrasteis Jürgen y tú algo interesante?

—Nos ofrecieron algo, pero no estábamos seguros de si era una falsificación. ¿Y tú, has empezado? ¿Podrás recuperar el cuadro? Lo encontraron en la buhardilla de una mansión en París. Es tan pequeño que debieron de pensar que se trataba de un cuadro más, un autorretrato de algún familiar suyo.

—¿No tiene dueño, Soren?

—No, joder, Nela —negó con fastidio—. Lo han investigado, la familia desapareció hace generaciones e iban a derribar la casa.

Después ya vendrían las discusiones acerca de qué hacer con el cuadro, había comprobado que no todo era tan fácil como yo creía. Tras venderlos en subasta, los propietarios a veces los cedían a exposiciones temporales y miles de personas podían disfrutar de su belleza, debía conformarme con eso porque otros volvían a desaparecer. Giré la mirada hacia nuestros cuadros, el Renoir y el Monet, en la pared del estudio; tras la exposición habían vuelto sin problemas a su hogar. Incluido el retrato de Camille en Saint Andresse. En verano, Soren me había prometido que iríamos a ver el paisaje que los había inspirado.

—¿Serás capaz de vivir así, Nela, rodeada de secretos, armas y enemigos?

Soren contuvo el aliento y sus pupilas se dilataron hasta borrar el gris de sus ojos.

—Si tú estás a mi lado, sí. —No eran palabras vanas, tenía fe en que mi amor por él ganaría a todo.

—Tengo que ir a Londres en unas semanas, ¿quieres venir?

Ahugué un grito elevando la cabeza hasta enterrarla en su cuello.

—¡¿Y ver a Alice?! Sería fantástico contárselo en persona. ¡Te quiero tanto, alemán!

## Soren

Encogí el estómago como siempre que hablábamos del tema: un hijo. Había abandonado los ataques de ansiedad que tenía cuando Nela me tocaba y los había sustituido por el mareo que me provocaba pensar que iba a ser padre. ¡No tenía ni maldita idea de cómo ser padre!

—¿Por qué no nos casamos, Nela?

—¡Qué romántico, Soren! ¿Has estado ensayándolo?

Hizo que riera ante su dulce tono de voz, era el mejor sonido del mundo. Nela me miró con el ceño fruncido adentrándose en mis pensamientos.

—Serás un gran padre, Soren, deja de preocuparte. Los dos lo seremos. No permitiremos que tenga una infancia como la nuestra.

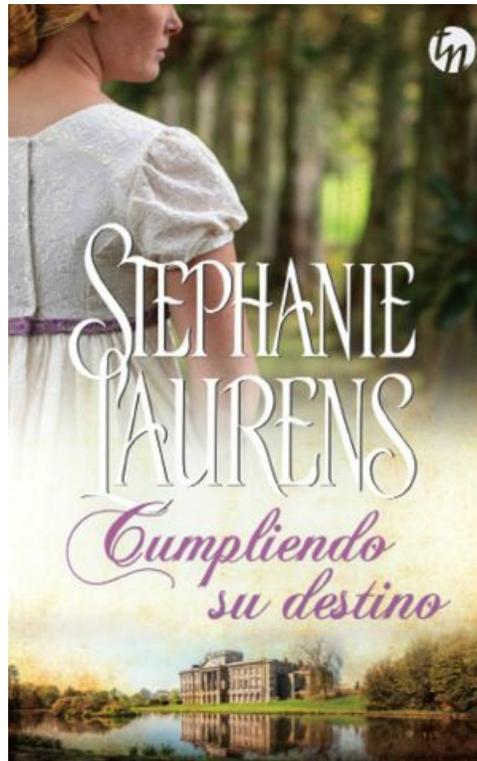
Hice que Nela se girara y la miré con seriedad. Amaba a esa mujer con todo mi corazón. Leía mi alma negra con toda claridad.

No. Nela nunca permitiría que la oscuridad volviera a Waldhaus porque nunca volvería a dejar que se marchara.

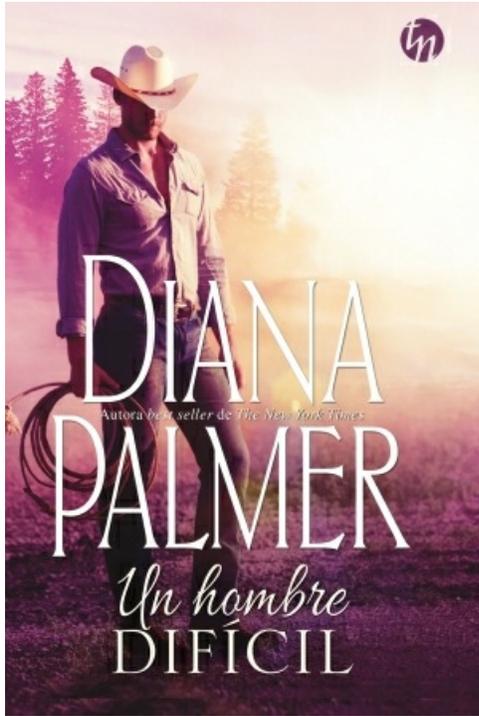
## **Nela Müller**

Una vez Meike me dijo que todos necesitamos un lugar donde escondernos, y Waldhaus es nuestro mundo, el lugar en el que estamos seguros, esta es ahora mi familia porque al fin formo parte de algo. Puede que a partir de ahora sea una vida oscura sin tonos rosa, pero eso es ser un Müller.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)



# Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

*"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".*

## **The Romance Reader**

*"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".*

## **Aff aire de Coeur**

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con  
un extraño**

e<sup>lit</sup>



# Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

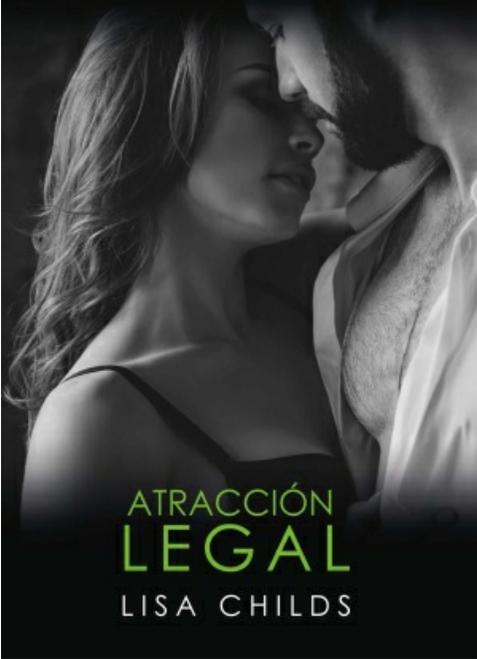
Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN  
LEGAL

LISA CHILDS

# Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

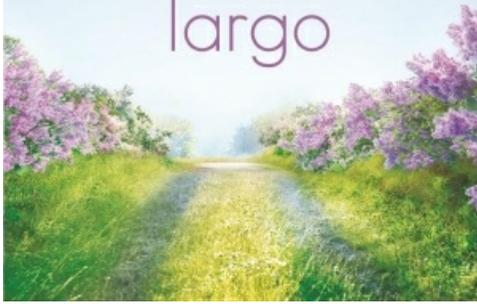
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

# SHERRYL WOODS

el viaje  
más  
largo



# El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

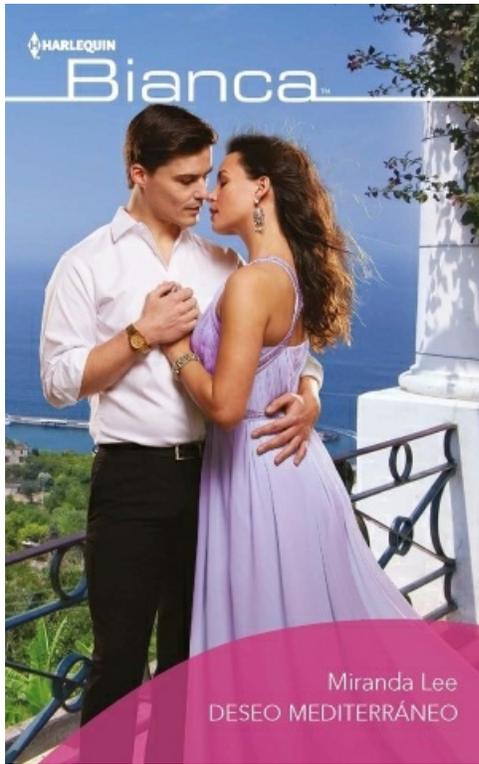
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee  
DESEO MEDITERRÁNEO

# Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Verónica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Verónica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)